

INVESTIGACIÓN SOBRE EL TIPO DE APEGO
RECIBIDO EN LA INFANCIA
E INCIDENCIA DE LOS ROLES DE GÉNERO
RELACIONADOS CON LA VIOLENCIA A LA
PAREJA.

(Valoración llevada a cabo con internos condenados por Delitos de Violencia de Género en el Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza)).

Gloria Mateo Grima

Psicóloga colegiada A-695

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de Aragón, nº Z-494-12

Zaragoza, Marzo de 2012

Tipo de apego recibido en la infancia e incidencia de los roles de género relacionados con la Violencia a la pareja

- 1- Cita.
- 2- Dedicatoria.
- 3- Resumen.
- 4- Introducción.
- 5- La Violencia de Género en España: una pandemia social que requiere medidas urgentes para su erradicación.
- 6- ¿Por qué se produce la Violencia de Género? Teorías.
- 7- Perfil del hombre maltratador. Aportaciones de algunos investigadores. Otros estudios sobre la salud mental del autor de actos de Violencia de Género.
- 8- Relación entre la Violencia de Género y el consumo de alcohol y otras drogas.
- 9- Ciclos secuenciales por los que atraviesa el hombre antes de llegar a realizar el acto de Violencia de Género.
- 10- ¿Cómo afecta el apego recibido en la infancia en las relaciones de pareja, en la edad adulta.
- 11- Tipos de Apego que podemos recibir siendo niños:

Apego Seguro.....	Testimonios
Apego Inseguro o evitativo.....	“
Apego Ansioso o Ambivalente.	“
- 12- Rasgos de personalidad más destacados de los hombres maltratadores que han participado en el estudio y comparación con los del grupo de los condenados por delitos violentos, según el test de Millon II. (Gráficos).
- 13- Algunas muestras de dibujos del Test Proyectivo de familias.
- 14- Conclusiones.
- 15- Agradecimiento.
- 16- Referencias bibliográficas.

Cita

El Apego Seguro y equilibrado recibido en la infancia desde las figuras de referencia ayudará a cimentar un auto-concepto eficaz y saludable en la edad adulta.

Dedicatoria

A mi hijo, con la esperanza de que los deseos carenciales que en mi torpeza le haya propiciado siendo niño no le impidan gozar del equilibrio emocional adecuado para afrontar los problemas que la vida le depare.

RESUMEN

Objetivos: Analizar de directamente los tipos de apego vividos en la niñez dentro de la familia por hombres condenados por Violencia de Género. Diferencias en roles de género.

Hipótesis: El apego recibido en la infancia por las figuras de referencia es la variable que va a tener más influencia en la presencia o ausencia del comportamiento violento en la edad adulta hacia la pareja y no tanto el propio rol de género incorporado por los procesos de socialización.

Participantes: Un **Grupo Experimental** compuesto por **22 internos condenados por delitos de Violencia de Género**, (8 nacidos fuera de España y 14 en el territorio nacional) y un **Grupo de Control**, formado por **19 condenados por otros Delitos Violentos. N= 41.**

La **edad media** del **Grupo Experimental** es de **39,636 años** y la del **Grupo de Control** de **39,263.**

Duración del estudio en el Centro Penitenciario de Zuera: 6 meses

A fecha 31 de Agosto de 2011, la población total reclusa en el Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza) es de 1868 internos, de los cuales, 215 han ingresado por orden judicial por cometer delitos de Violencia de Género. Es decir, un 11,509 %.

Herramientas utilizadas:

- **Relatos vitales**, incidiendo especialmente en la infancia. (Hay exposición de ellos en el capítulo relativo al tipo de apego recibido en la infancia)
- **Test de Personalidad Millon II** (Adjunto, al final, gráfico de ambos grupos.
- **Test de Inteligencia (Catell)** El CI promedio del grupo Experimental es de **94.7727** y el del Grupo de Control de **86,36842**
- **Test Proyectivo** (Dibujo de familia. Ejemplos anexos)

Introducción

Hace ya tiempo, cuando me licencié en Psicología, constaté la gran demanda de atención psicológica solicitada por mujeres que se sentían maltratadas por su pareja. La mayoría acudía después de haber visitado la consulta del psiquiatra o del médico de medicina general, por lo que casi todas se encontraban tomando fármacos para así poder hacer más llevadera su situación. A veces, aunque con mucha menor frecuencia, eran los dos miembros de la pareja los que buscaban una orientación por parte del profesional con ánimo de salvar su convivencia. Escasamente pasaron a consultar hombres agredidos, aunque también los hubo, manifestando éstos, en prácticamente su totalidad, que eran víctimas de malos tratos verbales.

Fui partícipe de situaciones de todo tipo. Desde aquéllas en las que ambos miembros de la pareja seguían viviendo bajo el mismo techo sin hablarse, durmiendo en habitaciones separadas, compartiendo cocina y baño utilizados de manera individual por turnos no pactados, a las que habían adoptado una comunicación fría, con reproches constantes del uno hacia el otro, salpicados de periodos de silencios lacerantes por parte de alguno de ellos o de los dos, que se podían prolongar durante meses. En ocasiones, la postura que presentaban en la calle ambos miembros de la pareja era la de bien avenidos, dando la sensación de que tenían una relación normalizada.

Tanto en unas circunstancias o en otras, es indudable que se evidenciaba la continuidad de una relación problemática, preñada de un torbellino de conflictos enquistados y sin resolver que podían desembocar en cualquier momento en una explosión con consecuencias graves e impredecibles.

En España, entonces, ya desde hacía muchos años, estábamos inmersos, en una sociedad en la que los “trapos sucios” se lavaban en casa y solo había que exponer al sol la “colada” una vez bien lavada y aparentemente impecable.

Si la mujer iba a denunciar a la comisaría, era muy probable que allí se le dijera, de manera muy amable y correcta, que regresara a su domicilio, porque en un día o dos las aguas iban a volver a su cauce. Se consideraba que estos hechos eran muy corrientes y no había que darles la menor importancia.

Las agresiones dentro de la pareja con resultado de muerte o con ingresos en hospitales se reflejaban principalmente en el periódico “El Caso” que también se hacía eco de otros acontecimientos violentos de diferente índole de los que estaba salpicado el país, pero no sacaba a la palestra la mayoría de “dolores sordos”, y por ello no aireados a la luz pública, que ocurrían en la convivencia privada, dentro de la intimidad de las parejas.

Solo a partir de mediados del siglo pasado, los medios de comunicación comenzaron a tener un papel realmente importante en la difusión de ese problema a toda la sociedad. Se estima que el 90% de la población lo conoce por la información recibida a través de ellos. Además, también han sido los responsables de que la política incorporara medidas para preservar los derechos de las mujeres. Sin embargo, últimamente, se está cuestionando si contribuyen o no al llamado “Efecto Contagio” y en ocasiones se les achaca que pueden servir como reclamo de más violencia. Por supuesto, puede ser plausible dicho efecto, pero éste no tiene por qué ocurrir si a la hora de dar información sobre estos hechos, se hace adecuadamente, sin entrar en describir con detalle aspectos morbosos de los mismos que son, incluso, escenificados por actores en algunas televisiones.

Del mismo modo, sería conveniente que se expusieran públicamente, si no en el mismo día, ya que no es posible puesto que no ha sido juzgado aún, la pena a la que se va a enfrentar el

agresor y la responsabilidad civil que se derive del execrable acto. De otra manera, el que se tenga la sensación de que este tipo de delitos no tiene consecuencias punibles de muchos años de privación de libertad para el autor de los mismos, tal vez pueda dar lugar a que se imiten dichos comportamientos por otros hombres al ser muy poco severamente castigados.

Independientemente de que el sintagma “Violencia de Género” utilizado hoy para definir este tipo de actos, sea controvertido, teniendo detractores que argumentan que su uso es una agresión a la Lengua Española, como Fernando Lázaro Carreter, (director de la Real Academia de la Lengua Española, entre 1992 y 1998) , Alex Grijelmo (periodista y escritor), o Vicente Molina Foix (escritor); pues bien, respetando siempre las posiciones anteriormente mencionadas y sin entrar polémica sobre ello, el hecho real es la gran cantidad de agresiones que se están produciendo por parte de algunos hombres hacia sus parejas o ex parejas.

Nuestro país se ha concienciado de la gravedad de este problema social convirtiéndolo en un asunto de Estado y ha tomado medidas importantes para erradicarlo como la del establecimiento de la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, ejemplo para los países del resto de Europa, y la de la creación del Observatorio Estatal de Violencia contra la mujer , sin olvidarnos de las reformas realizadas en el Código Civil y en el Código Penal, entre otras. Sin embargo, estas medidas adoptadas no están dando los resultados deseados, ya que sigue habiendo víctimas (Durante todo el año 2011 murieron 60 mujeres por agresión de sus parejas o ex parejas).

Así, la realidad es que en pleno siglo XXI, según una encuesta realizada por el Ministerio de Sanidad, Política Social e igualdad, con fecha 5 de Agosto de 2011 a la población española, aunque el 91,2% no aceptaba ninguna forma de Violencia de Género, todavía el 1,4% (aproximadamente unos 600.000 españoles), la justificaba si ésta ocurría en determinadas circunstancias: bajo los efectos del alcohol, drogas, trastornos psicológicos, etc. Y de estas personas, un 40% eran mujeres y el 60% restante hombres, entre los que se encontraban muchos jóvenes y adolescentes.

Estos datos son preocupantes y, aunque es cierto que hoy en España estamos por debajo de la media europea del número de mujeres muertas a manos de sus parejas o ex parejas, si todas las medidas tomadas hasta ahora no han resultado ser tan eficaces como se había previsto para que estos hechos tan luctuosos sigan ocurriendo, quizá convendría reflexionar sin demora en que algo no estamos haciendo o en que lo estamos haciendo mal.

Es evidente que vivimos en un tejido social insano, invadido por un cáncer y hay que tomar medidas urgentes, sin perder el tiempo, si queremos que no aparezca la metástasis.

El comportamiento machista se ha venido arrastrando desde las sociedades primitivas y está presente en la mayoría de las culturas. No hace falta retroceder mucho en el tiempo para cerciorarse de cómo las leyes favorecían al hombre, discriminando totalmente a la mujer. Una prueba de ello es que las españolas necesitaban el permiso del marido para realizar cualquier acto que no estuviera enmarcado dentro del de las propias actividades domésticas. Amén de que para casarse, a las futuras esposas se les exigía que hubieran realizado el Servicio Social, sin cuyo documento acreditativo pareciera que no estaban preparadas para atender debidamente las nuevas obligaciones. En lo referente al adulterio, era la mujer a la que se penalizaba si yacía con otro hombre, considerando el mismo hecho en el marido como algo no trascendente y sin importancia.

Simplemente son ejemplos a los que se pueden añadir otros más, para expresar cómo la mujer estaba en inferioridad de condiciones en muchos niveles sociales respecto al hombre.

Numerosos estudios han tratado sobre la supremacía evidenciada del hombre sobre la mujer. Se pueden mencionar los de Echeburúa y Corral (1997), que consideran que la conducta violenta del hombre en el hogar se realiza por un abuso de poder por parte de éste, al creerse superior a su compañera.

En esa misma dirección se orientan las investigaciones de Victoria A. Ferrer Pérez y Esperanza Bosch Fial (1999), referentes a la Misoginia y su relación con la Violencia de Género, y algunas otras aportaciones más que resaltan la importancia de los roles sexuales estereotipados socialmente.

La preocupación nacional por este tipo de violencia, se plasma también en las importantes investigaciones llevadas a cabo por el Centro Reina Sofía, en Valencia, presidido por el catedrático D. José Sanmartín, que desde su fundación en 1997 ha venido realizando magníficos estudios, apoyados por la ONU y relacionados con este tipo de violencia, así como sobre otros, pero que, por desgracia, en estos momentos ha dejado de funcionar, ya que le han sido retiradas todo tipo de subvenciones para poder seguir investigando al respecto. Posiblemente la crisis, implacable, ha clavado sus zarpas con ensañamiento en un problema tan necesario de abordar.

Pero... ¿es solamente la influencia de los roles de género la causa por la que los hombres se convierten en maltratadores?

Es evidente que dentro de un mismo proceso de socialización no todos ellos se comportan de la misma manera respecto a sus parejas, por muy arraigado que tengan incorporado el machismo a sus vidas.

¿Qué lleva a algunos a realizar estas conductas violentas contra la mujer con la que están o han estado unidos por una relación sentimental? ¿Por qué algunos no sólo la centran en la pareja sino que también la hacen extensiva a los hijos?

Son muchas preguntas que requieren una reflexión profunda y el estudio de qué variables están implicadas en tales comportamientos. Habría que analizar de manera individualizada, caso por caso, para enfocar las posibles soluciones.

La Violencia de Género en España: una pandemia social que requiere medidas urgentes para su erradicación.

Para poder abordar la definición de lo que se considera Violencia de Género, hay que establecer primero las diferencias entre los conceptos de Violencia y Agresividad.

¿Significan lo mismo? No, por supuesto que no.

Cuando un animal quiera preservar su área territorial porque la sienta amenazada se comportará de manera agresiva ante cualquier intruso que trate de apoderarse de ella. Sus resortes internos, innatos saltarán. No llevará idea de hacer daño, sino simplemente buscará defender su territorio. Esto es lo que se denomina Agresividad (en latín, “agredi”, que significa atacar).

La Agresividad se define como un acto innato, enérgico, natural, espontáneo e impulsivo, que está presente en todo el reino animal, incluido el hombre. No es intencional, sino adaptativo. Conlleva connotaciones biológicas y va encaminado a la conservación de la especie y a la consecución de metas. Es, pues, necesaria para la supervivencia y para garantizar la descendencia a generaciones posteriores. Puede orientarse hacia construir o destruir y es susceptible de aprenderse por reforzamiento, bien por los resultados obtenidos de la propia experiencia directa u observando el comportamiento de otros, como ya decía Bandura (1973). Del

mismo modo, también Freud hablaba de la agresividad al hacer alusión a la existencia de un impulso o excitación interna totalmente innato, que podía presentarse de manera independiente a la presencia o no de un estímulo externo.

La Violencia, (en latín *Violentia*), por el contrario, es una forma de actuar totalmente consciente, intencional y premeditada, contra la voluntad de otro. El sujeto impone su criterio valiéndose del poder y la fuerza con resultado generalmente de algún daño, bien físico o psicológico. En la violencia siempre encontramos un componente social.

Una vez definidos estos dos conceptos, podemos comprobar cómo entre la utilización de la expresión de Agresividad y la de Violencia hay una línea divisoria sumamente débil. La primera, cuando se traduce a un acto agresivo, si hay intencionalidad, da como resultado la segunda.

La Violencia de Género difiere en varios aspectos de otras formas de violencia. Está configurada por sucesivos procesos de socialización anclados en el poder dominante del hombre sobre la mujer, en las desigualdades, creencias y estereotipos llegados hasta nuestros días que se resisten a modificar.

Según se estableció en la adopción llevada a cabo por la Asamblea General de la ONU, por resolución 48/104, del 20 de Diciembre de 1993, en su Artículo 1, de la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, se define la violencia contra las mujeres como “Cualquier acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para las mujeres, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se produce en la vida pública o privada”.

Para que este tipo de violencia se dé no es necesario que los sucesos ocurran de manera habitual. Bastará con un solo episodio para que se pueda considerar su existencia. Esto ha sido recogido y modificado en nuestro Código Penal, ya que anteriormente establecía que para que hubiera evidencia de Violencia de Género ésta debía darse de una manera continuada. Se contemplan también en el mismo una serie de circunstancias agravantes que pueden determinar que el hecho sea castigado con mayor penalización, como la realización de los hechos delante de menores, utilización de armas, etc. (Ley Orgánica 11/2003)

La Violencia de Género ha estado y sigue estando presente dentro de todas las sociedades y no es exclusiva de una determinada clase social ni de una cultura, sino que se manifiesta de manera general en todas ellas, a pesar de que durante un tiempo se tuvo la creencia errónea que se sólo se producía en el seno de los estratos sociales más bajos de la sociedad y dónde la subcultura se mostraba con más crudeza.

Pero esta violencia no se desarrolla de la noche a la mañana. El hombre no se acuesta por la noche siendo un ser pacífico y tranquilo y al amanecer siguiente se instaura en él, repentinamente, un comportamiento violento. El proceso es acumulativo. Suceden dentro de él, durante un periodo de tiempo más o menos extenso, una progresión de acontecimientos negativos que si no ha tenido habilidades para darles una vía de solución idónea le van a dejar en su interior el poso del malestar. El sujeto se ve inmerso en una espiral de ira que se intensifica por momentos, robándole la calma, el sosiego y su equilibrio cognitivo. Esto conlleva que, al final, los argumentos que él mismo se ha ido auto-dirigiendo para la justificación de su exacerbación y malestar (rumiaciones), desemboquen en una explosión de consecuencias impredecibles, descargando su furia.

Haciendo una analogía con una enfermedad, cuando ésta se instaura en un organismo, lo lógico es que se pongan rápidamente los medios necesarios para erradicarla, haciendo desaparecer cualquier síntoma. Pero con vistas a un futuro, lo más importante es prevenirla, aumentando las defensas del organismo, para que no se manifieste. De la misma manera tendremos que actuar con esta pandemia putrefacta de la que parece que también está infectado nuestro país. La mejor forma de hacerlo es incidiendo en los primeros estadios de la vida, es decir, en la infancia. En ella se consolidan los cimientos de una saludable edad adulta, dotada de equilibrio cognitivo. Mientras tanto, y siendo la prevención una tarea a más largo plazo, hay que poner un remedio eficaz para contenerla.

¿Por qué se produce la Violencia de Género? Teorías.

Detrás de un acto de Violencia de Género existen múltiples variables a considerar que hacen que éste se lleve a cabo. A la hora de estudiar el por qué se repite tanto dentro de la sociedad, se han expuesto diferentes enfoques, aportando cada uno de ellos una concepción distinta y con argumentos más o menos sólidos.

Así, desde el **punto de vista biológico**, la teoría expresa que venimos al mundo con una carga genética que ya lleva el sello de la violencia. Afirma que los seres humanos, desde el nacimiento, somos seres violentos porque de esta manera está determinado por nuestro código genético. Hace alusión a la supervivencia del más apto y a cómo el hombre tiende a asegurarse su descendencia.

Pero si esto fuera así, como dice Dutton, no habría muertes de mujeres embarazadas y las hay. Es evidente que también ellas sufren este tipo de agresión por lo que sería una incongruencia, ya que el agresor, en este caso, estaría poniendo en peligro la herencia de sus genes.

Además, si es la base genética la que determina la violencia ¿por qué entonces no todos los seres humanos somos violentos?

Si nos atenemos a la **aportación de la Psicopatología**, ésta argumenta que el hombre maltratador padece algún tipo de

patología en sus estructuras neurológicas, posiblemente producida por las consecuencias de un estrés post-traumático.

Desde este punto de vista, los hombres que llevan a cabo Violencia de Género serían enfermos mentales y la base de su comportamiento vendría determinada por alguna enfermedad mental. Pero en ese caso, estos acontecimientos tendrían probabilidad de ocurrir en cualquier momento, en cualquier lugar, tanto dentro como fuera del domicilio y la única condición sería la presencia de una patología. Sin embargo, esto no es así. El maltrato a la pareja o ex pareja suele presentarse la mayoría de las veces, aunque es verdad que últimamente no siempre, de forma privada, en el interior del domicilio.

Todos los casos de Violencia de Género contemplados en la presente investigación se han realizado dentro del ámbito doméstico, bien en el que arquitectónicamente ha recogido la vida cotidiana de la pareja o en el que ha residido la misma después de los distanciamientos o rupturas anteriores.

La **Teoría feminista** establece que el hombre agrede a la mujer porque así impone su poder y manifiesta su dominancia y control sobre ella. Alude a la idea de que el agresor es víctima de los procesos de socialización patriarcales que se han ido copiando y trasladando de generación en generación.

Sin embargo, está claro que no todos los hombres que han estado inmersos en el mismo tipo de socialización manifiestan un comportamiento violento, aunque la herencia social recibida haya estado impregnada de machismo y de dominancia por parte del género masculino frente al papel de subordinación atribuido a la mujer. Así que, razonando, la socialización por sí sola tampoco explicaría el comportamiento violento del hombre.

En los datos recogidos en este estudio, la mayoría de los internos condenados por haber cometido actos de Violencia de Género han manifestado una posición machista respecto a la pareja, pero también se ha constatado en ellos una enorme dependencia hacia la misma, acompañada de muy baja autoestima, que han tratado de superar, como bien han expresado algunos, con actos agresivos, ya que después de realizarlos se han sentido más importantes y mucho mejor dentro de su Ego.

A partir de la **Teoría del Aprendizaje social** (Bandura 1982), se argumenta que los seres humanos adquirimos algunas conductas porque imitamos comportamientos que se desarrollan en nuestra cercanía desde que somos niños (aprendizaje vicario). Copiamos hábitos que observamos y de los que hemos constatado las consecuencias que conllevan. De esta manera, si se reciben recompensas, dichos hábitos tenderán a perpetuarse y serán más susceptibles de imitación.

Pero, tal y como afirma Dutton en sus estudios, si bien es verdad que esta teoría explica la diversa forma de actuación de los individuos, parece que el comportamiento violento sólo se limitaría a la presencia de factores externos que lo propiciarán.

No contempla, por tanto, aquellas fuerzas interiores e individuales que en cada caso puedan influir en desencadenarlo. Porque... ¿todos los hijos de padres violentos imitan la conducta de su progenitor? No, está claro que no. Hay ocasiones en las que precisamente aquéllos que han tenido ejemplos de violencia en su infancia por parte de sus padres evitan reproducir ese comportamiento que han sufrido y que tanto daño les ha causado. Por lo tanto, es evidente que lo que han observado no les ha servido de modelo. No han interiorizado los condicionantes internos o motivaciones que han determinado el comportamiento violento de dichas personas.

Como ejemplo, expondré las palabras de uno de los reclusos que han colaborado conmigo al referirse a su padre:

¡Odiaba que mi padre pusiera la mano encima o empujara a mi madre! ¡Detestaba su postura! ¡Parecía que fuera el macho, macho, y más macho dominante y con poder en una manada (entre la que estábamos sus hijos)! Realmente era un pobre hombre que así conseguía sentirse más hombre! ¡Yo nunca le he pegado a una mujer!

Este interno, en la exposición de su relato vital, nunca admitió que hubiera llevado a cabo un acto de Violencia de Género, ya que, según expresó, él únicamente violó una orden de alejamiento impuesta por el juez, porque intentó por todos los medios una reconciliación con su pareja. Y tal hecho no lo definía como violento.

Muy al contrario, lo consideraba como un intento de solución de los problemas que tenían.

De igual manera, algunos de los condenados por este tipo de delitos que han sufrido la consecuencia de la adicción al alcohol de uno de sus progenitores o de los dos (la mayoría de las veces, el padre), han mostrado su repugnancia hacia dicha conducta, evitando caer en ella. En ocasiones, han manifestado con orgullo que eran abstemios y muchos responsabilizan al alcohol como el causante de la infancia desgraciada que sufrieron. Sin embargo, paradójicamente, aunque no en todos los casos, se han sumergido en el mundo del consumo de otras drogas con las que han tratado de evadirse de cualquier dificultad que se haya producido en su vida y a la que no han sabido hacer frente de otra manera.

Al preguntarle a uno de ellos el porqué de su adicción, me respondió con vehemencia:

Pero no es alcohol, que es lo que tomaba mi padre. ¡Yo no bebo ni beberé en mi vida! A lo que yo me he hecho adicto no me lleva a pegar a mis hijos. ¡Yo no soy como mi padre! ¡No soy un borracho!

Es evidente que no era consciente ni tampoco le interesaba saber en ese momento, a pesar de que traté de explicárselo, de qué consecuencias se derivaban de la ingesta de las sustancias que consumía. No las consideraba partícipes en ningún aspecto del comportamiento que le había hecho ingresar en prisión. No admitía que el consumo de las mismas pudiera estar relacionado con un aumento de falta de control en sus impulsos o con sus cogniciones distorsionadas de la realidad y que, aunque no fueran la causa directa de la violencia, la facilitaron. En definitiva, al consumo que realizaba de estas drogas le perdonaba la vida y al alcohol lo condenaba a muerte asociándolo con su padre.

Desde otra perspectiva, la **Teoría Sistémica** nos dice que es la familia la fuente de la violencia del sujeto. Por lo general, ambos miembros de la pareja mantienen inflexible y rígida una postura (pensamiento absolutista), considerándola como la válida. No tienen habilidades suficientes para gestionar su convivencia, sabiendo solucionar los problemas que se les puedan presentar. Por ello la intervención terapéutica ha de realizarse dentro de la propia familia.

Esta teoría también ha recibido numerosas críticas.

Entre todo este abanico de puntos de vista, **ninguno explica realmente por sí solo el comportamiento violento del hombre hacia la mujer** en las relaciones de pareja.

Las **Teorías Ecológicas** (Bronfenner, 1979), por el contrario, son defensoras de que no existe ningún factor determinante de entre los anteriores para que se lleven a cabo conductas violentas hacia la mujer, sino que éstas serían el resultado de la combinación de muchos de ellos.

Además de las aportaciones de las teorías mencionadas, tendría que destacar otras posturas igualmente interesantes, que no voy a citar por no extenderme.

Perfil del hombre maltratador: aportaciones de algunos investigadores. Otros estudios sobre la salud mental del autor de actos de Violencia de Género.

No se tiene una constancia totalmente fundamentada de que exista un único perfil del hombre maltratador. La conclusión de los diferentes estudios llevados a cabo ha dado por tierra con teorías que en un principio se consideraban como sólidas.

En los últimos años, algunos autores han investigado la presencia de trastornos de personalidad en los hombres maltratadores. Uno de los estudios más importantes ha sido el realizado en España por Fernández Montalvo y Echeburúa, 2008, denominado “Trastornos de Personalidad en hombres Maltratadores de la pareja: Perfil diferencial entre Agresores en Prisión y Agresores con Suspensión de condena”. En él se ha tratado de establecer la diferencia entre los perfiles de unos y otros, habiendo encontrado algunas muy significativas a la hora de comparar los dos grupos.

Por otro lado, más cercanamente y desde dentro de las propias Instituciones Penitenciarias, según refiere el “Programa de tratamiento en prisión para agresores en el ámbito familiar: Grupo de trabajo sobre violencia de género (2005)”, se ha constatado que los sujetos que cometen este tipo de agresiones suelen presentar algunas de las siguientes características:

- No asunción de la responsabilidad, mecanismos defensivos.

- Presencia de mitos de corte sexista sobre lo que debe ser un varón y una mujer.
- Dificultad para reconocer y expresar sentimientos propios (baja conciencia emocional) y por tanto identificarlos en los demás (baja empatía).
- Aislamiento emocional y social, pocas relaciones profundas y satisfactorias.
- Baja asertividad y autoestima.
- Dependencia hacia la mujer, terror a la soledad. Ambos no reconocidos.
- Celos patológicos, especialmente si presienten abandono por parte de su pareja.
- Cogniciones irracionales, rigidez.
- Déficits en capacidad de resolución de problemas, impulsividad, alta ansiedad.

Gottman y colaboradores, en 1995. establecieron una clasificación de los hombres que manifestaban un comportamiento violento y los dividieron en dos tipos:

Tipo I. (el Cobra):

En su repertorio conductual tiene muy arraigada la violencia, y las mujeres no serán las únicas víctimas elegidas para llevarla a cabo. El sujeto no concibe la vida sin irascibilidad hacia sus semejantes. La violencia la hace extensiva habitualmente a toda la sociedad y en muy diferentes ámbitos, no importa el sexo ni la edad.

Se caracteriza porque no presenta una personalidad dependiente, transgrede las normas sociales (sociópata), es distante, frío y suele planificar con antelación sus agresiones. Por encima de todo trata de demostrar su poder y la conducta la encamina a dejar su sello personal de autoridad manifiesta.

De entre todos los internos condenados por Violencia de Género en el Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza) observados en este estudio, sólo muy pocos responden a este tipo de perfil y, además de llevar a cabo violencia hacia la pareja, en sus historiales aparecen otros actos de delincuencia violenta en diferentes

ámbitos, habiendo estado condenados en algunas ocasiones por los mismos.

Tipo II (El Pit-Bull):

En él hay un nexo de unión entre la violencia que ejerce y su emotividad, siendo precisamente las personas con las que tiene un grado de afectividad mayor con las que se muestra especialmente agresivo y, por supuesto, entre ellas se encuentran aquéllas con las que tiene o ha tenido una relación sentimental.

Manifiesta una gran dependencia emocional y muy baja autoestima, acompañada por la presencia de celos. Suele ser adicto al consumo de alcohol y otras drogas. Por lo general, es persona insegura, con frecuentes ataques una ira que le ciega y es incapaz de detenerse o de darse un Tiempo Fuera antes de descargarla.

A este grupo pertenecería la muestra más representativa de los hombres condenados por delitos de Violencia de Género.

Otro investigador que se ha preocupado exhaustivamente por el estudio de los perfiles de hombres maltratadores ha sido Dutton. En sus observaciones ha identificado tres tipos:

El Psicopático:

Caracterizado porque su comportamiento está salpicado de una violencia general que no sólo dirige contra su pareja o ex pareja, sino que la hace extensiva hacia todas las personas. Serían los que corresponderían al tipo Cobra, expuesto anteriormente.

Con una personalidad antisocial, viola continuamente las normas elementales de convivencia. Una característica que lo define sobremanera es la de que nunca siente remordimiento por lo que haya podido hacer. No conoce el sentimiento de culpa, ya que ha

sido borrado de su repertorio y, por ello, adolece de empatía. Tampoco es capaz de pensar en el sufrimiento que puede generar a los demás. Se muestra completamente aséptico en ese aspecto y, así, jamás reflexiona sobre sus actos pasados, por lo que es prácticamente imposible que pueda aprender de sus errores y re-direccionar su comportamiento hacia otros derroteros más óptimos y en consonancia con una convivencia social normalizada.

Es el perfil más comúnmente encontrado entre los internos condenados por Delitos Violentos.

El Hipercontrolado:

Dutton encontró que aproximadamente un 30% de los hombres que agredían a sus esposas pertenecían a este tipo.

La manifestación de la ira del Hipercontrolado es debida a que ha ido acumulando y conteniendo de una manera silenciosa progresivas frustraciones hasta llegar a un punto de saturación que le hace explotar, llevando entonces a cabo comportamientos abruptos y violentos.

Distingue dos subtipos de hipercontrolados:

El hipercontrolado activo, que inspecciona toda clase de actos que lleva a cabo y que, por supuesto, también fiscaliza sobremanera la vida de su pareja, estando pendiente de todo lo que ella hace, teniendo ésta que actuar siempre bajo su supervisión y visto bueno. La somete a sus dictados e imperativos. De esa forma, la convivencia cotidiana irá medianamente satisfaciendo las demandas que él exige. Es dominante, rígido e inflexible.

El hipercontrolado pasivo, se muestra muy distante y sin calidez en las relaciones emocionales de pareja, la que se va a sentir muy sola, con carencia de afectividad y, además, aislada, sin apenas relacionarse con nadie, ya que él, de una manera sibilina, soterrada pero eficaz, se encarga de eliminar todo el entorno que le moleste y que pueda echar por tierra su control. Este tipo de personas no permiten que ninguna influencia externa pueda filtrarse en sus dominios.

El cíclico o emocionalmente inestable:

Actúa a rachas: en unas ocasiones anhela la intimidad, la necesita, desea sentirse querido y, en otras, cuando piensa que puede estar

dejando muy al descubierto sus propias debilidades, dando pie a que la otra persona sepa demasiado sobre su vulnerabilidad, pone distancia con ella, incluso de una manera brusca. Después, al alejarse y constatar con miedo que puede verse abandonado, busca de nuevo la cercanía porque no quiere sentirse solo a merced de sus propias inseguridades y carencias que sabe que tiene. Así se desarrolla su comportamiento, balanceándose entre un “ahora de demuestro que te quiero” y un “ahora no deseo que sepas que te quiero”. La inseguridad y la dependencia son las notas características de estos sujetos.

Es, según comenta Dutton, el perfil que más comúnmente presentan los agresores de Violencia de Género.

Varios de los internos participantes en este estudio han puesto de manifiesto esa inseguridad aludida. Alguno la ha evidenciado sobremanera, mostrando unos celos exagerados porque otro hombre o simplemente cualquier familiar (hijos, cuñados, etc.), ocuparan un lugar más importante que él en la vida de su pareja.

Desde que nació mi hijo, mi mujer no tenía un lugar para mí, para nuestras relaciones íntimas. Siempre estaba cansada. Continuamente había algo que le impedía tener conmigo esos cinco minutos que antes me dedicaba. Yo no existía. Simplemente estaba físicamente, como un mueble más, pero un mueble que aportaba el dinero para el sustento de la familia. ¡Nada más y nada menos...! Eso ocurría en un principio. Después, cuando el niño fue creciendo, me di cuenta de que éste se inclinaba totalmente hacia su madre y yo no era una figura importante. Lo que ella dijera iba a misa, lo que dijera yo, no. Las muestras de afecto de nuestro hijo iban dirigidas exclusivamente hacia su madre. A mí me daba besos solamente de conveniencia, cuando quería “sacarme” algún dinero para comprar una revista de comics, por ejemplo, y chucherías. Yo estaba, pero él no me veía. ¡Y mire que me preocupé porque no le faltara de nada..! ¡Me convertí en un ser anodino, en un fantasma para mi propio hijo!

Así me comentaba este interno, el que, después de una larga conversación, reconoció que quizá había distorsionado la realidad,

llevado por una rabia e impotencia interior y eso no hubiera sido realmente así. Expresó en su exposición que sintió celos de su propio hijo.

Del mismo modo que no hay un perfil único que defina al hombre maltratador, sí que existen rasgos de personalidad que hacen que un individuo sea más proclive a mostrar comportamientos agresivos hacia su pareja o ex pareja. Cuando dichos rasgos confluyen de manera masiva en el mismo sujeto, casi se puede afirmar que tiene una alta probabilidad de convertirse en un maltratador.

Dutton, siguiendo a Gunderson, profundiza en lo que se denomina hombres con “personalidad borderline”. Los define como aquéllos que muestran siempre emociones muy intensas y pueden presentar varios cambios de carácter en muy poco espacio de tiempo, de manera que se hace impredecible su comportamiento y es muy difícil convivir con ellos.

Según relata el propio Dutton, en sus estudios llega a la conclusión que este tipo de personas presenta una serie de fases coincidentes con las del ciclo de desarrollo de la Violencia de Género: al principio se evidencian momentos en los que en el sujeto predomina la acumulación de tensión y una desazón de la que él mismo no sabe expresar el motivo. Solo percibe que ese desasosiego interior no le deja vivir en paz. En definitiva, comienza a sentirse en medio de un conflicto entre lo que hace y lo que quiere hacer. No está a gusto con su realidad y se frustra. Posteriormente, esta zozobra interna, le llevará a no poder contener la ira, brotándole, exacerbado, el comportamiento violento, que coincide con la fase de los malos tratos. La situación es especialmente dura y difícil para ambos miembros de la pareja, pero principalmente es la mujer la que, en la mayoría de los casos, sufre las consecuencias totalmente desconcertada por la conducta de su compañero.

Cuando llega ese momento, él suele buscar refugio en sustancias como el alcohol u otras drogas, intentando mantenerse “medio a flote” en su barco sin timón. A punto de hundirse en el caos del océano.

Por último, cuando el sujeto constata que lo acaecido anteriormente puede poner en peligro su relación de pareja y ante el temor a que ella lo abandone, comienza a realizar repetidas conductas de arrepentimiento pidiéndole perdón, incluso de rodillas, para que las aguas vuelvan a su cauce.

Generalmente este tipo de hombres se sienten insatisfechos en las relaciones emocionales que establecen con las parejas que eligen.

Como también expresó Dutton, Millon ha sido uno de los que más se interesaron por este comportamiento tan alternante y variable.

La teoría de Millon sobre los “sujetos borderline” establece que los hombres que protagonizan actos de violencia contra la pareja suelen tener una personalidad bastante inestable, con tendencia a sentirse dependientes y a buscar de una manera exacerbada su protección. No pueden soportar la posibilidad de que ésta los deje. Para que eso no ocurra, después de maltratarla, realizan muchos esfuerzos por ser agradables de nuevo con ella, mendigándole cariño. Pero, precisamente esos empeños que ponen en tal menester hacen que se solivianten con ellos mismos. Se rebelan al darse cuenta de que su comportamiento se traduce en una sumisión a la otra persona. Esto les lleva a no tener una convivencia ordenada y equilibrada, presentando grandes niveles de ansiedad en su día a día, traducidos en ataques cada vez más intensos y recurrentes de ira que, finalmente, desembocan en el uso de la violencia.

Refiriéndome de nuevo a Dutton, éste halló en sus investigaciones que la “personalidad borderline” (señalada por Millon), coincidía con la de los que él denominaba “agresores cíclicos”, no haciéndolo con la de los psicopáticos ni con la de los hipercontrolados.

Constató que además de una correlación interesante entre dichos “agresores cíclicos” y los “borderline”, ambos tenían una relación estrecha con el Apego Ambivalente de la infancia y con los traumas sufridos en ella, llegando así a la conclusión de que dicha “personalidad borderline” se gesta en las primeras etapas de la vida.

Tampoco el maltrato se da únicamente en los estratos sociales más bajos, como se ha especulado en algunas ocasiones. Varias investigaciones realizadas consideran que es un mito que hay que desterrar.

Es posible que cuando los maltratadores pertenezcan a clases altas puedan mostrar más sutileza a la hora de iniciar este tipo de comportamiento. Pero, en definitiva, la Violencia de Género no es potestativa de una determinada clase social.

Del mismo modo, no todos los sujetos que agreden a sus parejas acaban haciéndolo de una manera física, con golpes, armas, agresiones sexuales, etc. etc. No nos olvidemos de que el maltrato psicológico y la dominación también son más de lo mismo y antesalas, con puertas abiertas, a la violencia física.

Al estar muy de acuerdo con las investigaciones de Dutton y de Millon, he considerado procedente pasar a los internos el test de personalidad de este último, tanto a los autores de los Delitos de Violencia de Género como a los condenados por otro tipo de Delitos Violentos. En él se pueden observar qué rasgos de personalidad presentan ambos grupos y cómo se han ido forjando los mismos, dependiendo de la forma de Apego recibido en su niñez.

Dutton expresó cómo afectaba el Tipo de Apego en las relaciones de pareja, en la edad adulta. Concretamente dijo que: “El padre que avergüenza, el apego ambivalente a la madre, la violencia en el hogar, todo esto contribuye a crear al hombre “borderline” propenso a la violencia: ¿Por qué se encoleriza tanto y es tan agresivo en las relaciones íntimas? La respuesta puede estar, en parte, en lo que la intimidad significa para él”.

A lo anterior, me permito añadir que tal vez porque siente miedo a dejar al descubierto su desnudez y su valía tan enclenque.

Respecto a la presencia o no de una patología mental en los hombres que protagonizan actos de Violencia de Género, según Echeburúa, al que ya me he referido en otras ocasiones por ser un gran estudioso del tema en nuestro país, realmente sólo el 20% de estos hombres presentan un trastorno mental, como esquizofrenia paranoide, alcoholismo, depresiones, etc., pero el resto de los maltratadores, es decir, el 80%, son personas sin ninguna patología mental de las recogidas en el Eje I del (DSM-IV), aunque sí se aprecian en ellos alteraciones de la personalidad que podrían hacerlos propensos a desarrollar esta violencia. Sin embargo, no se puede decir que haya un único perfil que los defina.

De entre los internos que han participado en esta investigación, sólo algunos presentan tal patología. Son principalmente los consumidores de drogas, pudiendo haber tenido brotes psicóticos por ello. No obstante, sí que se han detectado trastornos depresivos mayores, pero no con anterioridad al hecho delictivo, salvo en una ocasión, sino como consecuencia de su estado actual de reclusión en prisión, quizá por la ruptura de relaciones con el mundo exterior.

Relación entre la Violencia de Género y el consumo de alcohol y otras drogas:

Según han manifestado Fernández Montalvo, Echeburúa y Amor, en el año 2005, el 80% de los hombres autores de violencia contra la mujer habían bebido alcohol en el momento de la agresión. Por otro lado, también constataron la presencia del consumo de otras drogas, pero en mucha menor medida.

El alcohol es actualmente la droga más usada en nuestro país. Aceptada socialmente, puede ser adquirida, incluso por menores, de manera fácil y a precios muy económicos, a pesar de la existencia de una ley que prohíbe dicha venta. Su uso, cada vez a una edad más temprana (se estima que en una media de 14 años ya se comienza a consumir), es se pone de manifiesto en los llamados “botellones” de fin de semana que se llevan a cabo en la mayoría de las ciudades y que se han convertido en un hábito sin el cual parece ser que los todavía niños y jóvenes no pueden o, mejor dicho, no saben divertirse.

No obstante, y a pesar de lo anterior, el binomio alcohol-maltrato a la mujer no está presente en todas las ocasiones, si bien se sabe que el alcohol desinhibe la conducta y puede servir de vehículo para facilitar el comportamiento agresivo hacia la pareja.

Respecto al consumo de drogas ilegales, es cierto que algunos de los participantes de este estudio han confesado consumirlas y que siguen haciéndolo todavía dentro de prisión. Tanto el Hachís como la Cocaína son las preferidas (uno depresor del SNC y la otra estimulante del mismo). Según han expresado, les ayudan a olvidarse de dónde están y del tiempo que todavía les queda por pasar en prisión.

Es evidente que el motivo de recurrir a ellas antes de estar privados de libertad no era el mismo que ahora manifiestan. Probablemente

utilizan ese argumento para justificarse a sí mismos y suavizar, en algunos casos, los sentimientos de culpabilidad.

Pero el alcohol o las demás drogas no son los causantes de que se lleven a cabo actos de Violencia de Género. No existe una relación de causa-efecto. Si bien es verdad que el consumo de dichas sustancias altera el comportamiento desinhibiéndolo, produciendo igualmente mayor irritabilidad, falta de control de los impulsos, aumento de la celopatía, ansiedad, brotes psicóticos, depresiones, etc. y tales efectos, como he apuntado anteriormente, pueden hacer más plausible la conducta de agresión hacia la mujer.

Ciclos secuenciales por los que atraviesa el hombre antes de llegar a consumir el acto de Violencia de Género.

En 1979, Leonore Walker investigó el ciclo de desarrollo de este tipo de Violencia, después de haberse entrevistado con muchas mujeres que habían sido maltratadas por sus parejas o ex parejas e, igualmente, Dutton hizo lo mismo en su estudio realizado con los agresores cíclicos a los que había tratado en terapia. Ambos investigadores constataron la existencia de tres fases:

Fase de acumulación de tensión.

En ella el hombre comienza a estar tenso, a disgusto sin ningún motivo consciente. Tiene pensamientos repetitivos y, aunque aparentemente su comportamiento hacia exterior apenas muestra el sello de la inquietud y la evidencia de los monstruos que están empezando a destruir el frágil edificio de su “sí mismo”, es evidente que algo le está ocurriendo. La zozobra y el desasosiego se han instalado en su vida.

Parecía como si algo me estuviera oxidando por dentro. Sentía que mi pareja me llevaba la contraria en todo y que sólo lo hacía por fastidiarme. Ya no la veía como alguien a quien quería, sino como a una carcoma que horadaba mi interior lentamente.

Antes me gustaba que se arreglara para salir por ahí, pero empecé a pensar que iba exageradamente pintada y que no se acicalaba por mí. No entendía por qué demonios tenía que seguir siendo coqueta si ya estaba conmigo. Los celos me corroían e imaginaba que se veía con alguien y que, quizá, antes de conocerme, ya

había utilizado sus encantos para conquistar a otros de la misma manera. Me sentía como un pardillo al que ella había engañado con sus malas artes y yo, incauto de mí, lo había permitido.

A veces, trataba de calmarme y reflexionar. Me daba cuenta de que posiblemente pudieran ser imaginaciones mías y que las cosas no eran así porque, en el fondo, sentía que ella me seguía queriendo y yo era la persona más importante de su vida. Además...tampoco hacía tanto que nos habíamos casado y el cansancio al que aludían algunas parejas, al menos por mi parte, no había aparecido. Yo seguía enamorado de ella. Pero pronto me volvía a la misma dinámica de pensamiento, la misma desazón, el mismo infierno interior.

Discutíamos, incluso levantando la voz los dos, hasta el punto de que muchos vecinos, al encontrármelos luego en el ascensor, me miraban mal. Sabía perfectamente que eran conocedores de nuestras trifulcas. Pero nunca me dijeron nada. Simplemente su mirada mostraba desaprobación al evitar encontrarse con la mía.

Comencé a insultarla. Primero fueron frases de las que se oyen mucho por ahí, ya sabe..., pero luego me ensañaba y buscaba aquéllas relacionadas con sus inseguridades y defectos que yo conocía bien. Sabía que así le iba a hacer más daño.

Ella me decía que qué me estaba pasando, que ya no era el mismo y que había cambiado. En otras ocasiones se ponía a llorar, pero pasado un tiempo, me imagino que ya harta de soportarme, comenzó a contestarme de manera airada y gesticulando. Así transcurrieron muchos días.

Era un sinvivir, un desasosiego que calmaba momentáneamente fumando más y quedándome por los bares hasta bien entrada la noche, y eso que yo, anteriormente, apenas había probado el alcohol, pero me daba cuenta de que así al menos subía a casa un poco más tranquilo y cuando ya se había acostado. ¡Al día siguiente sería otro día!

No sabía lo que me estaba pasando: tan pronto la quería como la odiaba. Era consciente de que paulatinamente se me estaba envenenando la sangre.

Así, de esta manera muy atropellada y manifestando una gran tensión, se expresaba uno de los internos del Centro Penitenciario,

condenado por agredir a su pareja, al preguntarle cómo comenzó todo. Daba la sensación de que estaba volviendo a vivir los hechos ocurridos, paso a paso, de una forma completamente real.

Fase de Agresión:

Al llegar a este momento, toda la tensión acumulada anteriormente, se descarga. La ira aparece de manera desgarradora y supera el pensamiento racional. Es como un terremoto que remueve el interior del sujeto con una fuerza inmensa y no deja un trozo de él sin sacudirlo. Se produce en su mente una especie de disociación. Nada ocurre por un porqué coherente, sino basado en cogniciones distorsionadas y extrañas, aunque para él sean justificadas, que lo arrastran brutalmente hacia un abismo, vertedero de toda su energía acumulada y envenenada. No da marcha atrás, no puede. Se siente como si no fuera él mismo. No se reconoce. Es un forastero dentro de su propia piel y todo lo que ocurre lo contempla como si fueran otros los protagonistas.

Mire, un día, la llamé por teléfono desde el trabajo para decirle que nos íbamos a ir a cenar por ahí. Era viernes. Me dijo que no le apetecía, que había salido ya esa tarde con las amigas. Le repetí insistentemente muchas veces que si había tenido ganas de salir antes, que se arreglara, porque quisiera o no, nos íbamos a ir a cenar. Había conseguido soliviantarme. ¡Ya estaba bien de hacer siempre su santa voluntad! Me había hecho unos planes y estaba ilusionado con salir esa noche.

Cuando llegué a casa, la encontré acostada en la cama de nuestra habitación. Estaba vuelta hacia la pared y no hizo mención ni siquiera de girarse para saludarme. No era muy tarde. No le pregunté que qué le pasaba. Solo sé que me acerqué a ella llevado por un impulso descontrolado. Zarandeándola, le arranqué las sábanas y la saqué de allí, diciéndole que se vistiera, que nos íbamos a un restaurante porque ya había reservado mesa y no me daba la gana de cancelarla. Se tambaleó aturdida por mi propio forcejeo y la abofeteé. ¡Juro que fue la primera vez que la toqué! Estaba fuera de mí. Me daba cuenta de que había hecho caso omiso de lo que le dije por teléfono y aquello me enfureció. Pero es que últimamente, por una cosa u otra, cada vez me sacaba más de

quicio. No importaba por lo que fuera, simplemente yo no estaba de acuerdo con su forma de actuar. Se estaba tomando demasiadas libertades y, además, creía que me mentía. Sí, lo tenía muy claro: me estaba engañando.

Hechos similares se repitieron en varias ocasiones, bien fuera por unos motivos u otros, porque yo siempre los tenía. ¡Estaba cada vez más irascible, más acalorado!

Así me seguía diciendo la misma persona, con la frente empapada por un sudor abundante, las venas muy pronunciadas y los ojos ligeramente enrojecidos, quizá producto de la tensión que seguía viviendo al recordar.

Fase de reconciliación y “luna de miel”:

En esta ocasión, se experimentan unos momentos dulces, de armonía. Todo vuelve a ser tan bonito como era al principio, cuando la pareja se conoció. Hay como una “borrachera” de sensaciones agradables que hacen olvidar los malos acontecimientos anteriores. Sin embargo, ese olvido momentáneo de todo lo negativo que ha ocurrido sirve de refuerzo para que las secuencias vuelvan a repetirse. Es lo que denominamos en Psicología, Refuerzo Parcial. En él se van alternando periodos de tensión, desgarró y angustia, con otros muy suaves y placenteros que ponen una venda a una herida que realmente se está cerrando en falso. Este tipo de refuerzo es muy peligroso y tiende a perpetuar un comportamiento insano en las relaciones.

Está claro que ninguno de los dos miembros de la pareja ha tenido capacidad para el diálogo. Adolecen de habilidades de solución de problemas y el “enemigo” se queda en estado aletargado hasta otro momento en el que se vuelva a revolver con mucho más ímpetu y energía.

Cuando vi que una de mis bofetadas le había hecho sangrar por la nariz, me asusté, traté de abrazarla y le pedí perdón. No me

reconocía en lo que había hecho. Algo o alguien extraño se había apoderado de mí. Siempre que había escuchado historias sobre ese comportamiento en televisión, cuando se referían a hombres que maltrataban a su pareja, lo había condenado totalmente. No creía que pudiera haber personas tan cafres que pudieran llegar a hacer eso a una mujer.

Recordé a mi propia madre, cuando mi padre la trataba mal y yo me agarraba inmediatamente a las piernas de él para impedirle diciéndole ¡Para, papá, para! Y cómo, después, ella le tenía cada vez más miedo. Y también me venía a la mente la imagen de mí mismo pegado a sus faldas exclamando: ¡no te preocupes, mamá, tranquilízate, ya ha pasado! Ella me acariciaba la cabeza...

Así que en ese momento, después de pegarle...yo...yo me sentía como un miserable.

Mi mujer me miró llorando. Le aparté suavemente los cabellos de la cara. No sabía cómo reparar el daño que le había hecho. No sabía qué decirle... Trataba de secarle las lágrimas y contenerle la sangre que le salía por la nariz en un intento de reparar lo irreparable y evidente. Luego se fue a lavar al baño. Mientras tanto, miré mi cara en el espejo del armario de la habitación y no me reconocí. Estaba desfigurado. Parecía completamente un monstruo.

Una vez que se recompuso en lo que pudo, salió del cuarto de baño, ya preparada, esbozando una media sonrisa, diciéndome que cuando quisiera nos podíamos ir al restaurante.

Cenamos en una mesa muy discretamente colocada que yo había reservado, haciéndonos arrumacos y mirándonos a los ojos. Yo me sentía como en una nube. A la salida, por el camino, nos besamos apasionadamente y recuerdo que la llevé cogida por la cintura durante todo el tiempo. Cuando llegamos a casa, a pesar de que nuestra cama estaba revuelta por lo ocurrido apenas hacía unas horas, hicimos el amor de una manera maravillosa, totalmente desenfrenados: como nunca.

Sin embargo, y corroborando las afirmaciones de los estudios que realizó Leonore Walker (1979) para explicar el desarrollo del ciclo de la Violencia, también en este caso, el comienzo de nuevo de la Acumulación de tensión no tardó en aparecer mucho tiempo y las agresiones se hicieron más frecuentes. Apenas les seguían

periodos de reconciliación, como me corroboraba muy bien el interno:

Es como si entraras en una espiral y cada vez fueras dando vueltas más vertiginosamente. Las cosas de alrededor no tienen forma, están difuminadas. Notas que algo te empuja. Sientes que no puedes parar y, además, sabes que no debes dejar de girar porque lo necesitas. Tu cuerpo está diciéndote: sigue, sigue... No hay un Norte..., bueno, sí... el único Norte que queda es el caos.

Así continuamos nuestra relación, hasta que un día la agredí de nuevo ensañándome especialmente y tuvieron que ingresarla en el hospital por las heridas que le hice. Hoy... ya ve,... estoy aquí.

De esta forma es cómo, en términos generales, se sucede el ciclo de la violencia. No sólo ha sido relatado por mujeres, sino que los hombres también han coincidido, expresando las emociones y sentimientos que en ese momento les agobiaban.

Estas secuencias no se detienen y cada vez se acorta más la distancia entre la primera fase y la última.

No obstante, es cierto que en la mayoría de los casos, los hombres condenados por Violencia de Género participantes en este estudio comentaron que cuando llegaron a estas situaciones no fueron conscientes de que éstas no eran sino el producto de una incubación silenciosa y lenta como consecuencia de una relación totalmente disfuncional. Les parecía simplemente que los hechos se habían iniciado en un momento determinado. La realidad es que se fueron gestando poco a poco, incrementando el malestar en la convivencia de la pareja.

Cómo afecta el apego recibido en la infancia en las relaciones de pareja, en la edad adulta.

El Apego se define como una vinculación afectiva muy intensa y duradera que se establece durante la infancia con las figuras de referencia, bien sean los padres o aquéllas con las que el niño va a convivir en los primeros estadios de su vida y en las que va a encontrar cubiertos sus deseos básicos primarios o exógenos (alimento, limpieza, etc.), es decir, las que le van a proporcionar seguridad y protección para poder sobrevivir.

Por lo general, la figura referencial básica va a ser la madre y en segundo lugar el padre, como ya fue demostrado por Ainsworth (1978). No obstante, y en ausencia de las anteriores, puede haber otras a las que el niño puede adoptar como tales.

Hay que tener en cuenta que para que alguien se convierta en la figura de referencia del bebé, ésta tendrá que cumplir una serie de características respecto a él, entre otras: tiempo que le dedica, tanto en cantidad como en calidad, grado en que atiende a sus necesidades, la forma en que lo protege, cómo le transmite tranquilidad, el cariño que le manifiesta, etc.

No obstante, si para el niño la madre no fuera la figura de referencia, experimentará una carencia, puesto que quien le ha dado la vida no está disponible para proporcionarle la seguridad que necesita para la formación de su autoconcepto (representación del YO) como persona y para ser valorado como ser único al que se le otorga una confianza básica, imprescindible para un buen desarrollo psíquico en el futuro. Sin embargo, si en su entorno encontrase otra figura referencial que atendiera sus demandas, esta carencia desaparecería.

El niño no solo llevará incorporada en su mochila la herencia genética, heredada de sus padres, sino que a ésta le añadirá, además, un mundo complejo de emociones suscitadas por los afectos de las figuras de referencia que haya tenido durante la niñez. Dichas emociones habrán sido registradas y almacenadas en su memoria por el hemisferio no dominante, el Hemisferio Derecho. Concretamente por medio del Sistema Límbico, donde se encuentra el cerebro emocional no cognitivo y primitivo y dentro de él, la Amígdala, que jugará un papel fundamental en esas emociones y que será la artífice de la presencia de determinados comportamientos en la edad adulta. De ahí se desprende la importancia que tienen las figuras de referencia en una edad temprana y los afectos que de ellas haya recibido.

La figura de referencia va a ser como el espejo donde el niño se va a mirar. Por ello es fundamental que ésta le colme sus deseos primarios y secundarios, entre otros, los de sentirse admirado como un ser único, valorándolo como tal y dándole una confianza básica.

Dicha figura va a ser percibida en la infancia como una autoridad. Pero ello no significa que sea alguien a quien el niño tema, sino que se convertirá en un acompañante experto y cercano en el que podrá confiar, porque lo protegerá en esa etapa tan sensible de su vida. Si esto ocurre así, propiciará que el niño crezca sin ningún conflicto interno, con seguridad, autoestima, autonomía y habilidades para superar cualquier dificultad que le aparezca con posterioridad.

En su niñez construirá su "YO", su autoconcepto, (Representación del YO), formado por memorias primarias, unidas a componentes afectivos personales muy difíciles de borrar en adelante, aceptando la existencia y separación del "TÚ" de manera óptima y con la evidencia, más tarde, de "OTROS". En caso contrario, se bandeará en medio de aguas turbulentas, confusas y turbias, que le sumergirán en inseguridades y miedos futuros.

Las figuras de referencia que estén situadas en el microcontexto, es decir, en el ámbito más cercano del niño, van a tener una gran influencia sobre él a la hora de interrelacionarse posteriormente con el mesocontexto, configurado por su barrio, su escuela, etc. y, también con el macrocontexto, formado por su país, su religión, etc. que participarán a la hora de componer su esquema emocional. Dicho esquema emocional ha sido definido por Grenberg (1993)

como “el procesamiento tácito de alto nivel que constituye una elevada integración personal de lo biológico y vivencial, y actúa como una fuente de información sofisticada acerca de nosotros mismos en relación con el mundo que nos rodea. A nivel tácito este procesamiento es de lo emocional-motivacional, cognitivo el que gobierna la conciencia”. No obstante, va a ser siempre el esquema emocional que se ha formado por la internalización de la persona referencial básica el más influyente en las directrices que guían su vida. De ahí la importancia que tiene en la misma para el desarrollo posterior de su personalidad.

En términos generales, todos los estudios convergen en que en las formas de apego percibidas durante la niñez, esas interacciones que se han realizado con las figuras de referencia van a perdurar como huellas profundas que influirán en la vida inter-relacional del sujeto con los demás cuando sea adulto. La única diferencia estriba en que el apego que establecemos con otra persona, cuando somos adultos, se lleva a cabo entre iguales y en la infancia, no.

Han sido numerosos los autores que se han ocupado del Apego. El primero de ellos, John Bowlby, psiquiatra y psicoanalista británico, (1907-1990), que estudió las reacciones de unos niños sin hogar en la postguerra. Estableció la Teoría del Apego. Concluyó que el Apego es "la conducta que reduce la distancia de las personas u objetos que suministrarían protección".

Además de él, igualmente otros se han preocupado por averiguar los diferentes tipos de Apego existentes entre el niño y sus figuras de referencia. Así, Mary Ainsworth, en 1953, llevó a cabo un experimento, teniendo en cuenta las conclusiones de Bowlby, observando el comportamiento de niños a los que había colocado en una situación extraña en relación con sus figuras de referencia.

Más recientemente, Ortíz Barín y Yarnoz Tabe en 1993, expresaron que “el apego es el lazo afectivo que se establece entre el niño y una figura específica, que une a ambos en un espacio, perdura en el tiempo, se expresa en la tendencia estable a mantener la proximidad cuya vertiente subjetiva es la sensación de seguridad”

Son también de destacar las aportaciones que Feeney y Noller, (1990), hacen al respecto.

De entre toda la bibliografía sobre la Violencia de género, el libro de Dutton “El Golpeador. Un perfil psicológico”, ha sido el que me ha parecido uno de los enfoques más interesantes a la hora de describir por qué se produce el maltrato del hombre hacia la mujer. En él, el autor afirma que: “La agresión cometida contra la pareja no debe verse como un acto aislado, sino como el producto de toda una constelación de personalidad. El ejercicio de la violencia lleva a una función necesaria: el agresor se vale de ella para preservar su sentimiento de integridad. Como esa personalidad tiene su origen en el desarrollo temprano, en las singularidades del apego temprano y la conducta violenta y humillante del padre”

Tomando como base esa misma perspectiva, decidí implicarme en un estudio con los internos condenados por Violencia de género, del Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza).

No ha sido mi idea que el resultado de esta valoración sea una afirmación categórica. La intención ha sido ver hasta qué punto el interno condenado por Violencia hacia la mujer ha estado inmerso en un tipo u otro de Apego durante su infancia y cómo éste ha podido influir en su personalidad de adulto de manera tal que le haya llevado a realizar comportamientos violentos en las relaciones de pareja, siendo el principal responsable de tales conductas.

Tipos de apego que podemos recibir siendo niños

Después de definir el Apego y teniendo en cuenta su importancia en la vida del niño, siguiendo las averiguaciones de Bolwby, éste refiere la existencia de tres tipos de Apego en la infancia:

Apego seguro:

Caracterizado porque la madre o figuras de referencia responden frente a las demandas del niño de manera solícita y atenta, mostrándole cariño y confianza. Dentro de este tipo de Apego Seguro se siente protegido y tiene cubiertas sus necesidades, tanto biológicas como psíquicas.

Después de un primer estadio, el niño va adquiriendo poco a poco más autonomía en todas sus acciones y a consecuencia de ello comienza a tener una conducta dicotómica: por un lado, se acerca a su figura de referencia y, por otro, busca el poner distancia con ella.

Entra en un periodo en el que todavía necesita de sus cuidados y atenciones, pero la curiosidad le hace mirar a su alrededor y se convierte en un explorador aventurero de todo su entorno. El mundo nuevo que descubre le agrada, por lo que realiza sus “escapadas” de vez en cuando hacia él, a pesar de que todavía necesita la cercanía de su progenitora. Con este Apego Seguro, el niño comienza sus aventuras exploratorias y, aunque manifieste desagrado por el hecho de que la figura de referencia desaparezca de escena, haciendo mutis por el foro, durante un tiempo determinado, sin embargo, cuando la ve regresar, vuelve a sentirse confortablemente y feliz. De esta forma, no tiene una reacción negativa hacia dicha figura, porque ya la ha interiorizado, a pesar de sus ausencias momentáneas. Se encuentra a gusto, apoyado, y sabe que puede llevar a cabo, solo, incursiones aventureras por

mundos desconocidos de las que está orgulloso. Por primera vez se siente autónomo e importante.

Es entonces cuando realmente se establece la separación del “YO”, y del “TÚ. Ese “YO”, todavía necesitará por un tiempo del “TÚ” que le proporcionará armonía y equilibrio. Sin embargo, irá sintiendo paulatinamente su propia identidad.

Por lo general, un niño es consciente de sí mismo aproximadamente a los veinte meses, cuando en su cerebro se empieza a producir la mielinización de los lóbulos prefrontales, aunque ya haya comenzado un proceso mielinizante desde el nacimiento.

Se tiene constancia de que el afecto recibido en la infancia, sobre todo durante el primer año de la vida, tiene un papel fundamental en la grabación en el cerebro de memorias emocionales que luego actuarán ante situaciones difíciles y por ende, también en las relaciones interpersonales.

Dentro de esas relaciones interpersonales se encuentran las de pareja. Es deducible que si ambas partes de la misma han tenido un Apego Seguro en la infancia su convivencia será positiva, con capacidad para el diálogo y habilidades suficientes en la resolución de problemas.

Será más difícil que personas que hayan percibido este apego manifiesten comportamientos agresivos dentro de la convivencia.

Testimonios:

Recuerdo mi infancia con mucho agrado. Somos 5 hermanos, todos hombres. Yo ocupo el tercer lugar. He tenido la suerte de tener unos padres que me han querido, demostrándomelo en muchas ocasiones, y no sólo a mí, sino también a mis hermanos. ¡Claro...esto deberían decirlo ellos...!

Mi padre ya ha fallecido y lo echo de mucho de menos. Creo que fui el hijo más mimado por él: me compraba más regalos que a mis hermanos (sonríe).

Mis padres se llevaban bien y me han dado mucho cariño. No puedo quejarme de nada. Se han volcado conmigo. Otra cosa ha sido mi comportamiento...Reconozco que ha dejado mucho que desear y no he sabido corresponder a la educación que me han dado. ¡He sido un mal hijo!

Cuando fui un poco más mayor comencé con la droga. Me castigaban si me veían "colocado". Sin embargo, primero me llamaban y hablaban conmigo para preguntarme por qué lo hacía. Me decían que qué me pasaba para tener que recurrir a esa basura y que yo tenía dentro de mí valores importantes y positivos que tenía que potenciar, no que destruir. Les respondía simplemente que había empezado a drogarme por curiosidad, ya que mis amigos del barrio lo hacían. Me ofrecían y yo no les decía que no. Pero mi adicción no ocurrió porque tuviera ningún problema. Al menos no lo recuerdo.

La primera vez que probé la droga no me gustó. Pensé que mis amigos eran imbéciles por meterse aquello que a mí me producía unas sensaciones tan desagradables; pero luego seguí y seguí consumiéndola y comencé a sentirme como en otro mundo mucho mejor. No había un día en el que no consumiera. Se había convertido en una costumbre.

Sé que me ha destrozado la salud y, sobre todo, me he dado cuenta de que mi sistema nervioso se ha alterado mucho y que tengo mayor impulsividad. No me controlo. Creo que fue precisamente esto lo que me hizo dar la bofetada a mi mujer. Estábamos discutiendo como hacíamos últimamente, elevando el tono de voz, gesticulando, y no me contuve. Pero no había ocurrido antes. ¡Nunca le había puesto la mano encima...!

Luego me denunció y, aunque se arrepintió de haberlo hecho y retiró la denuncia, el fiscal siguió adelante...y... ¡aquí estoy... ¡ Ha sido un precio muy caro el que he tenido que pagar, además del dinero que me gasté para comprarme lo necesario para el consumo cotidiano.

Al preguntarle cómo afrontaban los momentos difíciles que se presentaban en la convivencia con su pareja, me dijo que siempre habían hablado las cosas tratando de solucionarlas llegando a acuerdos entre los dos. El único desacuerdo -comentó- ocurría cuando su mujer lo veía “colocado” porque había consumido. Ella no lo podía soportar.

¡Admito que en algunos momentos soy machista! Pero tengo una mujer (habla en presente) que me está haciendo ver las cosas de otro modo. En los tiempos en los que vivimos no quiero que mis hijas estén dominadas por el marido...

A pesar de que mis padres dialogaban entre ellos, al final, casi siempre se imponía la autoridad de mi padre, del hombre. No obstante, he de decir que no he visto nunca ningún tipo de violencia ni verbal ni física de mi padre hacia mi madre ni de ésta hacia él.

Ahora ya no me drogo, concretamente desde el año 2007, que fue cuando me metí una raya de cocaína. En ese momento estaba agobiado por muchos problemas laborales... ¡Ya no he vuelto a consumir la maldita droga!

No, no me ha llevado a la droga -repite una y otra vez- ningún problema personal, sino simplemente el imitar los comportamientos de mis amigos del barrio con los que me relacionaba. Hacía lo que hacían ellos. Yo no recuerdo nada que me haya hecho infeliz en mi infancia. No me puedo quejar de mis padres...

La verbalización que hizo esta persona en su relato, más la valoración de los resultados de los demás test que le pasé, me sugirieron incluirlo dentro de los hombres que habían recibido un Apego Seguro y equilibrado en la infancia, a pesar de que maltrató a su pareja.

Expresó que en su etnia había mucho machismo, pero dejó muy claro que no había tenido de modelo ninguna conducta paterna de

agresión y malos modos hacia su madre, aunque aseveró que el hombre siempre es el que tiene que saber establecer su autoridad.

Con aspecto demacrado y una delgadez extrema, quizá signos evidentes de una salud deteriorada. Añadió que estaba deseando salir en libertad definitiva y que ya le quedaba poco tiempo de permanecer fuera de los suyos. Dijo que iba a volver a convivir con su mujer. Tanto ella como él lo tenían claro.

Añadió que su identidad se fue quedando por el camino, perdida. No se dio cuenta de que el consumo de la droga lo iba adentrando en un laberinto tortuoso y de difícil salida que le minó no solo su salud física, sino también la forma de relacionarse con los demás. Cada vez se ha ido sintiendo más débil para afrontar cualquier tipo de dificultad que se le ha presentado.

Lamentó el haber hecho sufrir mucho a las personas que más lo han querido y sabe que ha desperdiciado su vida.

Reconoció su responsabilidad desde el primer momento de iniciar su narración, pero se pusieron de manifiesto las diferentes formas de comportarse del hombre y de la mujer dentro de una relación de pareja.

Esta postura de asunción de sus propios actos no la llevó a cabo todo interno que había manifestado haber vivido un “noviazgo y matrimonio” con el abuso de sustancias.

Él, sí lo hizo.

Cuando terminé el estudio continuaba en abstinencia total del consumo de drogas y estaba a punto de obtener el tercer grado penitenciario.

Yo siempre me he sentido querido con mis padres. Me dieron cariño y buenos consejos. Se llevaban bien. Tenían las discusiones que puede tener todo el mundo, pero nunca escuché gritos ni contemplé agresiones entre ellos. Estudié hasta los quince años. Había muchos días en los que nos quedábamos solos en casa mi hermana y yo, ya que mis padres compartían el trabajo en una cafetería. Digamos que maduré, junto a mi hermana, quizá antes de tiempo. Luego comencé a trabajar.

Mi padre siempre me decía que procurara montarme un negocio para que fuera mi propio jefe y no tuviera que aguantar a nadie. Así lo hice. Me siento orgulloso de que hasta tres días antes de su fallecimiento yo le llevé su sueldo (que le daba sin que él trabajara para mí). Se lo metía en el bolsillo del pijama, en un sobre, cuando iba a visitarlo al hospital. Recuerdo también cómo se sentía agradecido por ese gesto y con los ojos llenos de lágrimas me miraba tiernamente.

Mis padres me han tenido que parar los pies en muchas ocasiones porque he sido demasiado impulsivo. A veces, les contestaba mal o no reflexionaba sobre las consecuencias de mis actos, pero nada más.

Tanto mi hermana como yo hemos tenido una disciplina bastante relativa, es la verdad... Creo que no necesitábamos normas, ya que hemos sido siempre muy responsables de cómo nos teníamos que comportar.

Nunca me he drogado y creo que, salvo por mi falta de control de impulsos, en todo lo demás no he tenido problemas. ¡Vamos, es lo que pienso...!

Me casé joven y mi relación fue bien hasta que pasó lo que pasó. ¡No sabe cómo me arrepiento de ello! ¡Pero yo no he sido un asesino, como otros, ni tampoco mi pareja tuvo que estar ingresada por ninguna lesión que yo le hubiera causado!

Al preguntarle que qué opinaba sobre el machismo, su contestación espontánea fue que un hombre es un hombre, aunque tenga que respetar a la mujer.

A continuación exclamó:

¡Jamás me perdonaré lo que hice! Me duelen las consecuencias y el dolor que les he producido a mis padres por ello.

En el transcurso de esta narración, el interno no hizo ninguna alusión a la que fue su esposa para explicar los hechos, salvo muy someramente. Era como si quisiera borrar la evidencia y toda huella que le recordara a ella. Daba la impresión de que ésta quizá le hubiera tenido que perdonar lo ocurrido y no haber llegado al extremo de denunciarlo. La responsabiliza de su ingreso en prisión.

Los insultos y los golpes o empujones no los consideraba como señales de violencia. Sólo hablaba de que todo ocurrió en un momento accidental y puntual, ya que su convivencia de pareja se desarrollaba con normalidad. Sin embargo, sí que aludía reiteradamente al daño que les hubiera podido causar a sus padres y mostraba signos de tristeza y decaimiento por ello.

Repetía constantemente que él no era un asesino como otros.

Tanto en el primer caso expuesto, como en el segundo, estos internos parecen haber recibido en la infancia un Apego Seguro. Al menos así han expresado en su relato vital y corroborado en el resto de las evaluaciones realizadas. No manifestaron en ningún momento rencor, distanciamiento o ambivalencia en el comportamiento de sus progenitores hacia ellos. Muy al contrario, mostraron admiración y respeto hacia ellos.

No obstante, todavía seguían anclados en los estereotipos sociales de género en los que habían vivido, aunque se definieran como no machistas. Sólo consideraban como actos violentos contra la pareja las agresiones físicas. Además, según comentaron, lo que les había ocurrido había sido una conducta excepcional, no habitual y accidental, porque normalmente la convivencia con sus parejas era buena.

Cuando les pedí que recordaran algunos signos anteriores que pudieran haberles llevado a tal situación, como pequeños desacuerdos, algún conflicto sin resolver, etc., en ambos casos asintieron con la cabeza después de quedarse en silencio por unos momentos.

Es verdad que los recuerdos no son totalmente expresiones gráficas de la realidad, sino que están filtrados por el tamiz de las emociones y que tal vez lo expresado por dichas personas no se corresponda con lo que ocurrió. Sin embargo, en estos internos no observé miedos, dependencia emocional o inseguridad. Sí, rencor en uno de ellos, porque su mujer no le había perdonado

Apego inseguro o evitativo:

Tiene lugar cuando la figura de referencia se ha mostrado distante e insensible a las necesidades básicas del niño o, incluso, las ha ignorado como si no existieran, simplemente por el hecho de que le generaban incomodidad. Tampoco ha respondido a sus demandas emocionales y nunca le ha dado una admiración incondicional como ser único.

Ante una situación así, el niño tiene niveles muy bajos de ansiedad o casi no los siente cuando la figura de referencia se ausenta porque sabe que, a pesar de que no haya estado presente, ha habido algunos momentos en los que estándolo, ya no ha cubierto sus necesidades y se ha sentido carente de atención y protección, por mucho que la haya reclamado. Por lo tanto, se muestra luego muy apático cuando dicha figura vuelve a aparecer. Es como si

dijera “me da lo mismo que estés o que no, al fin y al cabo no me sirves de nada y yo he aprendido a valerme solo...”

Este tipo de apego genera un distanciamiento por parte del niño hacia su referente: va a comportarse de manera más independiente y autónoma. Le aparece el carácter arisco y se posiciona en un estado de alerta continuo por si tiene que defenderse. Es muy probable que crezca no dando importancia a los afectos y desconociendo lo que es la empatía con los demás.

Al llegar a la edad adulta, quizá esta frialdad seguirá estando de manera continuada y mostrará un comportamiento de interacción muy escaso o inexistente con las personas de uno u otro sexo; no permitirá que nadie acceda a su mundo personal e íntimo, estableciendo siempre una distancia con el otro porque no tendrá confianza en él y aprenderá a crearse una coraza, armadura capaz de protegerlo frente a todo tipo de acontecimientos inhóspitos. Mostrará de manera constante una actitud de autosuficiencia.

Característico de este Apego Distante es la presencia destacada de baja autoestima e inseguridad del sujeto. Sobre todo a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, de cara a la galería, estará continuamente dando muestras de comportamientos de dominio, prepotencia y firmeza. Serán las maneras con las que ocultará su debilidad.

Por supuesto, la personalidad basada en el Apego Distante, va a resultar muy problemática al formar una pareja y es muy probable que nunca llegue encontrar una que le proporcione satisfacción total en la relación. Incluso se ha observado en algunos casos la presencia de comportamientos narcisistas, incapaces de ver nada medianamente agradable en la otra persona, salvo en sí mismos.

Por lo tanto, es un apego no saludable que predice un futuro abocado a la presencia de conflictos y, en definitiva, al fracaso.

Testimonios:

Otro interno que también ha participado en el estudio, mientras me contaba cómo fue su infancia, iba escurriéndose en la silla. Tenía la mirada perdida, pero no está ausente realmente. Se le notaba contenido, tenso, con agarrotamiento en las extremidades superiores e inferiores. A la expectativa de que lo pudiera criticar por algo. Sin embargo, a medida que se adentraba en su exposición, iba ganando espontaneidad y perdiendo el miedo. Se volvió a sentar normalmente. Por unos momentos los ojos se le llenaron de lágrimas que trató de contener. La voz se le quebró.

Me dijo que nadie le había escuchado nunca y me expresó su agradecimiento porque yo lo estuviera haciendo. Pero el gesto adusto no traducía dicha complacencia. Enseguida comentó que no le gustaba sacar a la palestra cosas de su infancia porque eran algo muy íntimo. Además, añadió que había pensado que le podía pedir que me contara cómo ocurrieron los hechos que lo habían llevado a la cárcel y que de eso tampoco quería hablar, porque... *¿Es usted feminista?* -me preguntó-. *Es que, la postura de las feministas no me gusta. Es muy radical respecto al hombre.*

Después de puntualizar sobre dicho aspecto, le dejé claro que sólo quería que hiciera alusión a su infancia. Le añadí también, para su tranquilidad, que yo no iba a juzgarlo dictando una sentencia sobre su comportamiento.

Me miró fijamente, quizá cuestionándome, y muy serio comenzó a narrar:

Cuando era niño e iba al colegio, a mis compañeros recogían sus padres a la salida y les llevaban un bocadillo para merendar. Sin embargo, nunca venía nadie a buscarme a mí y tenía que regresar solo a casa. A veces, y sin saber por qué, me embargaba un sentimiento de tristeza que me quitaba de encima rápidamente pegando una patada en el suelo. ¡Después de todo, yo era mucho más independiente! ¡No necesitaba a nadie y me sabía defender

*por mí mismo! ¡Los otros iban a ser siempre unos niños protegidos!
¡Me sentía mucho más valiente que todos ellos!*

(Mordió las frases finales y los músculos de su cara se endurecieron).

Mi madre falleció cuando yo era muy niño y apenas la recuerdo. Ni siquiera su voz. Siempre estaba enferma y casi no nos atendía. Apenas salía de su habitación y no podíamos molestarla. Comentan que si tal vez se quitó la vida... Da igual. No lo supe ni lo he querido saber. No me interesa.

Nuestro padre nunca nos dio una muestra de cariño ni a mis hermanos ni a mí. Éramos varios, chicos y chicas. Pasaba totalmente de nosotros. Él, a raíz del fallecimiento de mi madre...o quizá antes...no lo sé...comenzó a beber y sólo lo recuerdo borracho. Eso sí, era muy trabajador: del trabajo a casa y de casa al bar. Mi hermana mayor se ocupaba de todo lo concerniente a las tareas domésticas ¡Supongo que no le quedó otro remedio!

A veces, cuando me encontraba jugando en la calle y mi padre aparecía de improviso, se acercaba de malas maneras a pegarme. No tenía ningún motivo. Yo no había hecho nada. Simplemente lo hacía por lo primero que se le ocurría aquel día. No importaba que no tuviera razón. Pero siempre pasaba cuando iba bebido. Y es que... bueno...lo he visto tan pocas veces en un estado normal, incluso antes de que falleciera mi madre, que si no hubiera sido así lo hubiera considerado como algo muy raro y no propio de él.

Un día, delante de todo el mundo, me dijo: ¡cuando vuelva a casa ya me las arreglaré contigo! ¡Burro, que eres un burro y no vales ni valdrás nunca para nada! A la vez que gritaba diciéndome, me pegaba patadas, cogiéndome por las orejas y tirando de ellas hasta enrojecérmelas.

Mis amigos y los vecinos que estaban en esos momentos delante me miraban como con lástima. Yo me sentía muy mal. Ocurrió varias veces, no solo una.

Pero claro, tal vez él se comportaba así porque estaría amargado por la muerte de mi madre y la carga de los hijos que le quedó...

-¿Te dedicó tu padre en algún momento que recuerdes una sonrisa, alguna muestra de ternura, aunque fuera cuando él estaba bebido?

-¡Nunca, nunca ocurrió!, contestó. Además... a mi casa no vino nadie de fuera. No teníamos visitas. Mi padre no tenía amigos y si él estaba, la mayoría de las veces se tumbaba a dormir la mona. ¡En aquella casa, que yo recuerde, entró muy poca gente!

Hablaba con signos de rabia muy evidentes en el rostro que se preocupa en contener, tratando de expresarse con un tono normalizado y correcto y sin perder la compostura.

En el relato de su historia se puede observar cómo este interno durante su infancia no solamente tuvo carencias afectivas, tanto por la enfermedad de su madre, de la que apenas guardaba ningún tipo de recuerdo, como por los malos tratos recibidos por parte de su padre, la mayoría de las veces teniendo espectadores ajenos al núcleo familiar.

Desde el fallecimiento de su progenitora, la figura paterna estuvo sin estar. Aunque físicamente figuraba, apenas dirigió la palabra a sus hijos. Era una como un espectro distante que daba a entender un “no existís para mí”.

Sin embargo, lo que más parece que se le grabó en su memoria y lo ha acompañado durante toda su vida ha sido la frase que le dirigió su padre delante de todo el mundo, cuando él estaba jugando en la calle:

¡Eres un burro y nunca servirás para nada!

Llevaba “marcadas a fuego” la humillación, la vergüenza y el pronóstico de que no haría nada en la vida digno de valía. Así creció, sintiéndose muy poca cosa, que trató siempre de disimular con una prepotencia desmedida en sus relaciones con los demás.

Me confesó que jamás había comentado con nadie del tema porque, decía, que a quién se lo iba a decir y para qué. Posiblemente no le entenderían o pensarían que hablaba así de su padre porque era un mal hijo. Añadió que la gente siempre ha pensado que a los padres hay que quererlos y respetarlos por obligación hagan lo que hagan con los hijos. Ni siquiera se lo comentó a su pareja. Se negó siempre a hacerla partícipe de lo relativo a su vida interior.

Pero, a pesar de que no quería recordar su niñez tan desagradable, hoy, desde su postura de adulto, sigue comprendiendo y justificando la actitud de su padre:

Ha llevado una vida muy dura. En cierto modo lo comprendo. Mi madre le hizo una faena muriéndose. Un hombre que se queda solo, al fallecer su mujer, se tiene que hacer cargo de los hijos para sacarlos adelante. Tiene que ser muy difícil.

En este caso, el interno no reconoció nunca su responsabilidad en la violencia hacia su pareja y además la justificó, desplazando y proyectando la culpa hacia ella:

¡Se merecía que la tratara mal! ¡Era una hija de la gran puta y se juntó conmigo sólo por interés! ¡Nunca consentiré que me manipulen y menos ninguna mujer! ¡Ya me he encargado de hacerle saber que cuando salga de prisión me las va a pagar! ¡Que no se piense que con esto se acaba todo! ¡Que se vaya preparando...! ¡No me importa que la orden de alejamiento todavía no haya finalizado! ¡Iré a darle su merecido! ¡Ya lo creo que se lo daré! ¡Se lo ha ganado! ¡Me da lo mismo que tenga que entrar de

nuevo en la cárcel! ¡Lo haré a gusto! ¡Por lo menos, si eso ocurre, será porque me he vengado!

¡Ahora los jueces siempre meten en chirona al hombre! ¡La justicia es un asco! ¡No cuenta qué nos hacen ellas a nosotros! ¡No, eso no se ve! ¡Nadie dice nada de cómo nos martirizan con sus palabras!

Mientras vertía todas esas exclamaciones con un tono de voz muy elevado, apretaba los puños con rabia.

Luego, suavizando sus facciones, dijo que reconocía que necesitaba a alguien a su lado, al menos para satisfacer sus deseos sexuales sin irse con prostitutas y para no desentonar delante de sus amistades, ya que todos los amigos tenían una mujer y él no iba a ser menos hombre que ellos.

Como se puede apreciar, esta persona no mostró ningún rastro de arrepentimiento. Sólo ira, acompañada de un deseo exacerbado de venganza. El que pudiera entrar de nuevo en prisión, después de su supuesta venganza, no iba a resultar penoso cuando hubiera conseguido tomarse la justicia por su mano. Así me lo dijo.

Cuando tenía unos 5 años, mis padres se separaron. Aún recuerdo cómo mi padre maltrataba a mi madre no sólo de palabra, sino también físicamente. Llegó un momento en el que mi madre lo dejó.

Yo odiaba a mi padre cada vez que lo veía lastimarla. Ella aguantó hasta que no pudo más, pero aguantó. Creo que no le quedó otro

remedio si quería que todos nosotros estuviéramos bien alimentados. Dependíamos de él.

A partir de la separación, me llevaron a una residencia, porque mi madre comenzó a trabajar y no se podía hacer cargo de todos mis hermanos y de mí. Luego salí de allí y pasé a vivir con mis abuelos maternos, en su casa. Me crié con ellos y con mi madre, que se marchaba al trabajo muy temprano y echaba muchas horas en el “tajo” Llegaba, la mayoría de los días, muy cansada. Apenas se ocupaba de nosotros, pero nos quería, lo que pasa es que no nos pudo dedicar el tiempo que quizá hubiera tenido que dedicar. Hubiera preferido algún juguete de menos y haberla tenido un poco más... La echaba en falta. Sobre todo, a la hora de comer y por las tardes, cuando yo tenía tareas del colegio para hacer en casa. Las hacía sin su ayuda. En ocasiones, la veía que nada más llegar de trabajar se acostaba porque, como ya le he dicho, trabajaba muchas horas y tenía que tener energía para afrontarlas.

No tengo buen recuerdo de mi infancia. Sí de mis abuelos que eran personas muy responsables y nos querían, tanto a mis hermanos como a mí.

Mi padre pasaba de nosotros totalmente, y no solo después de que se separara de mi madre...

Aprendí pronto a valerme por mí mismo y a no depender de nadie. He trabajado, me he drogado y no me ha importado traficar para poder vivir mejor y también para conseguir mi dosis diaria. ¡Me importa un bledo el que la compre! ¡Es su problema! Yo, cuando tengo problemas, me los solvento como puedo y si tengo que drogarme para que me duelan menos, lo hago.

Reconozco que mi mayor defecto es que salto por cualquier cosa y no quiero que nadie me toque las narices. Quizá, no lo sé, me han dicho que esta forma de mi comportamiento puede tener relación con todo lo que me he metido en el cuerpo. Es posible... Repito que no lo sé... Pero es verdad, salto por cualquier cosa. Luego pienso en cómo he actuado, aunque ya es tarde y el mal ya está hecho...

He tenido varias relaciones de pareja y todas han acabado mal. Algunas han pasado desapercibidas, es decir, todo ha quedado dentro de la casa y nadie se ha enterado, a pesar de que ha habido gritos, empujones y algún que otro puñetazo (también arañazos por

parte de ellas, que conste), pero otras no y, al final, pues... me ha "tocado la china" y la última me ha denunciado.

¡No sé qué es lo que me pasa, pero mis relaciones con las mujeres con las que me emparejo son siempre difíciles!

Yo mismo me contradigo continuamente a la hora en que me pongo a reflexionar el porqué de mi ira cuando no estoy de acuerdo en algo con las parejas que elijo. Es como si no admitiera que me nadie me lleve la contraria. Me rebelo cuando disienten de mi forma de pensar y exploto. Pero...bueno...ahora a esto se le llama Violencia de Género. Sin embargo, tengo la conciencia tranquila porque no ha muerto nadie por mi culpa.

Admito que tengo un problema y he hecho la terapia que el centro penitenciario me ha ofrecido. No obstante, a pesar de todo, y de que me han enseñado aquí técnicas para el control de los impulsos, vuelvo a tropezar de nuevo en la misma piedra. Me conozco algo más, eso sí. ¿Sabe?...no sé si algún día conseguiré realmente no lanzarme en picado ante cualquier acontecimiento que no me agrade.

He aprendido a identificar qué señales ocurren antes de mi descarga de adrenalina, pero...ya le digo...pienso que todavía creo que no soy capaz de llegar a controlarme totalmente. Sobre todo...hay algo que no puedo contener cuando salgo de aquí y es el no aproximarme a mi anterior pareja, a pesar de que tengo orden de alejamiento y prohibición de las comunicaciones. Lo siento, no lo puedo evitar. Siempre acabo acercándome, bien sea de una manera o de otra. Es como una desazón que invade y que no puedo controlar. Es un impulso irrefrenable, que si no lo llevo a cabo, no sé qué me pasaría. Quizá sería un veneno que se me quedaría dentro.

En esta ocasión, el interno manifestó claramente que no controlaba sus impulsos y que se lanzaba sin pensar a actuar. También reconoció que es posible que hubiera magnificado mucho más todo lo que le ocurría a consecuencia del consumo de drogas. Asumió, por otro lado, el hecho de que sus actos eran Violencia contra la mujer. Lo admitió. Pero todavía seguía teniendo sus dudas sobre si podría llevar más adelante el control de su vida si iniciaba una

nueva relación. Confesó abiertamente que no quería volver a tener problemas y afirmó categóricamente que muchas de las mujeres con las que había estado eran mucho más inteligentes que él.

En otra narración, un hombre con más de medio siglo de vida, al referirse a aspectos de su infancia lo hacía con mucha ansiedad, mientras dibujaba garabatos en un folio. Sólo pintarrajeaba, tal vez tan sin rumbo, como quizá estuviera su propia vida. Esquivaba, además, la mirada, mientras hablaba.

Intuí que, a pesar de que accedió gustosamente a participar en el estudio, había momentos en los que parecía que se iba a levantar de la silla para decirme: lo siento, lo dejo.

Continuó dibujando durante toda su exposición sin soltar el bolígrafo que presionaba sobre el papel, formando sobre el mismo una mancha cada vez más oscura:

Yo era el mayor de muchos hermanos. Mi padre bebía. Se emborrachaba muchas veces. Pero a pesar de todo la gente de su empresa y los jefes lo querían porque era muy trabajador.

A mi madre la insultaba continuamente, le decía: ¡hija de puta, desgraciada, si no fuera por mí, tú a dónde ibas a ir...! Le pegaba muchas palizas y en más de una ocasión me tuve que enfrentar a él para que no le diera la tunda correspondiente. Parecía como que no pudiera pasar una semana sin agredirla. Cuando le planté cara, no sólo la primera vez, sino en muchas otras posteriores, me golpeaba furioso y decía que no la defendiera, que nosotros éramos los culpables de que él siguiera allí, en esa casa, trabajando a lo bestia para alimentarnos a todos y remarcaba siempre muy firmemente lo de “trabajando a lo bestia para todos”.

Mi madre llegó a tenerle pánico. Cada vez que escuchaba el sonido de una llave de la puerta, yo notaba cómo su cara cambiaba. Estaba aterrada por lo que pudiera pasar.

Hemos recibido golpes todo el mundo en casa por parte de mi padre. No nos hemos librado ninguno. La disciplina la imponía cuando estaba borracho y en los momentos en los que estaba sobrio, que eran muy pocos, se limitaba a no levantar la vista del suelo. Daba la sensación de que se avergonzaba, quizá recordando su comportamiento con nosotros, cuando su adicción le podía y estaba bajo sus efectos.

Un día, que yo había salido a dar una vuelta por ahí, nos encontramos por el camino. Se acercó a mí y comenzó a darme puñetazos y patadas, alegando que siempre me encontraba zanganeando. Me rompió la bici, me reventó una rueda con una navaja y destrozó el sillín. Todos mis amigos estaban presentes. ¡Lo hubiera matado en ese momento! Sentí rabia, humillación, impotencia y, sobre todo, me dolió porque me quitó lo que más quería y lo que más necesitaba para evadirme un poco: la bici. Con ella me iba por toda la ciudad y me sentía libre. Podía recorrer distancias y notar cómo el aire me inundaba todos los sentidos. Chocaba contra mi cara y mi cuerpo y yo le hacía frente. Buscaba aquella sensación porque me transportaba a mi niñez, cuando había un Cierzo de los demonios que me golpeaba la cara impidiéndome la respiración. Mi madre decía entonces que yo me “apabilaba” y me sonreía.

A partir del momento en el que mi padre destrozó mi bici, mis amigos empezaron a considerarme un cobarde porque no me había sabido defender: “¡Es muy fuerte, tío, que hayas estado viendo cómo te ha roto la bici y no hayas movido ni un dedo para impedirlo. Nosotros te hubiéramos ayudado a darle una somanta de ostias. Entre todos lo hubiéramos machacado!”

Afortunadamente nunca me pegó delante de ninguna chica...

Desde de entonces, comencé a revolverme contra cualquier cosa que me decían. Me convertí en una persona agreisva. No aguantaba ni una y no toleraba ni el más mínimo comentario sobre mis actos.

Los únicos recuerdos buenos y agradables que tengo de mi infancia son los de cuando me marchaba de campamentos, en los veranos. Me sentía el más feliz del mundo. Era como si me convirtiera en otra persona. Daba rienda suelta a mi yo. Pero luego, cuando llegaba el momento en que teníamos que regresar de nuevo a casa porque ya se nos habían acabado las vacaciones, sentía como si un peso me cayera encima. Era una sensación muy rara en el estómago y en todo el cuerpo. Me ahogaba dejándome seca la garganta y la boca. Por lo menos, las colonias me servían para perder de vista el sitio donde no me encontraba a gusto.

Mi madre se mostraba algunas veces cercana conmigo, pero “el otro”... ¡ése nunca! No recuerdo ni un abrazo, ni un beso, ni una sola caricia. Y ya ve... ahora justifico su comportamiento.

Eso sí, continuó, mi padre no me obligaba a seguir estudiando si yo no quería. En eso era muy permisivo y le daba igual lo que hiciera. Creo que le importaba un rábano que estudiara o no. Sólo conseguí llegar a terminar EGB. A pesar de que mi madre me insistió e insistió en que siguiera porque decía que me serviría para el día de mañana. No le hice caso. Lo dejé y me puse a trabajar. No tenía ninguna motivación para estudiar.

Me di cuenta de que poco a poco me iba endureciendo ante los acontecimientos de la vida y prácticamente me resbalaban. ¡Hay que ser duro para poder soportar muchas de las cosas que ocurren!

Cuando fui adolescente comencé a salir con chicas. Creo que nunca me enamoré realmente. Me dejaba llevar solamente por el hecho de cómo respondían sexualmente conmigo. Mis relaciones duraban poco tiempo.

Posteriormente, ya pensé que se me estaba “pasando el arroz” y decidí tener emparejarme. Me lo propuse. Era lo que hacían todos.

Si funcionábamos bien en la cama para mí era lo importante. ¿El cariño?, pues...no sé... Cuando se tiene alguien al lado, al final, si ese alguien desaparece por un motivo u otro extrañas su presencia. Nada más. Se puede vivir sin su compañía.

Muchas veces le levantaba la voz a mi pareja. Bueno...los gritos eran mutuos. Vivíamos en continuo conflicto. Me imagino que los vecinos hacían la vista gorda, porque los oídos se los teníamos que estar martirizando... ¿Cómo pasó lo que pasó? Pues no lo sé. Quizá la situación se me fue de las manos...

De todas formas...me he dado cuenta de que han metido en prisión a gente que no ha tocado a las mujeres. Me refiero...ya sabe...sólo algún empujón o poco más. ¡A eso no hay derecho! ¡Creo que esto no hará sino que los hombres incrementemos las agresiones hacia ellas!

Al hacer estas afirmaciones, me permití preguntarle:

¿Justificas la conducta que tu padre tuvo con tu madre?

¡Nooo! Nunca la justificaré. Él bebía. Además... es que mi madre era una santa comparada con las arpías de ahora... ¡Se nos están queriendo subir a la chepa a los hombres y no lo podemos consentir!

Mire...yo, en el fondo, soy buena gente, pero hay cosas que no transijo y una de ellas es que una mujer me dirija la vida.

Este interno recibió palizas en la infancia por parte de su padre y contempló también los que éste le propinaba a su madre, ante las que se interponía, sabiendo la que le esperaba a él después.

Hizo alusión en reiteradas ocasiones al episodio de la bicicleta. Lo explicaba con mucha rabia e indignación:

¿Cómo pudo mi padre, mi propio padre, romperle la bici a su hijo mayor? ¡A su hijo mayor! Ocurrió delante de todos mis amigos y tuve que soportar, además, que éstos me llamaran cobarde! ¡¡¿Cobarde yo?!!

Realmente cuando su progenitor le rompió la bicicleta siendo niño, se hizo trizas el auto-concepto de identidad de este hombre. No sólo le rompió materialmente la bici, sino que destrozó a pedazos algo mucho más importante que un objeto: el propio "Yo" de su hijo.

Seguramente, su padre, desinhibido por la ingesta del alcohol, se sentiría en ese momento como alguien grande y con una fuerza muy superior a lo que realmente tenía en su estado normal. Necesitaba el alcohol para creerse capaz de hacer algo importante en su vida y sentirse fuerte, porque en el fondo, era débil y vulnerable.

En todos los relatos anteriores, el apego recibido en la infancia ha sido el Distante. En algunos casos no solo por parte del padre, sino también de la madre. A veces los sujetos recuerdan que ella les ha dado afecto, aunque tampoco se muestran muy efusivos al relatarlo, pero el padre, no.

La humillación que recibieron ha generado en estas personas unas gruesas capas en la piel, quizá semejantes a las de los reptiles y

como a éstos, también parece que la sangre se les ha vuelto “fría” mostrando a todas horas carencia de sentimientos.

Hay que resaltar igualmente que en todas sus narraciones aparecen connotaciones muy marcadas de tendencia machista.

Algunos de ellos fueron víctimas de la palizas de su progenitor pero, además, se produjo algo, que – de acuerdo con lo que afirmó Dutton- les hizo mucho más daño que el propiamente físico recibido: el ser expuestos a episodios de humillación por parte su padre delante de testigos que no formaban parte de su núcleo familiar, generalmente amigos o extraños.

La vergüenza a la que un niño es sometido en su infancia puede pulverizar su autoestima dejándole una huella emocional muy profunda y difícil de superar.

Estas emociones negativas y nefastas, experimentadas a una edad temprana, podrán más tarde ser las inductoras a una hostilidad manifiesta hacia todo el mundo. Quizá, igualmente, serán el motivo de un “estar a la expectativa” de por dónde puedan “atacar” los demás, concibiendo cualquier señal como una agresión a su persona. La humillación que recibieron en público les ha incubado la ira, que regirá constantemente su vida y que en un momento de acumulación los podrá conducir a la violencia.

Sin embargo, a diferencia de lo evidenciado por Dutton en sus estudios, en los que decía que los agresores humillados que él conocía apenas querían hablar sobre su infancia, los internos que han pasado por iguales situaciones y que han participado voluntariamente en este estudio, no han tenido ningún inconveniente en describirme su niñez con toda suerte de detalles.

Tampoco se han callado a la hora de expresar las frases puntuales vertidas por sus padres hacia ellos y que han registrado muy bien en su memoria, de tal modo que algunas las han repetido casi literalmente una y otra vez.

Del mismo modo, no dieron muestras de vergüenza al narrar los hechos, aunque lo hicieron con rabia, dolor y dureza al referirse a los momentos más duros por los que tuvieron que pasar.

También he podido constatar cómo, en algunos casos, justificaron el comportamiento de sus progenitores, aludiendo a la mala situación que estaban pasando.

Apego ansioso o ambivalente:

Este tipo de Apego, según los estudios de Dutton, está unido a la madre como figura de referencia.

El Apego Ansioso o Ambivalente, se establece cuando la madre ha estado accesible a los deseos del niño solo en algunas ocasiones pero no en otras, por determinados motivos. Quizá sea debido a que ella misma se encontrara inmersa en un ambiente de tensión emocional, deprimida y sin ánimo ni conocimiento para solucionar, incluso, sus propios problemas. Otras veces, el papel sobreprotector que ha tenido con el niño no ha permitido que éste fuera forjando su propia identidad. No ha ido aprendiendo a utilizar herramientas de afrontamiento a determinadas situaciones, ergo, no sabrá desenvolverse con autonomía e independencia. El pequeño explorador encontrará acotado el terreno por el que moverse solo y, en muchas ocasiones, ni siquiera dispondrá de ese espacio, quedando asfixiado en una cárcel de un equivocado amor.

El niño crecerá inseguro y con miedos, tanto cuando no sepa si va a ser atendido o no por su progenitora como cuando, por el contrario, esté tan sumamente sobreprotegido por ella que este hecho no le permita aprender de sus propios errores, ya que siempre la tendrá al lado evitando que se puedan producir, viviendo, por lo tanto, entre algodones.

Así pues, la madre será internalizada por el niño desde los primeros estadios de su vida unas veces como fuente de apoyo inestable, dudoso, tenso, lo que generará en él estados de confusión y ansiedad; otras, la contemplará como el “paraguas” que le preservará de todos los “chaparrones” y contratiempos que le puedan aparecer que, ya siempre estará dispuesta para acudir en su ayuda inmediatamente. De esta forma, no podrá prescindir de ella, porque le será necesaria. Seguirá andando a gatas durante su vida.

En el primer caso, no serán suficientes los llantos, gritos y pataletas para que sus demandas sean atendidas siempre. Esto hará que se sienta perdido y desorientado por la incertidumbre. Realizará entonces grandes esfuerzos destinados de nuevo a llamar la atención de su figura de referencia porque, a pesar de todo, a pesar de que ésta no le haya hecho caso, él volverá a demandarle de manera desesperada que cubra sus necesidades biológicas y también las psicológicas, buscando ser amado. Y lo intentará tantas veces como sea necesario para encontrar la respuesta que necesita, mostrando hasta conductas de sumisión.

En el segundo caso, la sobreprotección que su madre le ha dado, por su estado de alerta hacia él, no le va a permitir actuar de una manera independiente. No correrá riesgos porque ella siempre se los evitará. Pero esta forma de actuar tan tóxica por parte de su progenitora hacia él hará que nunca madure como persona, careciendo de habilidades de resolución de conflictos y de afrontamiento.

Si en la infancia se ha recibido este tipo de apego, en la edad adulta, a la hora de convivir con una pareja, se va a seguir haciendo extensiva esa inseguridad incubada en el ámbito de su micro-contexto, durante los primeros años. Es precisamente en él donde se fraguan las emociones afectivas hacia una dirección u otra.

En tal caso, por una parte buscará la intimidad y cercanía con la persona a la que ama, pero cuando ya la haya conseguido tenderá a rechazarla por miedo y desconfianza. Habrá un continuo tira y afloja entre el acercamiento y el rechazo, porque una cercanía excesiva podrá dejar al descubierto su vulnerabilidad y eso no le gustará. Sin embargo, a su vez, necesitará verse acompañado, ya

que solo no va a ser capaz de desenvolverse. Esto le generará un conflicto interior importante y con consecuencias.

El resultado del recibo de este tipo de Apego Ambivalente y ansioso será que estos niños se convertirán en unos individuos adultos dependientes, con altos niveles de ansiedad y miedo a perder el cariño del otro o a sentir que van a ser abandonados por él. Buscarán la protección que otrora les diera su madre y realizarán continuamente conductas meritorias para que los quieran y tengan en cuenta su presencia.

Estos esfuerzos por conseguir afectividad, pueden llevarlos a sentimientos frustrantes y a enfados, si no consiguen el efecto deseado.

Curiosamente, estos hombres suelen buscar relaciones con mujeres que nunca les van a proporcionar una satisfacción, por lo que la disfuncionalidad en la convivencia de pareja aparecerá en la mayoría de los casos, por no decir en todos.

Bartholomew y cols. (2001), evidenciaron que los sujetos que habían recibido un apego inseguro y ambivalente eran los que llevaban a cabo más violencia física hacia sus parejas, posición que concuerda con la de Dutton.

Los hombres que han vivido este tipo de Apego Ambivalente en la infancia, cuando mantienen relaciones de pareja no se sienten cómodos, ya que demasiada cercanía afectiva con la otra persona vulnera su intimidad. Por ello, suelen guardar una cierta distancia para sentirse mucho más seguros. No obstante, si en el transcurso de ese distanciamiento emocional, observan que pueden ser abandonados, el miedo a tal hecho les hace volver a retomar de nuevo la anterior proximidad. Su dependencia emocional es evidente.

Generalmente estos sujetos son inseguros, con baja autoestima y alta susceptibilidad. Necesitan estar arropados por otra persona para sentirse bien, pero lo hacen de una manera soterrada, en ocasiones mostrando actitudes de abuso de autoridad y de poder que, sin embargo, serán ficticias. Las personas dependientes suelen ser expertos manipuladores.

Pero esa forma de convivencia insana lleva de manera inexorable a que tarde o temprano aparezca la agresión y la violencia como expresión de dominio, ya que será la única forma con la que intentarán hacerse valer.

En algunas ocasiones, estas personas pueden identificar a la pareja con la madre malvada que los abandonó y que no se ocupó de ellos. Por eso es probable que actúen en una dinámica de acercamiento-alejamiento. A su madre la necesitaban para cubrir sus necesidades vitales, buscando sobrevivir y la pareja también les será necesaria para sentirse seguros, ya que entienden que solo ella les puede proporcionar tal seguridad, pero le ponen límites. No se pueden fiar del todo. De ahí su comportamiento contradictorio.

Otras veces, la pareja pasará a ser la sustituta de su madre protectora. En su convivencia será siempre la que le solucionará los problemas, ya que él carece de habilidades suficientes para hacerlo.

Testimonios:

¡Quiero que me diga por qué la maté!

Así comenzaba a hablarme un hombre ya mayor, condenado por haber asesinado a su esposa.

¡Dígamelo, por favor, dígamelo! ¡¿Por qué?! ¡Si era lo que más quería en este mundo!

Las lágrimas resbalaban por su cara, horadada por surcos rebosantes de experiencias pasadas, y su cuerpo, levemente encorvado hacia adelante, se asemejaba a la quilla de un barco, hundiéndose lentamente entre las aguas, engullido por la inmensidad del océano.

Es muy difícil no hacerte muchas preguntas, cuando tienes delante de ti a una persona mayor, de aspecto frágil, con la apariencia de un sarmiento seco, medio consumido y la expresión de desesperación en su rostro por un hecho tan luctuoso del que había sido responsable.

Traté de serenarlo y lo invité a sentarse. No hizo falta que le dijera que me narrara su vida: comenzó a soltar chorros de vivencias, una detrás de otra sin ninguna sincronización en el tiempo, con una desmesurada incontinencia verbal. Así que, para concretar, le sugerí que me hablara principalmente sobre su infancia.

Por supuesto, yo no sabía responder a la pregunta que me hizo al principio. Me limité a escucharle y, a veces, a poner un poquito de orden en sus palabras desbocadas.

Por suerte, tenía la ventaja de que, debido a su edad, era más fácil que recordara acontecimientos pasados (memoria retrógrada), a que se acordara de lo que acababa de suceder (memoria a corto plazo). Así que no hubo ninguna dificultad para que aludiera a su niñez con una claridad asombrosa:

Mis padres nos habían educado a mis hermanos y a mí sin ningún tipo de preferencia. Mi familia era del campo y mi padre estaba acostumbrado a ganarse la vida literalmente “con el sudor de su frente”, pero nunca nos faltó de comer. Vivíamos bien.

Quise mucho a mi padre, aunque he de reconocer que era un “cabronazo, hijo de puta”, porque también me exigió grandes esfuerzos, pidiéndome que trabajara con él muy pronto y en firme, con apenas terminados los estudios primarios. A decir verdad, ya lo hacía mientras estudiaba, pero no con dedicación completa.

A veces, no recordaba que tenía que trabajar y me comportaba como un niño de mi edad. Por ejemplo, si hacía muy poco rato que mi padre me había comprado un juguete y yo comenzaba a jugar, él me recordaba mis obligaciones laborales, porque, según me decía, todas las manos eran pocas. Así que pasaba de repente de ser un niño a ser un hombre. No me dejó vivir plenamente la infancia que creo tienen que tener los niños y la que yo he tratado de no robarles a mis hijos. Y no fue porque no tuviéramos para vivir con lo que él

trabajaba, sino porque tenía la idea preconcebida, quizá heredada de sus padres, de que en la familia teníamos que colaborar todos los miembros, no importara la edad, sobre todo, los hombres.

Mi padre era el que tenía la autoridad en casa y el que, paradójicamente, a pesar de lo que me hacía trabajar, como ya le he dicho, también me daba cariño. Aunque no era muy efusivo en sus muestras de afecto, sobre todo a nivel verbal. Besos, sí, pero eso de “te quiero” no entraba en su vocabulario. Yo diría que no se prodigaba en las familias por aquel entonces. Sobre todo, los hombres no podíamos mostrar signos de afecto a los hijos, ya que era proclive a que los hiciéramos maricones.

Mi madre siempre estaba de acuerdo con él en todo. A pesar de que en un principio le recriminó el hecho de que me pusiera a trabajar cuando yo aún no había terminado los estudios en la escuela. Recuerdo que el primer día se opuso y le dijo que me dejara en paz, que todavía era un niño, pero luego ya no le volvió a decir nada. Eso me dolió.

Reconozco que vivíamos en una sociedad muy machista en la que las niñas colaboraban en las tareas de la casa y eran educadas para casarse y si podía ser con alguien rico, mejor; los niños, por el contrario, teníamos la obligación aportar el dinero, de demostrar nuestra fuerza, la capacidad de dominio y poder sobre la mujer, a la vez que darle protección. No se nos permitía mostrar flaqueza alguna.

Así crecí, entre un padre rígido, que me exigía realizar un trabajo espartano, provocando que hiciera más esfuerzos físicos que los que me correspondían por mi edad, aunque también cercano y cálido hacia en otros aspectos, y una madre que unas veces me defendía y apoyaba y, por el contrario, en otras se replegaba a los mandatos de su marido, pasando de las consecuencias.

Cuando fui un poco más mayor y ya me dedicaba de continuo al trabajo comencé a recibir un salario que pude ir ahorrando, puesto que no me exigían en casa que contribuyera a pagar los gastos comunes.

Mi madre era la típica ama de casa. Se mostraba cariñosa conmigo en algunas ocasiones, incluso diría que demasiado empalagosa, pero en otras no. Parecía como si fuera dos personas diferentes y eso me confundía.

El sometimiento a las tareas domésticas lo compensaba con salidas que ella denominaba “de libertad”: se marchaba todas las tardes a tomar café con las amigas. Allí, según comentaba, contaban las banalidades que ocurrían entre la gente del pueblo. Luego venía a casa y las repetía. ¡Siempre he odiado que las mujeres chismorreen de todo el mundo cuando se juntan! Además, no me gustaba que mi madre se fuera con las amigas.

Cuando ya me casé, me fui a vivir con mi esposa a una casa que yo mismo construí con mis propias manos antes de la boda y de la que me sentía orgulloso. Los dos hacíamos una buena pareja, según decían, claro. Nos queríamos mucho. Estábamos muy enamorados.

Mi mujer era muy guapa y nunca trabajó. Más o menos como hizo mi madre, pero ya eran otros tiempos. Atendió y crió a nuestros hijos. Entre los dos tratamos de educarlos permitiéndoles una infancia a su tiempo y dándoles la oportunidad de estudiar las carreras que eligieron. Aunque serán ellos los que tendrán que opinar sobre si lo hemos sabido hacer bien o no. Les hemos dado mucho cariño y creo que no hay ni punto de comparación en cómo se lo hemos expresado nosotros a cómo, por ejemplo, yo lo he recibido por parte de mis padres.

Nunca fui infiel a mi esposa e íbamos a todos los sitios juntos. Siempre uno al lado del otro, sin separarnos. Además, yo no era de esos hombres de pueblo que se dedican a ir al bar. Volqué toda mi vida en el trabajo y en la familia. De vez en cuando leía algún libro que otro. Siempre me gustó leer. A veces, cuando descansaba un momento del trabajo, me ponía a la sombra de un árbol y me devoraba un libro en un momento. Los libros me han ayudado a ver la vida de otra manera, a conocer el mundo. Por suerte, como ya le he dicho, pude terminar mis estudios primarios.

Una vez casado, estaba muy satisfecho de mi situación: gozaba de una buena posición económica, mis hijos habían podido estudiar carrera y conseguí reunir un extenso patrimonio que nos permitió vivir muy bien. Bueno...teníamos los problemas que en todo matrimonio existen, ya sabe... problemas con los hijos: que si tú les dices una cosa y yo no estoy de acuerdo y te contradigo... Reconozco ahora que los desacuerdos con mi mujer en cuanto a la educación de nuestros hijos no los tenía que haber mostrado delante de ellos. Pero ya es tarde...

Así pasó la vida. Ellos crecieron y siguieron su rumbo. Nos quedamos solos en la casa. No sé si sentiríamos o no lo que se conoce ahora "el síndrome del nido vacío". Sinceramente, no lo recuerdo. Creo que no. Necesitábamos un poco de espacio para nosotros y cuando se marcharon a vivir fuera hizo que nos sintiéramos más libres.

En un momento determinado mi salud se deterioró. Me puse enfermo. Fue muy duro. A pesar de la rehabilitación, nunca pude volver a trabajar como hasta entonces y eso me hacía sentirme un inútil. Lo más grave es que notaba por dentro una sensación de despersonalización, como si no fuera yo y que todo lo que me estaba sucediendo fuera irreal. Me imagino que sería porque no lo admitía.

Lo peor fue que la dichosa enfermedad afectó a mis relaciones sexuales. Me quedé inservible y aquello no lo pude tolerar. Era superior a mí. ¡Si un hombre no puede tener vida sexual con su mujer, ya no es un hombre!

A pesar de todo, me recuperé medianamente...aunque...no en lo que ya le he dicho...

Seguía yendo con mi mujer a todas partes, sin embargo ya no me sentía de la misma manera que antes. Ya no era el que fui. Comencé a recelar de todos los hombres que se acercaban a ella y creía que se ponía más guapa especialmente para conquistar a alguno.

Luego, razonaba y me daba cuenta de que el amor de mi esposa no había mermado hacia mí ni un ápice. Me lo demostraba día a día, pero tenía mucho miedo de perderla y había momentos en los

que los celos me corroían. Era un desasosiego constante. No quería perder a lo que más quería en este mundo.

Un día, al regresar a casa después de inspeccionar un trabajo (porque ya sólo me dedicaba a dirigir faenas), me cabreeé cuando me di cuenta de que en la salita de estar había más gente. Eran las amigas de mi mujer. Estaban todas en tertulia y, aunque no constaté la presencia de ningún hombre en la reunión, esas mujeres no me gustaban nada. Nunca me habían gustado. Creía que inducían a mi mujer a que llevara una vida mucho más independiente, a que saliera de casa sin mí.

Cuando se marcharon, tuve una discusión con mi esposa sobre por qué, últimamente, siempre la veía acompañada. Ella me contestó diciendo que no hacía nada malo. No sé por qué, pero me acordé de mi madre y de sus reuniones con las amigas, dejándome de lado. La discusión fue en aumento. Mi mujer argumentaba siempre lo mismo: que no estaba haciendo nada que me pudiera perjudicar. Yo le contestaba cada vez más subido de tono. Hubo un momento en el que, totalmente fuera de mí, lleno de rabia y de rencor, la golpeé muy fuerte con algo que en ese momento llevaba en la mano.

No recuerdo más, simplemente me viene a la mente su imagen, en el suelo, en medio de un charco de sangre...

Me agaché y la llamé a gritos abrazándola. No contestó. ¡Ya no me contestó...y yo la zarandeaba desesperado! ¡Nunca contestó! ¡Estaba muerta y la había matado yo!

Durante todo el tiempo que duró su relato, no dejó de llorar y repetía constantemente:

¡Me quiero morir, me quiero morir! ¡Yo ya no hago nada en este mundo sino sufrir! ¡¿Por qué no se me llevará Dios?! He hablado con el sacerdote del centro de todo esto y me dice que si todavía sigo vivo será por algo. ¡Pues no, no le veo sentido a seguir aquí!

Según comentó, la enfermedad lo había hecho sentirse inferior. Dijo que precisamente le había afectado a una zona de la que el hombre no podía prescindir si quería seguir sintiéndose hombre en toda la extensión de la palabra. Pensaba que su mujer lo ninguneaba y que estaba ignorándolo totalmente a partir de que se sintió mermado. Lo había condenado al ostracismo.

Si nos remitimos a lo que expresaba el interno sobre su infancia y al tipo de Apego que recibió por parte de su madre, parece que éste fue Ambivalente. Unas veces la sentía cercana y otras totalmente distante, dedicada a ella misma demasiado y fuera del ámbito familiar, cuando no estaba bajo los dominios de su marido.

Nunca entendió el por qué su madre no se opuso en su momento a que su padre lo pusiera a trabajar siendo todavía un niño. No se lo explicaba. Tampoco comprendía la búsqueda de libertad que ella deseaba, ya que, según dijo, no le faltaba de nada porque para eso su padre se lo proporcionaba trabajando duro.

Cuando el revés que la vida le propició lo dejó bastante vulnerable, le brotó espontáneamente el miedo y la inseguridad. Especialmente centrados en perder su hombría y a sentirse abandonado por su esposa. Se sintió muy poca cosa.

Él mismo llegó a la conclusión de por qué realmente mató a su esposa:

No quería perderla. Eso me desesperaba. Era todo lo que tenía y siempre había estado a mi lado. Simplemente me ofusqué y quise demostrarle que jamás me tendría que abandonar, que era su marido. ¡Nunca quise matarla, nunca!

A pesar de que, igualmente que en otros casos expuestos con anterioridad, él manifestaba que no era machista, consideraba a su mujer como de su propiedad. No concebía la vida sin ella. La enfermedad había diezmado su autoestima y los celos comenzaron

a tomar dimensiones patológicas hasta que se desbordaron con el resultado expuesto.

Este otro interno, educado en una familia de clase media-alta refirió así la relación que tuvo con sus padres:

Me identificaba con mi progenitor en todo. Más que padre e hijo éramos como amigos, aunque, por supuesto, guardándole siempre el respeto como figura de autoridad. La verdad es que realmente era el que la ejercía. Estableció una disciplina en la casa y mi madre, mis hermanas y yo la cumplíamos a rajatabla.

No me pregunte por qué, pero recuerdo mi infancia como algo muy desagradable...

Cuando traté de que me explicara las causas, simplemente se encogió de hombros, dirigió la mirada al infinito y siguió narrando:

Recuerdo que mi padre viajaba mucho por su trabajo y cuando regresaba a casa contaba lo que había vivido mientras estaba afuera. Yo me metía de lleno en lo que nos relataba. Era como si el protagonista de lo que decía hubiera sido yo.

El trabajo de mi padre era muy interesante, pero también muy duro. Las normas y pautas que le exigían para desarrollarlo requerían de mucha honestidad y responsabilidad. Yo lo admiraba. No todos los hombres son capaces de realizar ese tipo de tarea de una manera tan honesta y con tanta integridad. Se necesita tener un gran equilibrio emocional para ello. Por eso, cuando fui mayor, elegí estudiar algo que, en cierto modo, estaba relacionado con lo que él hizo.

Siempre estuve mucho más cercano y me sentía más identificado con mi padre que con mi madre. Para mí era digno de admiración, mi referente. Por desgracia falleció muy pronto y aquello me supuso

un mazazo. No lo pude asimilar. Creo que todavía no lo he digerido.

A partir de entonces me volqué en mi madre y, sinceramente, también ella en mí, hasta el extremo de que en casa me decían que yo era su hijo preferido, su ojito derecho. No sé si sería así. Aunque creo que sí, porque aunque decía que nos quería a todos por igual, conmigo quizá tenía más conversaciones y más complicidad.

Pero sigo pensando en mi infancia como algo no agradable...

Mi madre se volvió a casar y mi relación con su nueva pareja no fue bien. Ya nada siguió igual. Tuve hermanastros y la convivencia fue emponzoñándose. Ella se tuvo que adaptar también a su nueva situación y a los hijos (mis hermanastros) que nacieron. No le quedaba otro remedio dispersar su atención. Nuestros diálogos desaparecieron y la mayor parte de las veces me dedicaba a hacer monólogos internos. ¿Por qué no podía seguir con la cercanía que tuve al principio con ella? ¡La necesitaba tanto...!

Al cabo del tiempo me tuve que poner a trabajar porque no quería que mi padrastro me dijera que me mantenía, cosa que ya me había insinuado en varias ocasiones. Y eso yo no lo podía consentir. Creo que nuestra antipatía era mutua. Mis relaciones con él, desde el principio, como ya le he dicho, no fueron buenas.

Trabajé y estudié a la vez. Me costó mucho esfuerzo terminar mi carrera. Cuando la acabé, comencé otra. Pero, ya ve, me ha servido de poco... Me queda un largo camino de estar aquí... Ya veremos si lo puedo soportar. Tengo una gran tristeza. Es como si mi vida estuviera completamente vacía y ya sin rumbo.

Me casé muy enamorado. Luego... mi mujer quería vivir por encima de nuestras posibilidades. Nos fuimos distanciando. Ella se acercó mucho más a su familia de origen en la que quizá encontraba un estatus que yo no podía darle. Nos separamos...

Desde la separación, hubo momentos en los que pensé en suicidarme. Estaba sumergido en una continua pesadilla y no quería vivir. Nada había salido en mi matrimonio como yo me imaginaba. Me marché de la casa antes de que ocurriera todo, pero

en lugar de quitarme la vida como tantas y tantas veces me había pasado por la cabeza, hice lo que hice...y ya no tiene remedio. No obstante, los jueces no valoran todas las circunstancias. Debieran de analizar bien caso por caso y no dejarse llevar por el incremento de muertes que hay por Violencia de Género. Conmigo han sido injustos. Si hago comparaciones con otros casos que conozco, creo que se han excedido. Merezco que me condenen, lo sé, pero no tanto. Observo alrededor a algunos que han cometido asesinatos y no tienen tanta condena como la que tengo yo. Incluso los han condenado por homicidio, cuando ha sido asesinato. Creo que también depende del dinero que tengas a la hora de contratar a un abogado. Yo no tenía.

El interno se expresaba lentamente, con mucho dolor, pero muy contenido. No rehuía la mirada y su comportamiento no verbal demostraba seguridad, aunque también tristeza. Hacía alusión muy de pasada a los hechos que lo habían llevado allí. No quería recordar. Asumía la responsabilidad en lo ocurrido y manifestaba sus miedos a una nueva relación al salir en libertad. Dijo con mucho aplomo que moriría posiblemente en la indigencia de su propio dolor al que tal vez no se sobrepondría para poder llevar una cotidianeidad normalizada.

¡Es mucho el lastre! ¡Demasiado! -exclamó-.

A pesar de que participaba en las actividades del centro, se mostraba triste y sumido en una Distimia Depresiva (diagnosticada), que no lo invalidaba totalmente, pero que propiciaba el no tener ilusión alguna. Según comentaba, no le queda otro remedio que aceptar lo que había.

En la narración de su infancia, si bien es cierto que dijo que tras el fallecimiento de su padre, él se refugió en su madre, apenas hizo referencia a ella en sus primeras etapas de la niñez. Resaltando continuamente la figura de su progenitor. No hizo alusión en ningún momento a que su madre le dijera verbalmente que lo quería o a que le diera mimos, pero dijo que no le faltó su cariño, ya que tras la ausencia de su padre pasó a ocupar un lugar importante en su vida, siendo su figura de referencia y con la que estuvo muy unido. Sin

embargo, el tejido sólido que estableció con ella se rompió cuando ésta se casó de nuevo.

No la dejó de querer nunca, pero ya su comunicación no tenía la complicidad de antes.

Su niñez transcurrió en vaivenes de ambivalencia con sus figuras de referencia. Por un lado, el padre, al que idolatraba, falleció y, por otro, el punto de apoyo que le quedó (su madre), por las necesidades de la nueva vida en la que se había embarcado, hizo que casi se encontrara desvalido de afecto.

Se aferró a los estudios para poder estar así mucho más cerca de su padre ausente y no sentirse tan vacío.

Es verdad que quizá hubo hechos que no me contó. Algo faltaba en su exposición, ya que ni siquiera cuando comentó lo bien que vivía junto a sus padres y hermanos siguió insistiendo en muchas ocasiones que, a pesar de todo, no guardaba buenos recuerdos de su niñez. Algo callaba...

Me lo confirmó diciéndome luego que había cosas que omitió. No obstante, al referirse a lo ocurrido sí que proyectó la responsabilidad en la que fue su esposa. Pareciera que su comportamiento lo hubiera abocado a hacer lo que hizo.

Cuando se separó, la pérdida de la persona que él había amado totalmente, le dejó un vacío que le llevó a momentos de desesperación.

¿Realmente pensaría que no encontraría de nuevo el amor? Sus silencios hablaron más que sus palabras en muchas ocasiones.

Un interno, de treinta y tantos años, me contó lo siguiente:

No recuerdo apenas a mi madre biológica, ya que murió cuando yo tenía 5 años. Bueno, sí: me cantaba canciones y me leía cuentos

por la noche. Me quería, porque me apretaba de vez en cuando contra ella como tratando de fundirme en sus brazos. Otras veces, apenas me prestaba atención. Pienso que era porque estaba enferma. No sé qué le pasaba. Siempre estaba triste y a veces lloraba mucho, aunque procuraba que no la viera. Era como si de repente tuviera madre y de repente desapareciera. Se metía en su habitación y yo sabía muy bien que en ese momento no tenía que molestarla porque se enfadaba y me decía que saliera. Me sentía muy triste, porque no entendía nada... ¡Aquella maldita habitación era como una barrera que impedía que mi madre volviera a ser mi madre!

Cuando ella falleció, mi padre se volvió a casar. En un principio mi madrastra estuvo más o menos afectuosa conmigo: había sonrisas, amabilidad, etc. Pero enseguida cambiaron las cosas: me pegaba muchas veces con la correa de su cinturón o con lo primero que pillaba si algo de lo que yo hacía la contrariaba,.. ¡La odiaba con toda mi alma y...a la vez, le tenía mucho miedo! ¡Todavía no sé por qué hoy no me ha quedado ninguna marca por mi cuerpo de los golpes que recibí!

Menos mal que mi padre no tuvo hijos con ella, que sí no...

¡Por cierto! Tampoco la vi tener muchas muestras de afecto con él. No era guapa ¡Para más Inri, además, era fea!

Mi padre sí que me quería. Me compró una bicicleta y me enseñó a montar en ella cuando tenía 8 años. También me inculcó algo que considero fundamental en la vida: el ser respetuoso, honrado y trabajador.

A veces pienso que fue demasiado permisivo conmigo en algunas cosas; en otras no, porque aprendí inmediatamente a no salirme de los imperativos que me marcaba simplemente con la mirada.

Recibí un aprendizaje muy importante por parte de mi madrastra: me enseñó a no llorar. Me decía que los hombres no lo hacían, que eso era solo cosa de las mujeres. A veces, cuando me ponía a llorar, enseguida trataba de contenerme porque sabía que la tenía delante, entonces, ella sonriendo me llevaba a la primera tienda de

juguetes o chucherías que encontraba y me regalaba algo. Era mi premio por aguantarme y no seguir derramando ni una sola lágrima más.

Me marché de casa cuando tenía 17 años, pero ya trabajaba antes. Quise vivir mi vida, que no me controlaran mi dinero y que nadie me dijera qué tenía o no que hacer.

Desde el primer momento me ha gustado exigirme mucho a mí mismo y he sabido hacer las cosas muy seriamente, porque era de la única manera de subsistir. He trabajado duro...

Siempre me he sentido muy solo y quizá por eso soy reacio a recibir muestras de afecto. Bueno...a decir verdad, necesito que me las den, pero cuando las recibo y tomo conciencia de ello, las rechazo enseguida. Es como si saltara algo dentro de mí que me dijera: "este cariño lo vas a pagar caro". Así que...busco el estar con alguien, sin embargo, cuando hay demasiado acercamiento, recelo de la otra persona y me distancio...

Tengo una hija y la quiero mucho. Soy muy cariñoso con ella, quiero decir que la abrazo y la mimo, pero porque es mujer. Si fuera hombre no me comportaría así. Las mujeres necesitan más arrumacos. Son más débiles y hay que darles mimos...

Me duele no verla. En cuanto salga trataré de retomar el contacto con ella, aunque sólo sea por medio de eso que ahora llaman "Punto de encuentro", que pienso que les hace más mal a los niños que bien. ¡No entiendo por qué tiene que estar alguien delante cuando cojo a mi hija y la abrazo! Me siento como si fuera un ogro que fuera a tragársela y al que se está vigilando continuamente por si acaso... ¡La echo mucho de menos! Le escribo cartas, pero no sé si su madre se las leerá. ¡No me fío!

Necesito tener una pareja a mi lado con la que compartir, con la que hablar, aunque...no de todo, claro. Hay cosas que no hay que contarle a una mujer por muy mujer mía que sea. Mire...llámeme machista o lo que le dé la gana, pero las mujeres son mujeres y con ellas, aunque sean mis parejas, no se puede hablar. No hay que dejarles al descubierto realmente cómo eres y qué cosas te preocupan. Luego, son muy astutas y a la hora de discutir sacan tus defectos "encima de la mesa". ¡No, definitivamente, no! ¡Jamás le contaré mis cosas a una mujer! ¡Todas son iguales!

Y lo siento porque sé que le estoy diciendo esto a una mujer...

A pesar de todo, no me gusta estar solo. Tengo la sensación de que me encuentro en medio de una superficie helada y que a mi alrededor no hay sino bloques y bloques de hielo. Me invade un frío interno que me hace sentir mal. Prefiero creer que alguien está pendiente de mí, aunque solo sean figuraciones mías.

He sido y soy muy celoso, pero no sólo de mi ex pareja, sino también de mi hija. No me gusta que tenga más cercanía con su madre. ¡¿Yo no pinto nada o qué?! Tengo miedo de que se olvide de que tiene un padre... de que su madre la intente alejar de mí... ¡Yo qué sé...! Me monto muchas películas en la cabeza. Pero que conste que en algún momento sí que se han confirmado mis sospechas.

Trato de comportarme siempre midiendo lo que hago. A veces me cabreo si las expectativas que tengo sobre las reacciones de los demás no son las que yo quiero.

Por regla general me deprimo fácilmente y me pongo muy triste. Pero son cosas mías, de nadie más. Pienso que nunca voy a tener nada en condiciones, ni familia, ni trabajo, ni nada de nada... Eso sí, procuro que nadie se dé cuenta de que lo estoy pasando mal, para eso soy un hombre. Hay algo interior que me dice que ya desde niño no merezco que me ocurran cosas buenas..."

Le pregunté que si seguía queriendo a su pareja y si volvería con ella al salir de prisión. Contestó lo siguiente:

La sigo queriendo, pero ya no de la misma manera. En cuando a si volvería con ella, pues... no lo sé. Tal vez sí y tal vez no...

Quando le dije a este interno que si quería colaborar conmigo en el estudio, me miró receloso. Estuvo a punto de decirme que no. No confiaba para nada en que yo fuera a ser totalmente neutral. Al final, accedió.

Durante su narración, jugueteaba constantemente con el bolígrafo. Se tocaba la cara y mostraba una mirada huidiza. Hacía gestos que

denotaban nerviosismo y suspicacia. Me dirigía repetidas preguntas después de que comenzó su relato, tales como:

¿Y esto le va a servir para algo o va a hacerme más daño del que ya tengo estando preso? ¿Por qué hace este estudio una mujer? ¡Seguro que está a favor de ellas, claro!

Su suspicacia era evidente.

(No sé por qué, pero en ese momento me vino a la memoria lo expresado por D. Miguel Lorente Acosta, (médico forense), en uno de sus libros: “Mi marido me pega lo normal y El rompecabezas. Anatomía del maltratador” y también al escrito por Doña Marina Pozo (2009) “Alas de libertad”, en los que se alude, entre otros aspectos, a los testimonios de mujeres que refieren la todavía dominancia del género masculino sobre el femenino y el miedo a la pérdida de poder).

A veces, después de que él se daba cuenta de que me había confesado algo un poco íntimo, trataba de minimizarlo o de no darle importancia con frases como:

Pero no se crea que... Bueno... esto nos pasa a todos. Lo que ocurre es que yo se lo estoy contando... y la verdad no sé ni por qué lo hago. Quizá sea porque usted me ha caído bien.

Este hombre no asumió en modo alguno que hubiera maltratado a su pareja ni de palabra ni de obra, aunque admitió que en ocasiones sí que habían tenido sus broncas, pero dijo que eran puntuales y siempre por culpa de ella. Según él, se había convertido en una marimandona.

La ansiedad de un “te muestro que te quiero” y un ahora “no te lo voy a dar a entender”, la certeza de que no podía confiar nunca en una mujer, lo habían convertido en una persona muy insegura y con un carácter totalmente receloso.

El Apego que recibió de niño por parte de su madre fue ambivalente, con verdaderos lapsus de ausencias producidos por la débil salud de ésta. Nunca supo por qué ella se ponía triste y

lloraba, ni tampoco qué enfermedad hacía que se metiera en la habitación, y no saliera durante un tiempo.

Por otro lado, el aprendizaje que le impuso su madrastra sobre la contención de emociones supuestamente femeninas lo había sumido en un maremágnum de confusiones de las que sólo había sacado claro que no podía ser muy transparente ni confiar en ninguna mujer.

Quizá el Apego inseguro, unido al machismo manifiestamente admitido, lo había convertido en un hombre con el terreno abonado para una convivencia en pareja supeditada a sus propias normas y dictados, si la otra persona quería seguir estando con él.

Otro interno de 46 años, también condenado por Violencia de Género, al hacer alusión a su infancia relató:

Mi madre murió cuando era pequeño y yo, se lo juro, hubiera preferido que se hubiera muerto mi padre. Era una mujer cariñosa, no como él, que nunca me ha mostrado un signo de afecto, aunque hubiera sido sólo por aparentar.

Recuerdo algunas cosas, a pesar que disfruté de ella poco tiempo: Le tuvo siempre con miedo a mi padre porque le pegaba. Él no se cortaba nunca a la hora de propinarle golpes, aunque estuviéramos nosotros delante. Le importaba un bledo. Creo que hasta disfrutaba y se ensañaba dándole más fuerte si tenía espectadores. Muchas veces he pensado que pegándole a ella, a la vez también nos pegaba a nosotros. No lo sé... Son muchas las cosas que me han pasado por la cabeza cuando he tratado de analizar algunas situaciones.

En mi casa se mascaba el temor hacia mi padre. Se hacía el silencio cuando él entraba. Las comidas, las cenas y todo lo que se llevaba a cabo en su presencia transcurrían siempre con la "boca

cosida” por parte de todos nosotros. El aire se podía cortar. Nuestros movimientos estaban controlados. Las miradas entre mi madre, mis hermanos y yo se multiplicaban. Bajábamos la cabeza y tratábamos de terminar todo lo que había en el plato con la mayor rapidez posible. Creo que hasta conteníamos la respiración. ¡No sé ni cómo nos podían sentar bien las comidas! Siempre se metía con nosotros: que si no nos colocábamos correctamente en la mesa, que si teníamos que callar porque estaba viendo la tele y le molestábamos a la hora de escuchar las noticias...que si no nos había educado bien nuestra madre. La culpaba a ella de todo, como si fuera únicamente la responsable de nuestra educación y no los dos. Por eso, cuando o mis hermanos o yo hacíamos cualquier cosa que mi madre sabía que pudiera desagradarle a él, siempre trataba de taparla diciéndonos: “¡que no se entere vuestro padre!”

Muchas veces, a pesar del cariño que, creo, nos tenía, a mi madre se la veía muy triste y perdida. Cuando yo le hablaba, me contestaba únicamente con monosílabos. No lo hacía sólo conmigo, sino también con mis hermanos. Aquellos silencios repentinos y sin sentido para mí, no los soportaba. Nos veía, pero estaba como ida. Creo que le superaban los problemas que tenía con nuestro padre y se evadía de aquel ambiente, huyendo hacia otros mundos, aunque siguiera en el mismo lugar. Me imagino que más de una vez querría salir corriendo de aquel infierno. Pero aguantaba.

Nuestra madre nos enseñó a mis hermanos y a mí, (todos hombres y yo el mayor), a planchar, a coser y a lavar a mano algunas de nuestras ropas. Recuerdo que si mi padre nos descubría, siempre le decía que para qué quería que aprendiéramos a hacer aquello, que eran “mariconadas”, y se mofaba de nosotros.

He crecido, bueno...también mis hermanos, teniéndole mucho miedo a mi padre, demasiado. Hasta tal punto que, aunque que ya no estoy con él y que soy mayor, sigo teniéndoselo. Nunca se ha portado como tal, ni conmigo ni con mis hermanos. Jamás lo hemos considerado así. Creo que ahora se siente solo y viejo, pero se lo ha merecido. Ha recogido lo que ha sembrado: no nos ha dado cariño, así que nosotros tampoco se lo hemos dado a él. Y no tengo ningún remordimiento por mi parte.

Al final, mi madre cuando no pudo más tuvo valor y se separó. Pero ya mis hermanos y yo éramos mayores. ¡Ha sido muy buena, guapa y elegante! ¡Pobre mujer...siempre bajo el yugo de un tirano que hizo que no siempre ella nos pudiera manifestar abiertamente su cariño!

Cuando usted me dice que el tipo de Apego que se recibe en la infancia puede influir en nuestros comportamientos de adultos, me doy cuenta de que quizá a mí me ha faltado la seguridad del cariño de mi madre. Lo he tenido, pero no siempre la encontraba cuando la necesitaba, aunque luego volviera a estar cercana. A veces me he sentido desvalido...

Mi padre bebía, bebía mucho, por eso yo he odiado el alcohol y todas las drogas. No puedo soportar tampoco a los que las consumen.

Ahora, aquí, cuando veo a alguno de los reclusos del módulo que invita a café a otros el día que cobra el peculio, me da pena y hasta lo desprecio. A cambio, recibe drogas o pastillas. Con su dinero compra a muchos que no toman la medicación que les ha mandado el médico del centro y que la utilizan como moneda de cambio. ¡La mayoría creo que fingen estar enfermos únicamente para poder vender su tratamiento! Le digo esto como ejemplo, porque se ven situaciones que me parecen ridículas y demenciales. ¡A mí no se me ocurrirían nunca!

Yo no soy un delincuente como ellos. Tengo mucho más sentido común y trato de respetarme a mí mismo. No me considero un maltratador, a pesar de que estoy aquí por eso. Es lo que dice mi sentencia.

Varios de los que están aquí también han maltratado a sus parejas, pero créame, yo he llevado entre "algodones" la mía. La he amado y todavía sigo amándola. Sin embargo, ella ya no quiere saber nada de mí, después de lo que ocurrió.

Fue solo un empujón el que le di. ¡Solamente un empujón! ¡Perdí los nervios! La aventé contra la pared y se hizo daño. Tuvo que ir al hospital y allí hicieron un parte. ¡¿Por eso soy un maltratador?!

Yo tenía problemas con el trabajo. Me había quedado en el paro y se me había terminado la prestación por desempleo. Las cosas comenzaron a irnos mal económicamente. No trato de

justificarme...no se piense... Ya no sabía a dónde recurrir para encontrar trabajo y ella me recriminaba el que me pasara el día holgazaneando, sin buscar nada, tumbado y mirando al techo. Se tuvo que poner a limpiar y siempre que volvía a casa me acuciaba con reproches de que si no servía para nada, de que todo me daba igual... Me sentí con una total impotencia. A pesar de que cuando ella regresaba de su trabajo precario de limpiadora, yo había hecho todo lo concerniente a lo doméstico: comida, limpieza, etc. Pero eso no lo veía. No reconocía mi esfuerzo. Simplemente no aceptaba que no tuviera trabajo. No la culpo. Mi comportamiento se había comenzado a agriar cuando me despidieron de la empresa. La convivencia se fue complicando... Pero le aseguro que no podría vivir sin ella. Yo no soy como mi padre en absoluto.

De complexión fuerte y agradable de trato, este interno fue desgranando acontecimientos de su infancia con el evidente signo de desprecio hacia la figura paterna y la referencia a un cariño difuso por parte de su madre que recibió con alternancias, ya que ésta vivía con muchos miedos. Pero también reconoció que les había dado muestras de afecto y protección ante su padre, cuando se sentía con fuerzas para hacerlo.

De nuevo, pues, se ponía de manifiesto que recibió un Apego infantil Ambivalente e inseguro por parte de su madre y déspota por parte de su padre.

Cuando le pregunté si él, al contrario que hicieron sus padres, dialogaba con su pareja, me contestó con un rotundo "Sí". Pero que prácticamente no lo hubo desde el momento en que él se encontró sin trabajo. Admitió que se vino abajo. No se paró a pensar nunca si realmente fue esto el origen de lo que ocurrió. Él lo situaba allí. Posiblemente, no y las desavenencias procedieran ya de antaño.

En esta otra exposición, otro recluso, relató:

Mi padre ha tenido dos mujeres y 9 hijos. Tengo hermanos y hermanastros.

Hemos sido muy humildes. No nos ha faltado nada, pero no ha habido abundancia.

Apenas recuerdo mucho de mi niñez. Sé que a mi padre siempre le temía porque me obligaba a ir a rezar a la iglesia. Era el imán de una mezquita. Si no quería ir, me pegaba.

Él siempre estaba viajando: iba de pueblo en pueblo adoctrinando a las personas. Casi no lo veía. Así que en mi casa, cuando no estaba, mandaba mi madre, pero si no hacíamos lo que ella decía por imperativo de nuestro padre, nos amenazaba con decírselo. Teníamos todos que obedecerle.

Mi padre no tuvo ningún tipo de cercanía hacia mí. Era una persona que iba a sus cosas y yo, prácticamente, para él no existía.

Mi madre, por el contrario, ha sido cariñosa conmigo y con mis hermanos, pero a ratos. Creo que éramos demasiados para atendernos a todos. No sé...

Yo estaba muchas veces enfermo y entonces ella se volcaba conmigo con besos y caricias. Así que enfermaba con frecuencia para que me mimara. Era la única manera de que se diera cuenta de que existía y me prestara atención. Eso sí, cuando llevaba un tiempo en el que yo ya me había sentido como muy "contemplado" y mimado por ella, me sentía agobiado. Quería hacer de nuevo mi vida y que me dejara en paz. Así que entonces mejoraba rápidamente.

En cuanto pude me marché de la casa. Primero comencé a trabajar con un tío, hermano de mi padre. La verdad es que ganaba muy poco. Luego emigramos los dos a otro país, en busca de algo mejor. No vinimos directamente a España.

Mire...si estoy aquí es por una injusticia del juez. Sé que pegué a mi pareja, pero se les pega a las mujeres cuando no hacen lo que el hombre quiere. Eso lo aprendí de niño y ellas, al menos en mi país es así, tienen la obligación de obedecer. No son ningún tipo de malos tratos. Simplemente nosotros somos los que marcamos la

dirección que se tiene que llevar dentro de una casa. Son nuestras costumbres y tradiciones y hay que respetarlas.

Cuando la conocí, me gustó. Era española y tenía mucha fuerza en su carácter. Primero admiraba su comportamiento, pero luego me di cuenta de que quería estar por encima de mí y eso no...

¡Ésta sólo se juntó conmigo para que la mantuviera, porque antes trabajaba y desde que nos casamos dejó de hacerlo! ¡Ha vivido a mi costa! ¡Sólo se ha dedicado a comprarse ropa sexy para enseñar las piernas...!

Le dije que se vistiera como lo hacen las mujeres en mi tierra, con el pañuelo en la cabeza. No con el burka, porque eso sería demasiado, pero sí con la cabeza cubierta. Mire...las mujeres nos deben respeto y obediencia. El burka se lo ponen porque por lo general son muy guapas y entonces tienen que taparse totalmente para que los hombres no se vuelvan ni siquiera a mirarlas... ¡¿Comprende...?! Cuando no son tan guapas, les dejamos que lleven solo pañuelo. No sé si me entiende...

Nosotros podemos tener más de una mujer. La primera es la que más derechos tiene sobre las demás. Manda sobre las otras, porque le damos ese privilegio, no porque lo merezca en muchas ocasiones, pero se lo damos.

En mi país, ninguna mujer puede ir nunca sola al cine. Si quiere, siempre tiene que hacerlo en compañía de su madre o hermanas, si no, está muy mal vista. Aunque realmente si fuera sola, a los que se nos miraría mal sería a nosotros porque los amigos nos dirían: mira, he visto a tu mujer...y tal y cual, sabe...bueno...usted no me va a poder entender porque tiene mentalidad española y hay que ser de mi tierra para sentir lo que yo le estoy diciendo. ¡No, no me entenderá! ¡Seguro que no!

La que fue mi esposa, se convirtió a mi religión voluntariamente y nos casamos en España, pero como lo hacemos en mi tierra. Ahora me he dado cuenta de que sólo lo hizo para poder vivir bien. Ya no quiere llevar el pañuelo, no consiente que nuestros hijos vayan a rezar a la mezquita de aquí. Lo único que desea es vivir completamente como una mujer española. Pero ella aceptó, al casarse conmigo, cómo tendría que comportarse a partir de

entonces... ¡Si no le gustaba lo que acordamos al principio, que no se hubiera casado!

Yo no quiero que la miren los demás hombres. No es fea y tengo celos y dudas de si ella se arregla del modo occidental sólo porque quiere que la miren o conquistar a otro. Es una presumida.

Ya ve... a pesar de que puedo tener más mujeres, solo tengo una. Entre otras cosas, porque no me permitiría poder alimentarlas... Vivir aquí no es lo mismo. Me tendría que estar agradecida porque no la he compartido con ninguna más.

Dígame, le pregunté, ¿cuándo usted era pequeño y veía la sumisión de su madre hacia su padre y el sacrificio que eso reportaba a ella, qué pensaba?

¡Mi madre no era sumisa! Las mujeres nos deben un respeto. ¡También nosotros se lo damos a ellas, eh!" El modo de actuar respecto al hombre yo no lo considero ningún sacrificio ni ninguna sumisión. ¡No hacía sacrificio alguno!

Le entiendo, contesté. Comprendo que usted quería seguir practicando las costumbres de su país y le parecía mal el comportamiento de su esposa porque no tenía nada que ver con ellas.

Más o menos fue así, respondió.

En otro momento de su exposición, le pregunté esta vez que qué fue lo que más le atrajo de la que fue su esposa, cuando la conoció y me contestó que precisamente su firmeza en las decisiones y el que tuviera mucha personalidad. En definitiva, admiraba en ella unas cualidades que en las mujeres de su país no encontró, precisamente por la subordinación a la que tenían que doblegarse y de la que él era un gran defensor.

Es evidente que este hombre seguía influenciado por las costumbres que había aprendido de sus mayores. El proceso de culturización del que se impregnó en su infancia lo había modificado en algunos aspectos, pero no en otros.

Posiblemente, subyaciendo en las exigencias de obediencia que demandaba a su pareja estaría el miedo a perder el control y el poder sobre la misma. Según confesó, dijo que no quería que ella estuviera por encima de él. Sus expresiones inflexibles y rígidas denotaban un alto grado de Compulsividad.

Cuando le hice la última pregunta referida esta vez a qué opinaba de las costumbres de las mujeres en España, me dijo que no le parecían del todo mal, que había de todo. Veía muy bien el que aquí la mayoría fueran fieles a sus maridos, aunque -decía- no soportaba algunas formas que tenían de vestirse por las tentaciones que podían despertar a otros hombres. Confesó que él mismo miraba a las que iban con minifalda, porque le gustaban y estaban atractivas. Por eso precisamente no quería que se la pusiera su mujer. Aquello no lo consentía. Era muy peligroso.

Este interno hablaba del cariño que recibió de su madre, aludiendo a que fue escaso, ya que tenía que recurrir en ocasiones a decir que estaba enfermo para que ésta le prestara más atención. Luego, cuando ya la había conseguido, él mismo se encargaba de poner distancia con ella y deseaba pasar desapercibido de nuevo.

Parece que en la convivencia con su pareja, mientras él había tenido la autoridad, más o menos las cosas funcionaron medianamente bien. Luego, cuando vio que su mujer volvió a retomar las costumbres españolas que había abandonado durante un tiempo, temiendo a perderla, aparecieron sus enfados y las desavenencias, incrementándose hasta llegar a la agresión, con la consiguiente denuncia por parte de ella y la orden de alejamiento.

Repetía constantemente que no entendía el matrimonio sin una obediencia por parte de la mujer hacia el hombre, ni en este país ni en el suyo propio. Pero cuando hablábamos de su vida, de cómo se había sentido a lo largo de la misma, aludía a sus inseguridades, a sus miedos y, también a su rabia si no conseguía lo que se proponía.

No había una postura flexible por su parte a la hora de aceptar que alguien no pudiera pensar igual que él.

Siempre mencionaba el Corán y lo tomaba como ejemplo a seguir, añadiendo que las demás religiones, aunque las respetaba, le parecían incluso ridículas y que no buscan realmente la verdad.

¡Solamente hay una verdad y es la que enseña el Corán!

Concluyó su exposición diciendo que más adelante, cuando estuviera en libertad, querría regresar a su tierra porque allí no se sentiría como un extraño. Comentó que en España no se le ha tratado nada mal y que ha tenido siempre trabajo, pero a pesar de ello, se marcharía. No mencionó en ningún momento qué tipo de relación tendría en adelante con sus hijos. Tampoco habló de su amor hacia ellos.

Este hombre recibió un apego distante por parte del padre y ambivalente por parte de la madre. Todo ello, unido al deseo de ejercer el poder estricto hacia la mujer, influenciado por su proceso de socialización. Combinación explosiva que difícilmente, salvo que su pareja comulgara con sus normas, le podría llevar en un futuro a una convivencia saludable con ella.

¡No consigo explicarme por qué la maté!

Con esta exclamación se dirigió a mí este interno, también condenado por un delito de Violencia de Género.

Con expresión de tristeza en el rostro y muchas ganas de participar en la investigación en el momento en el que se lo propuse, me dijo, incluso, que no le importaría que figurara en ella su nombre y apellidos, ya que en su día todo lo acaecido se divulgó en la prensa. Le hice saber que el estudio era totalmente anónimo y le agradecí, no obstante, su ofrecimiento.

Éramos ocho hermanos y creo que mi madre por lo menos tuvo cuatro abortos. Se dedicaba a tener hijos como las conejas...

¡He pasado mucha hambre, mucha! Llevo hasta un tiro de una bala perdida que me llegó cuando estaba en brazos de mi madre,

durante la guerra civil. Me dijo que trató de cobijarme para que no me dañara nada, pero no pudo evitarlo. Me quiso mucho y me lo demostraba cuando podía, que no era siempre. Pero yo la quería más, mucho más, infinitamente más que ella a mí...

Recuerdo que yo le tenía mucho miedo a mi padre. No era respeto, sino miedo, verdadero miedo. Simplemente, el ser el más pequeño de los hermanos hacía que me llevaba todas las palizas por lo que pudieran haber hecho los otros. Enseguida me acusaban a mí de la fechoría, aunque no hubiera sido el culpable. Recibí palos con la vara y con la hebilla de la correa de mi padre. Eso sí, siempre me pegaba dentro de la casa. No quería que se enterara nadie.

¿Qué quiere que le diga? Pues sí, quizá fui el niño más consentido de todos mis hermanos, por un lado, pero al que más han castigado, por otro. Mi madre no era capaz de evitar el que yo recibiera el castigo. Siempre sumisa a lo que decía mi padre... Pero es que era otra época. Ahora la mujer ya no es así, ya no obedece al marido. Ya ve mi caso...

Vivíamos de lo que podíamos y hubo más de un día en el que no entró ningún alimento a mi boca. ¡Fueron muy malos tiempos!

Creo que mi padre se ocupaba de nosotros, pero a su manera. Sinceramente, de mí se acordaba poco, sólo para darme palos... Apenas lo vi discutir con mi madre, pero también es verdad que ambos trabajaban en lo que podían y casi no se veían, salvo para el sexo, claro. Si salía curro en la agricultura, pues la agricultura, si lo que se presentaba era trabajar en otra cosa, pues en otra cosa. No paraban... No podían, si querían que hubiera algo de comer.

Yo buscaba desesperadamente el cariño de ellos dos y me aferraba a las faldas de mi madre o a los pantalones de mi padre pidiendo una caricia. Necesitaba que me prestaran atención, que se dieran cuenta de que existía. Necesitaba besos. De vez en cuando me los daba mi madre. Mi padre muy pocas veces. Aún tengo en la memoria muy grabada una imagen: me veo a mí mismo suplicando cariño, como un perrillo. No me importaba si me tenía que rebajar. Hacía lo que fuera necesario para que me quisieran. ¿Por qué me pasaría...?

Crecí muy delgado, como decimos aquí, casi “escuchimizado”. ¡Claro, no comía! Y lo poco que había se repartía. A veces, iba a pedir limosna a las gentes del pueblo que sabía que tenían una situación económica mejor que la nuestra. Por lo general me daban pan y me atrevía a pellizcarlo y a meterme un pedazo a la boca. Solo un pedazo. Cuando llegaba a casa, mis hermanos mayores me lo arrebataban de las manos. Era yo el que pedía, pero no porque me lo mandaran, sino por hambre y por deseos de que se valorara. A veces, me quedaba sin nada. Todo se lo habían comido los demás.

No guardo buen recuerdo de mi niñez, sinceramente, fue muy mala y con muchas carencias de todo. Yo trataba de “dejarme ver” un poco al ser el pequeño, pero ni siquiera así...

Pronto comencé a trabajar. Tuve la suerte, después de estar unos dos años en una empresa, de pasar a otra en la que gané bastante dinero. Eso sí, “echaba” muchas horas”. Salía por la mañana y regresaba a las 10 de la noche. Me tenía que llevar la comida.

En ese tiempo conocí a la que fue mi mujer. Fuimos novios durante varios años. Como se estilaba entonces. Nada de irse a vivir juntos. Nada de tener relaciones sexuales. Unos besos de vez en cuando y a guardar el respeto de llegar a casa cuando nos decían. Por aquel entonces ella ya tenía un carácter muy raro, pero no le di importancia. La quería mucho y nos casamos. Quizá ahora me cuestiono si realmente era amor lo que sentía o si seguía con ella porque me daba una brizna de cariño. Ha sido la única mujer en mi vida y me equivoqué.

Mire, no puedo quejarme de cómo fue mi esposa. Cocinaba bien, fue buena madre, pero nunca pude tener una conversación con ella como la estoy teniendo ahora con usted. Sin embargo, cuando llegaban a casa sus familiares y, sobre todo, si yo no estaba delante, era cuando se desahogaba. Conmigo nunca tuvo esa confianza.

Siempre odió a mi familia. Por el contrario yo tenía que hacer en muchas ocasiones de chófer para la suya. Si no lo hacía, no me hablaba durante mucho tiempo y luego explotaba sin permitir que diera mi opinión. ¡Me lo ha hecho pasar muy mal, pero que muy mal!

Mi mujer padecía de los nervios, tenía depresiones. El médico decía que aquello le venía de familia. No sé...

¡No la vi llorar nunca! A veces, sí que estaba algo triste, sí, pero lo más común eran sus explosiones de cólera, cuando algo no se hacía como quería y yo discrepaba en sus argumentos. Tomaba unas pastillas que le recetó su médico y cuando se notaba peor aumentaba la dosis sin consultárselo. Iba a su aire...

Me he pasado la vida aguantando y soportando sus ataques de ira. ¡Hasta para tener relaciones sexuales con ella me las veía y me las deseaba! Siempre suplicándole porque nunca tenía un poco de tiempo para nuestra intimidad, Decía que no se encontraba bien o que estaba muy cansada.

Desde que me jubilé y buscando que mi mujer se encontrara en las menores ocasiones posibles nerviosa o agotada, yo hacía toda la limpieza de la casa e, incluso, iba comprar, pero la comida sí que la preparaba ella. El desayuno no, que me encargaba yo e, incluso, cuando la veía más alterada, se lo llevaba a la cama, aunque nunca estaba contenta por mis detalles. Siempre despotricaba por todo.

No he tenido amigos, bueno...no hemos tenido. Mi esposa no quería que yo hablara con nadie ni que saliera por ahí. Ha sido una mujer muy posesiva, demasiado, y yo callaba y callaba...Así siempre... aguantando y conteniéndome.

Si en algún momento, por casualidad, alguno de los vecinos me invitaba a tomar un café, cuando apenas había pasado un rato con él, me llamaba desde el balcón para que subiera, porque decía que la dejaba sola.

Aquella tarde habíamos salido a dar un paseo. En cierto modo lo propuse yo porque la vi demasiado intranquila. Ya se había tomado dos pastillas por la mañana y otras dos al mediodía, cuando realmente su dosis era una por la mañana y otra por la noche. Todo el paseo fue un infierno. Comenzó a meterse con mi familia, como lo hacía siempre. Yo apretaba los puños y callaba. Me estaba arrepintiendo de haberle propuesto el dichoso paseo.

Cuando llegamos a casa, amablemente, pero ya muy soliviantado, le dije que se acostara y así lo hizo. Le llevé a la habitación un vaso de leche con miel y otras dos pastillas que le propuse tomar y que accedió a tomárselas porque me dijo que se sentía muy nerviosa.

¿Llevaba intención de hacer algo para matarla? Creo que no. Sé que me sentía al borde del precipicio y que ya no podía aguantar más. No recuerdo muy bien qué es lo que pasó por mi cabeza. ¡Nunca he matado ni a una mosca! No sé qué me ocurrió. Sinceramente no lo recuerdo. Bajé a por un cuchillo que llevaba en el coche para imprevistos en mis salidas al campo, y volví a subir al piso. Entré en la habitación silenciosamente... ¡Sucedió! Después... me desesperé y traté de serenarme. ¡Hasta me puse a ver la tele un rato...! Luego, llamé a la policía...

Cuando llegaron los estaba esperando y les conté lo que había ocurrido. Uno de los agentes, mirándome atónito, me dijo que no se creía lo que le estaba contando. Pero así fue. No le mentí. ¡Jamás he mentido!

¡Me he arrepentido muchas veces, muchas!, porque la he querido con locura. Ha sido la única mujer que ha existido en mi vida después de mi madre. Y como ya le he dicho, quizá me centré en ella y no vi, antes de casarme, que había más mujeres a mi alrededor. Simplemente buscaba cariño y parecía que ella, al menos al principio, me lo daba.

Mi esposa, no es porque lo diga yo, sino que toda la gente lo ha visto, ha vivido como una reina. La he colmado de regalos. Era la administradora de lo que yo ganaba y sólo me daba una asignación para mis pocos gastos, dinero que, incluso, ahorraba para comprarle cosas a ella. Tenía el control sobre todo. Tengo que decir en su favor que nunca fue una mujer gastadora y que para que se comprara un vestido, a veces tenía que proponérselo yo, porque le dolía el gastar.

Pero sí... creo que aquel día ya no pude más. Quizá fue la gota que agotó mi paciencia y me salió la rabia que tanto tiempo había contenido.

Siempre he vivido ninguneado, siempre he sido el último en todo, el menos apreciado, el que apenas se notaba que existía, el arguallado...

Con semblante de tristeza, como ya he referido antes, al entrar en el despacho, lo primero que me preguntó, mirando a su alrededor, fue que si notaba que todo estaba limpio. Al decirle que sí, me dijo que él se encargaba de hacer la limpieza todos los días y que se sentía bien cuando la gente reconocía que se había esmerado en hacerla.

Era evidente que en su infancia tuvo que hacer muchos esfuerzos para que se percataran de su existencia y, como bien expresó él mismo, demandó cariño a todas horas, tanto a su padre como a su madre, no siendo siempre atendido. Esas ansias de ser querido han sido una constante en su vida.

No habló apenas del amor de su mujer hacia él. Comentó que cuando ésta se quedaba embarazada le armaba muchos escándalos, porque no quería hijos, aunque luego los aceptara. Simplemente aludió a que se casó queriéndola, pero que ya de novios ella tenía el carácter iracundo. No obstante cuando más se le agrió fue cuando les nació el primer hijo y pocos años más tarde murió por una infección intestinal. A partir de entonces, su convivencia se hizo insostenible.

Hizo mucho hincapié en lo referente a la sexualidad, a lo que él denominaba “expresión de amor” en la pareja. Dijo que ella nunca estaba receptiva y, por el contrario, sí muy esquiva y sin deseos.

Cuando le pregunté que si no le pasó por la cabeza el separarse, me dijo que no, que era su mujer y se había casado con ella para siempre, hasta que la muerte los separara. Y la muerte los separó.

Relató que el diálogo por parte de ambos no existía y que sus conversaciones eran totalmente triviales, salvo cuando ella se metía con su familia. A pesar de todo, en aquellos casos él jamás le contestaba con exabruptos, sino que trataba de ser conciliador y hacerle ver las cosas. No obstante, reconoció que ya últimamente no podía soportarla de ninguna manera.

Añadió que sus hijos no se habían puesto de su lado, desde lo que ocurrió. Así que en el cómputo de toda su vida, de lo único que estaba orgulloso era de cómo desempeñó siempre su trabajo en la misma empresa durante muchos años. Hizo hincapié en las veces que lo llamaban de madrugada porque se había estropeado una máquina que sólo él sabía arreglar y no tenía ninguna pereza en presentarse fuera la hora que fuera.

También me dijo que cuando cobraba el peculio, ahora en la prisión, gran parte de su dinero lo invertía en pagarles un café a muchos de los reclusos del módulo. Añadió que el día que por lo que fuere se quedaba sin dinero enseguida todos aquellos que en un principio estaban como “moscones” y fingiendo que eran amigos lo insultaban si no los invitaba.

Durante toda su exposición buscó continuamente la aprobación por mi parte de las palabras que pronunciaba, como poniendo en duda que yo les pudiera dar credibilidad. Su inseguridad, a pesar de su edad (más de 70), seguía siendo manifiesta.

Dejó muy claro el que a estas alturas de su vida no iba a cambiar y admitió que en la relación que mantuvo con su esposa hubo siempre una dualidad entre el amor y el odio porque no era correspondido en la misma medida.

Aunque no sufrió un abandono por parte de ella físicamente, si que se sintió solo afectivamente y no correspondido.

Sin embargo, el cariño que demandó durante toda su vida con ansiedad e, incluso, humillándose, nunca lo logró, consiguiendo, paradójicamente, lo contrario.

Obsesionado todavía en conseguir afectos, confesó que al entrar en la cárcel, después de los hechos, había iniciado una nueva relación y se sentía ilusionado porque era correspondido.

Como se puede deducir toda su vida anduvo desesperado buscando un pellizco de cariño. Quería que se dieran cuenta de su

existencia. Fue y sigue siendo un hombre con muy baja autoestima y siempre se ha sentido no querido como él hubiera deseado.

Probablemente, a partir de ahora, si no pide ayuda psicológica, seguirá en la misma dinámica con la nueva relación.

El sentimiento de inferioridad, la dependencia y baja autoestima que fue incubando a lo largo de su vida, junto con la rabia contenida y una indignación en aumento, despertaron en él al monstruo maltratador que buscó venganza. Iba acumulando la pólvora y en un momento determinado se encendió la mecha.

Me repitió muchas veces que nunca quiso acabar con la vida de su esposa. Pero también expresó que se sintió liberado de algo que siempre lo había encarcelado. Manifestó que antes tenía mucha más prisión que la que estaba viviendo ahora.

El Apego que recibió en la infancia fue el ambivalente. Su madre lo atendía, pero en pocas ocasiones. Al menos él las consideraba insuficientes. Aseguró muy marcadamente y mordiendo las palabras, que él la quería más y por eso buscaba constantemente su cariño, incluso pidiendo limosna para que ella no se preocupara si no llegaba con lo que tenían. A cambio, él se hacía más merecedor de su atención.

En su matrimonio no hubo ningún proyectil del que su progenitora lo guareciera sin éxito como antaño, a pesar de los esfuerzos, pero sí que se sintió herido y acribillado por la indiferencia de su esposa y de ésta nadie lo protegió.

¡No concebía la vida sin ella, la necesitaba a mi lado y no admití nunca que me fuera infiel!

De esta forma trataba de justificar sus actos otro recluso de los forman parte del grupo experimental en este estudio.

La he querido mucho, reconozco ahora que quizá demasiado y no he sabido dejar un hueco para dedicármelo a mí mismo.

Crecí en una familia de clase media. Recuerdo cómo mi madre me ayudaba a hacer los deberes, cómo me protegía de las regañinas de mi padre y cómo, en muchas ocasiones, no me permitía salir a jugar con otros chicos de mi edad al parque, a pesar de que a todos ellos y a sus familias los conocía y sabía que podía confiar. Estaba obsesionada por los miedos a que me pudiera ocurrir algo y yo, por no verla sufrir, acataba sus recomendaciones a pesar de que ya estaban fuera de lugar por mi edad.

La primera chica que me gustó no le cayó bien a mi madre desde el principio. Sé que no le ha gustado ninguna con las que me he relacionado. Siempre hacía alusión a todas las cualidades negativas que observaba en las ellas.

Ahora, recapacitando, me doy cuenta de que ha sido mi madre la que pensaba por mí, la que determinaba lo que tenía o no que hacer, la que elegía mi ropa y, en definitiva, la que dirigía mi vida. Ella era yo y yo era ella. Me dejaba llevar...

A pesar de todo, inicié una relación con una pareja que, por supuesto, tampoco le gustó.

Mi última novia era cariñosa y estaba siempre pendiente de mí. Me sentía un privilegiado si comparaba mi relación con las historias de mis amigos y sus parejas, ya que eran como...más despegadas. A veces los escuchaba contar las aventuras que mantenían fuera con otras. Alguno también llegó a consentir que su mujer mantuviera una aventura con otro hombre. Para mí eso era impensable. Me decía a mí mismo que yo no lo podría soportar si me ocurriera.

Llegó un día en que me toco a mí vivir esa experiencia sin deseársela. Traté de pensar en un principio que no podía ser verdad. ¿Cómo iba mi pareja, siempre tan pendiente de mí, a fijarse en otra persona?

¡No, rotundamente no podía ser cierto! Me negué a reconocer la evidencia.

Pero los hechos lo fueron manifestando y tuve que bajar de las nubes. Efectivamente, me confesó que se había enamorado de otra persona y que a mí ya no me quería.

Recordé entonces la letra de una canción que decía eso de “Se nos murió el amor de tanto usarlo” y me rebelé. A mí no se me había muerto el amor por ella. Yo la seguía queriendo. Era la segunda mujer que más había amado, contando a mi madre, por supuesto, que ha sido siempre la primera.

Traté de hablar con ella, de decirle que quizá se estaba equivocando y que lo que sentía por su nuevo amor no era nada serio, sino que todo era una ilusión que moriría con la misma rapidez con la que había empezado. Me contestó que no, que estaba enamorada y que la cosa iba en serio.

A pesar de todo seguíamos viviendo juntos, pero ya no teníamos relaciones en la cama ni tampoco había diálogo, salvo reproches por mi parte a los que ella no contestaba.

Al final, decidió marcharse de casa. Yo traté por todos los medios de seguir en contacto. Incluso fui a buscarla a su trabajo para hablar, a pesar de que me encontraba a su nueva pareja en la puerta, esperándola. No me importaba nada de lo que pudiera pensar de mí. Quería hacerle reflexionar para que no se perdiera el amor que habíamos sentido los dos y que en mí todavía perduraba. Pero todo resultó inútil.

Hubo un momento, en el que tanta fue mi insistencia telefónica y física, que me dijo que si no la dejaba en paz llamaría a la policía. Pero no la creí capaz de hacerlo y, sin embargo, lo hizo.

No me di cuenta de que yo ya no formaba parte de su vida, porque para mí ella seguía siendo la protagonista de la mía. No concebía la existencia sin ella.

No comía. Comencé a beber. Fumaba de manera exagerada y mi aspecto era muy desaliñado.

Mi madre me insistía en que no pensara más en esa mujer, porque no me merecía. Se sintió contenta cuando, totalmente hundido, volví su casa otra vez, pero sin ganas de vivir.

Me pusieron un orden de alejamiento de mi pareja, pero yo no había hecho otra cosa que intentar recomponer nuestra relación que ella unilateralmente había roto y a mí me estaba destrozando. Me sentía humillado como hombre. Así que me salté a la torera dicha orden en un intento de tratar de convencerla.

Volví de nuevo a hacerme el encontradizo con ella y hubo un día en el que pasé de las palabras a la acción. No podía soportar su indiferencia. ¡Yo la seguía queriendo! ¡¿Es que no lo comprendía?! Forcejamos en el portal de su nueva casa y se me nubló la mente. No sé qué hice. Realmente no lo sé. Pero creo que le hice mucho daño.

Me marché de allí huyendo, no sé si de lo ocurrido o de mí mismo... Los celos me devoraron. La rabia, la ira, y la vergüenza pudieron conmigo.

Las heridas que le produje le tardaron en curar y me detuvieron.

Sé que tengo una fijación con ella. ¡No me la puedo quitar de la cabeza! Estoy completamente obsesionado y la sigo queriendo mucho más que antes. ¡Vivo atormentado! Es como si estuviera atrapado en una tela de araña.

Después de aquello, tuve que soportar lo que se me vino encima, por lo ocurrido y, además, las reprimendas que mi madre me seguía dando, como si todavía fuera un niño pequeño: ¡Lecciones y más lecciones de a quién tenía que elegir como pareja! ¡Estaba harto! Creo que nunca ha querido admitir que ya soy un hombre.

La cárcel me ha hecho pensar. El tipo de vida de aquí dentro... Los demás reclusos y los delitos que han cometido son como ajenos a mí. No me identifico con este colectivo y, sin embargo, me han incluido dentro de él.

Estoy empezando a reconocer que tengo una dependencia hacia mi ex pareja. No puedo dejar de pensar en ella. ¡Y no crea que no lucho porque su imagen no se me cuele diariamente en la imaginación y me martirice! Esto es igual que las adicciones a las drogas. ¡Realmente estoy sufriendo mucho! Me he dado cuenta de que cuanto más quiero apartarla de mi mente, más la tengo

presente. Intento razonar y pensar que tengo que aprender a vivir como una persona única y con la capacidad suficiente de darme cuenta de que con la desaparición de una mujer que no me quiere, no pasa nada. Pero... ¡por Dios, créame, no puedo! ¡Las emociones me dominan!

No sé si más adelante podré mantener algún día otra relación en condiciones. Realmente, no lo sé. Tengo mucho miedo. Creo que necesitaré ayuda.

La dependencia que este interno tenía de su mujer era evidente. Era una continuación de la que internalizó de su madre que todavía seguía gestionándole la vida como si de un niño pequeño se tratara. Él mismo lo reconoció y también él mismo se revelaba contra tal proteccionismo. Sin embargo, eligió una pareja muy parecida a la de su progenitora. De manera inconsciente seguía buscando protección. No había aprendido a vivir de forma autónoma. El cordón umbilical no estaba roto.

Todos los testimonios de internos que han sentido un Apego Ambivalente, especialmente por parte de la madre, han coincidido en que no han sabido afrontar las dificultades y problemas que la vida les ha presentado si no tenían a alguien al lado que fuera más resolutivo que ellos. En este caso, a una mujer. Sin dicha presencia estaban desvalidos ante el mundo. Eran marionetas inertes que necesitaban ser movidos por los hilos de unas manos protectoras en escenario de la vida.

Cuando se enfrentaron a la posibilidad de perder a su pareja, se desesperaron y llevaron a cabo de nuevo conductas de acercamiento para que tal hecho no ocurriera. La dependencia de la otra persona fue el único motor que movió sus vidas.

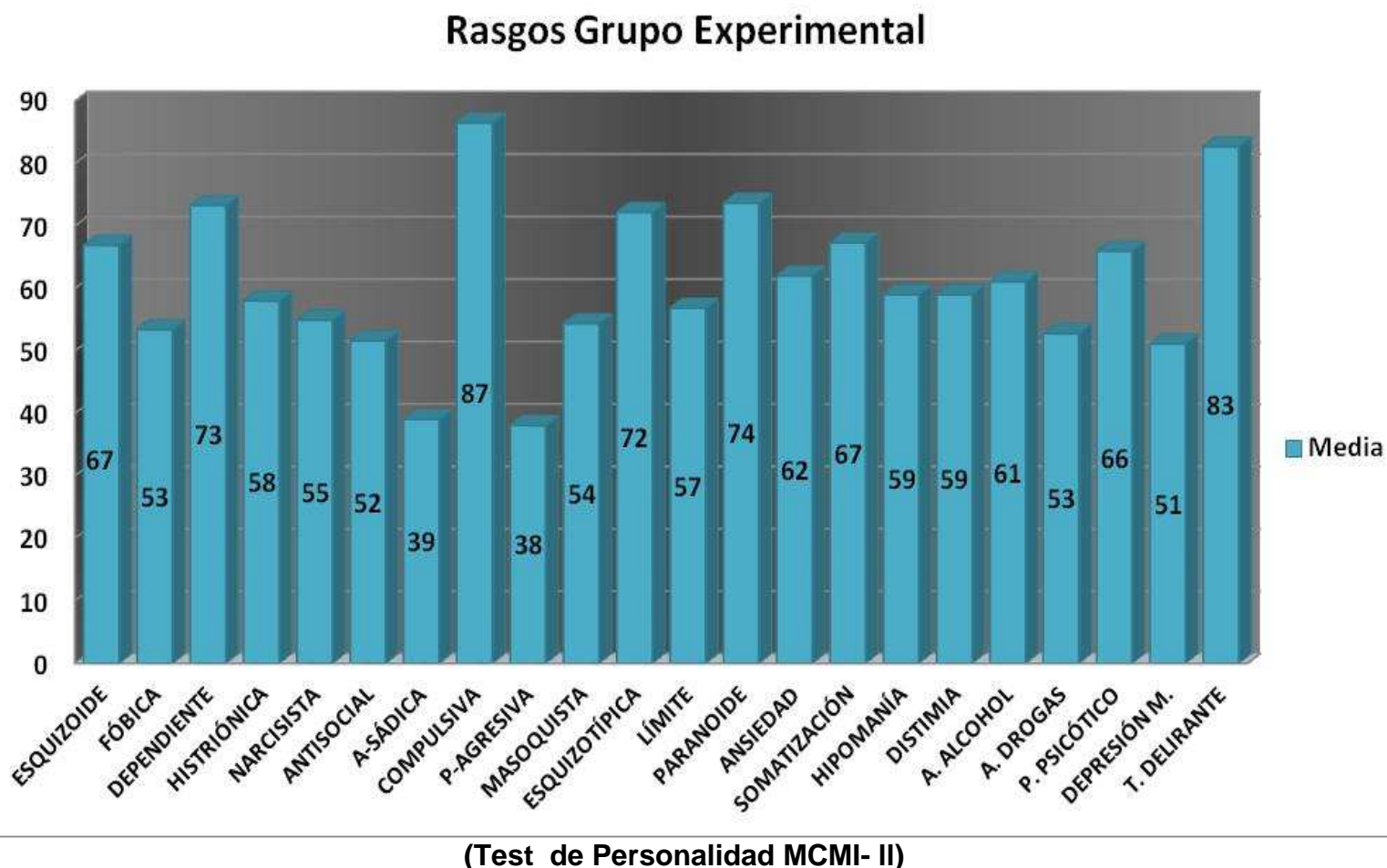
Nadaron en aguas revueltas: no les gustaba que nadie invadiera su intimidad, pero tampoco deseaban sentirse solos. A todo lo anterior hay que añadir en muchos de ellos las posiciones machistas estereotipadas.

*Los relatos expuestos anteriormente están formados por varias experiencias mezcladas, de manera que no responden completamente a las expresadas por un solo interno. Así he tratado de preservar su anonimato para que no puedan ser identificados.

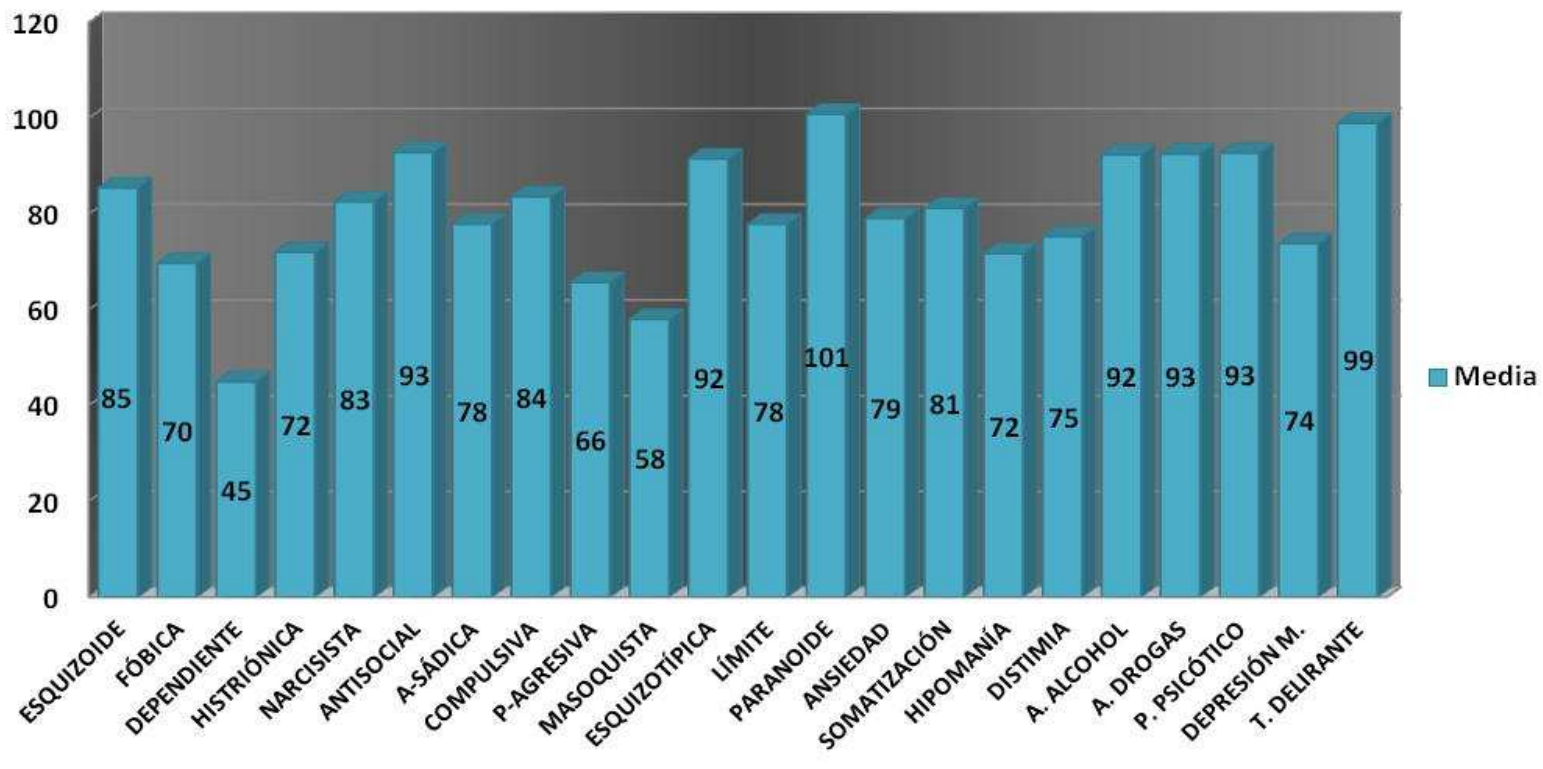
He expuesto lo más fidedignamente posible lo vivido por ellos, sabiendo en todo momento que la memoria es selectiva y mediada por emociones asociadas a ella.

Pasaron, con el tiempo, de ser niños a maltratadores en la edad adulta.

Rasgos de personalidad más destacados de los hombres maltratadores que han participado en el estudio y comparación con los del Grupo de los condenados por Delitos Violentos, según el Test de Millon II.



Rasgos Grupo de Control



(Test de Personalidad MCMI- II)

En la observación de los gráficos anteriores y teniendo en cuenta que éstos deben valorarse unidos al resto de los demás instrumentos utilizados en este estudio, se constatan las siguientes diferencias entre los dos grupos:

Compulsividad: Los internos condenados por Violencia de Género han obtenido la puntuación más alta en este rasgo, pero con poca distancia con la del Grupo de Control (GE 87- GC 84).

Dicho rasgo se caracteriza por la presencia de estructuras muy rígidas de pensamiento, tendiendo al perfeccionismo.

Los sujetos que presentan altos niveles de Compulsividad, aunque aparentemente y, sobre todo, ante los ojos de la sociedad, se comportan de manera correcta y educada, en la intimidad bailan una danza con unos ritmos altos de disforia: pasan en muy corto espacio de tiempo de un estado de irritabilidad, indecisión e incluso tristeza, a una euforia desmedida. Suelen estar sometidos a un conflicto continuo de sentimientos que, en muchos casos, no quieren dejar al descubierto. Así se sienten más seguros. Se pertrechan tras lo conocido porque lo manejan mejor.

Este rasgo se ha contemplado en los internos condenados por Violencia de Género, valorando la inflexibilidad que ha regido sus comportamientos. La disciplina rígida, aplicada en su cotidianeidad, y principalmente con ellos mismos, ha sido el eje en el que han basado su vida

Tal postura la han tratado de imponer a su pareja, pretendiendo que se ajustara también a dichas normas y no admitiendo posicionamientos alternativos porque, según sostenían algunos, el hombre es el que sigue teniendo la mayor autoridad en el ámbito familiar. Todo tenía que hacerse tal y como ellos habían establecido. De esta manera, posicionados en un estado de alerta continuo, han querido perpetuar su poder porque les garantizaba

que ninguna actitud novedosa por parte de su pareja podría dismantelar el entramado tan estructurado que ellos mismos elaboraron con tanto ahínco. El control exacerbado los amparaba de imprevistos.

Es posible que algunos de estos sujetos pudieran encuadrarse dentro del perfil que Dutton denominó “agresores hipercontrolados”, que presentan una conducta de actividad o de pasividad. En el primer caso imponiendo su poder y, en el segundo, estableciendo una distancia emocional con su pareja, pero sólo aparentemente.

T. Delirante: Los internos pertenecientes al Grupo Experimental han puntuado más, situándose por debajo de la cifra obtenida por el Grupo de Control (GE 83- GC 99).

Se manifiesta con ideas extrañas y persistentes que se instalan en la mente del sujeto y que ejercen gran influencia en su vida diaria hasta llegar al extremo de controlarla. Se diferencia del trastorno psicótico, entre otros aspectos, por su duración en el tiempo y porque no se constata la presencia de enfermedad psicótica alguna.

En los internos condenados por Violencia de Género, el trastorno mencionado ha cursado especialmente con la presencia de ideas celotípicas, reconocidas por ellos y expresadas en su Relato Vital. Han sido rehenes de unos celos infundados que los han llevado a alterar su convivencia: *(creo que se arregla únicamente para salir sola y no lo hace cuando viene conmigo).*

Han escondido la falta de confianza y de madurez bajo la capa del dominio y de la restricción. Muchos de ellos impidieron que sus parejas hicieran vida social sin su compañía, para ello les restringieron las salidas con el objetivo de que tuvieran escasa posibilidad de relacionarse de manera independiente con sus propias amistades. Se erigieron en sus dueños, sin dejarles su propio espacio. En definitiva, anulándolas. Detrás de tanto poder se agazapaba su debilidad.

El T. Delirante ha aparecido igualmente, como se puede comprobar en los gráficos, en los sujetos que componen el Grupo de Control (internos condenados por delitos violentos), pero éstos presentan mayores puntuaciones que los del Grupo Experimental.

Es muy frecuente que los delincuentes violentos muestren delirios de grandeza después de realizar actos delictivos si han salido airosos de los mismos. Una vez que han ingresado en prisión, suelen contar sus aventuras a los compañeros, sintiéndose como grandes héroes al compararlas con las llevadas a cabo por otros.

Así, los que más delitos han cometido y están mucho más prisionizados (ingresados en la cárcel muchas veces), son admirados por el resto de los compañeros de módulo y es muy posible que los elijan como Kíes o líderes. Esto los hace entrar en una dinámica circular que retroalimenta la posibilidad de repetir los comportamientos delictivos. De esta manera, gran cantidad de su vida se desarrolla dentro del presidio. En muchas ocasiones, ellos mismos han manifestado que eran incapaces de vivir en la calle acatando las normas sociales.

Dependencia emocional: En este rasgo la diferencia entre el Grupo Experimental y el Grupo de Control es notoria (73-GC 45). Apenas destaca en este último.

Se caracteriza por la necesidad de estar continuamente a expensas y, en cierta forma, protegidos por alguien. La inseguridad y el deseo de sentirse “arropados” es lo más característico de este tipo de personalidad. Por eso precisamente necesitan estar respaldados por otras personas continuamente. No saben ser autónomos e independientes.

Prácticamente, todos internos, condenados por Violencia de Género, que han participado en este estudio han mostrado y admitido una dependencia emocional hacia sus parejas. Este rasgo, como ya he expresado, suele propiciarlo el Apego Ambivalente recibido en la infancia por parte de su madre.

Por un lado han amado y han estado cercanos a su pareja sentimental, pero por otro, mostraron miedo de dejar al descubierto sus debilidades soterradas no deseando que nadie las supiera. Al llegar a un momento de cercanía extrema en la relación, buscaron la distancia. Sin embargo, cuando tal alejamiento les predecía un abandono por parte de su pareja, entonces volvieron desesperadamente a la aproximación porque la realidad era que la necesitaban y tenían miedo a la soledad y a verse desprotegidos totalmente.

El infierno en el que se encontraron inmersos el estar a merced de ese conglomerado de emociones contradictorias les hizo caer en muchas ocasiones en estados de tristeza o de tormento. En el fondo, realmente demostraron miedo a encontrarse consigo mismos.

En más de una ocasión, ese deseo de no cercanía también la llevaron a cabo conmigo mientras verbalizaban su Relato Vital: después de expresar de forma espontánea algún aspecto delicado de su intimidad, quisieron no darle importancia, como si realmente eso no les hubiera ocurrido a ellos sino que pudiera hacerse extensivo a todas las relaciones sentimentales en general. Así que volvían a replegarse a su cuartel y su exposición retomaba un aspecto más superficial. Luego, llevados por ímpetu e impulsividad dejaban salir a la superficie otra vez aspectos privados que, reiteradamente, trataron de ocultar.

La Dependencia emocional, sin embargo, no se ha observado apenas, según se puede ver en los gráficos, en el Grupo de Control, quedando su puntuación por debajo de la media (GE 73-GC 45).

El Rasgo Paranoide también aparece menos notorio en los internos condenados por Violencia de Género, aunque están por encima de la normalidad. No obstante, los superan en mucho en puntuación los condenados por Delitos Violentos (GE 73-GC 101).

En los internos del Grupo Experimental, se puso de manifiesto especialmente por signos de suspicacia y recelo hacia sus parejas. Pero sólo los limitaban a ellas, no haciéndolos extensivos

al resto de sus relaciones sociales en las que se comportaban con normalidad.

La postura del hombre en relación a la mujer la tenían muy clara, exigiéndoles fidelidad y teniendo posturas más permisivas respecto a su relación con otras mujeres.

Varios internos me comentaron que habían seguido los pasos de su compañera, espiándola, para cerciorarse de la posible infidelidad de la que pudieran estar siendo objeto.

Los continuos episodios de celos desencadenaron malestar y zozobra. Las agresiones verbales fueron en aumento hasta finalizar en ocasiones en agresiones físicas. No obstante, cualquiera de ellas no dejaba de ser una agresión emocional.

Sin embargo, en el Grupo de Control, según sus manifestaciones, la desconfianza hacia los demás, en su vida diaria, era una tónica general. Esto se podía observar en su conducta llevada a cabo dentro del propio Centro Penitenciario. Nadie se fiaba de nadie porque cualquiera podía aprovechar un momento de descuido. Sospechaban de casi todos los que le rodeaban y por regla general no solían tener amigos, aunque aparentemente los pudieran presentar ante el resto del módulo como a tales.

Cuando le pregunté a alguno el porqué de ese continuo estado de alerta, me contestó: *son delincuentes igual que yo, así que hay que estar siempre en guardia. Aquí no hay amigos.*

El rasgo Antisocial apenas aparece por encima de la media en los maltratadores (GE 52-GC 93). No es algo pues, que los caracterice.

Este rasgo viene expresado por la tendencia a transgredir las normas sociales y es más propio de los delincuentes violentos.

Los internos condenados por Violencia de Género (Grupo Experimental), por lo general han sido correctos y educados en los ámbitos en los que se han movido, incluso dentro del propio Centro Penitenciario. Este comportamiento ha causado extrañeza ante la naturaleza del delito cometido, ya que casi todas las personas que

se han relacionado con ellos opinaban que alguien tan amable y servicial era imposible que pudiera haber cometido tal tropelía.

Este rasgo, sin embargo, se vio de una manera mucho más notable en los internos condenados por delitos violentos. Sus conductas continuamente transgredían las normas sociales.

También se ha evidenciado con frecuencia la aparición de los aspectos histriónicos, compitiendo en ser los que más hazañas han cometido burlando el orden establecido. Quieren ser super-héroes y sentir la sensación de la adrenalina cuando llevan a cabo los delitos. Dicen que es así como se encuentran realmente bien. A veces, alguno de ellos me comentó que atracaba bancos sólo porque en ese momento se sentía alguien. De otra forma, no era nadie.

Suelen tener una gran falta de control de los impulsos, por lo que muchos también han sido o son consumidores de drogas a las que principalmente recurren porque no saben resolver los conflictos que se les presentan, tanto emocionales como sociales.

El aquí y el ahora están grabados en su cerebro y son incapaces de posponer nada. Para ellos impera por encima de todo el hedonismo. Tienen en alta estima los bienes materiales y no les importa robar o estafar para conseguirlos, como tampoco le dan valor al botín y gastan rápidamente lo obtenido. No piensan en quiénes sufrirían las consecuencias de su conducta. Su ley es la suya y desacatan las normas sociales.

La falta de control de los impulsos, también se ha puesto de manifiesto en el Grupo Experimental, pero de una manera menos notable.

Respecto a los rasgos de A. al Alcohol, A. a las Drogas y P. Psicótico y Depresión Mayor, Ansiedad, T. Somatomorfo, T. Distímico, Fóbico. Esquizoide, Histriónico, Narcisista, A. Sádica, Personalidad Agresiva, Masoquista, Esquizotípica, Límite, Hipomanía, los internos condenados por Violencia de Género han

obtenido puntuaciones menos elevadas que los condenados por Delitos Violentos. Siendo en estos últimos más altas.

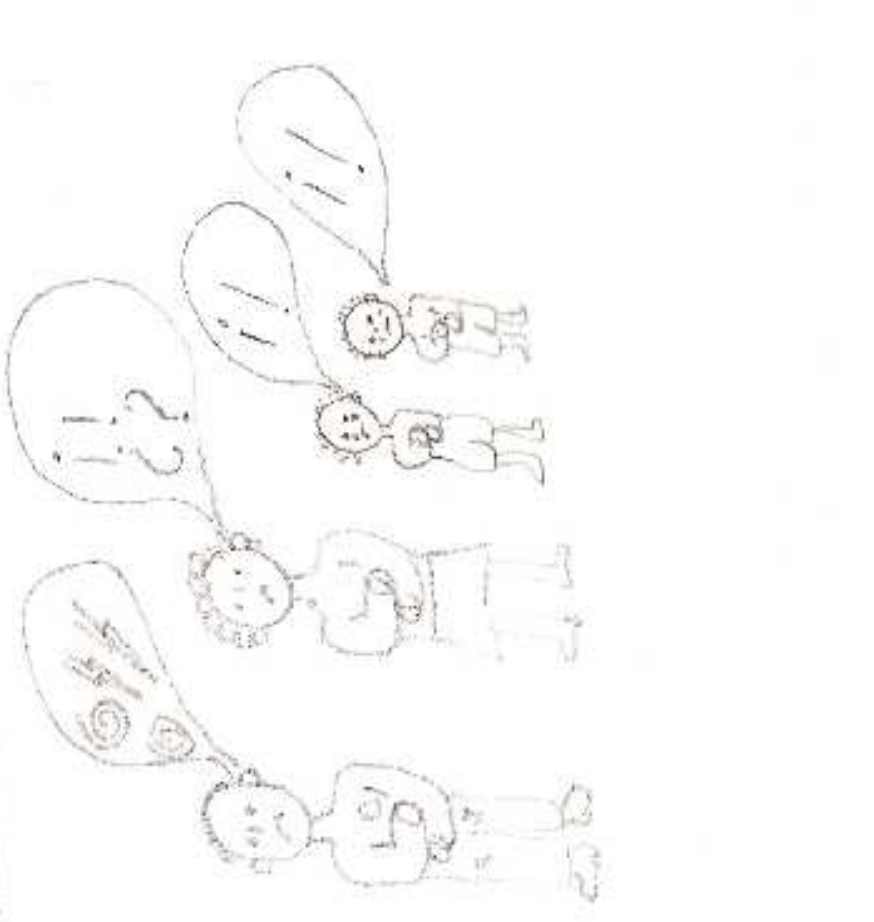
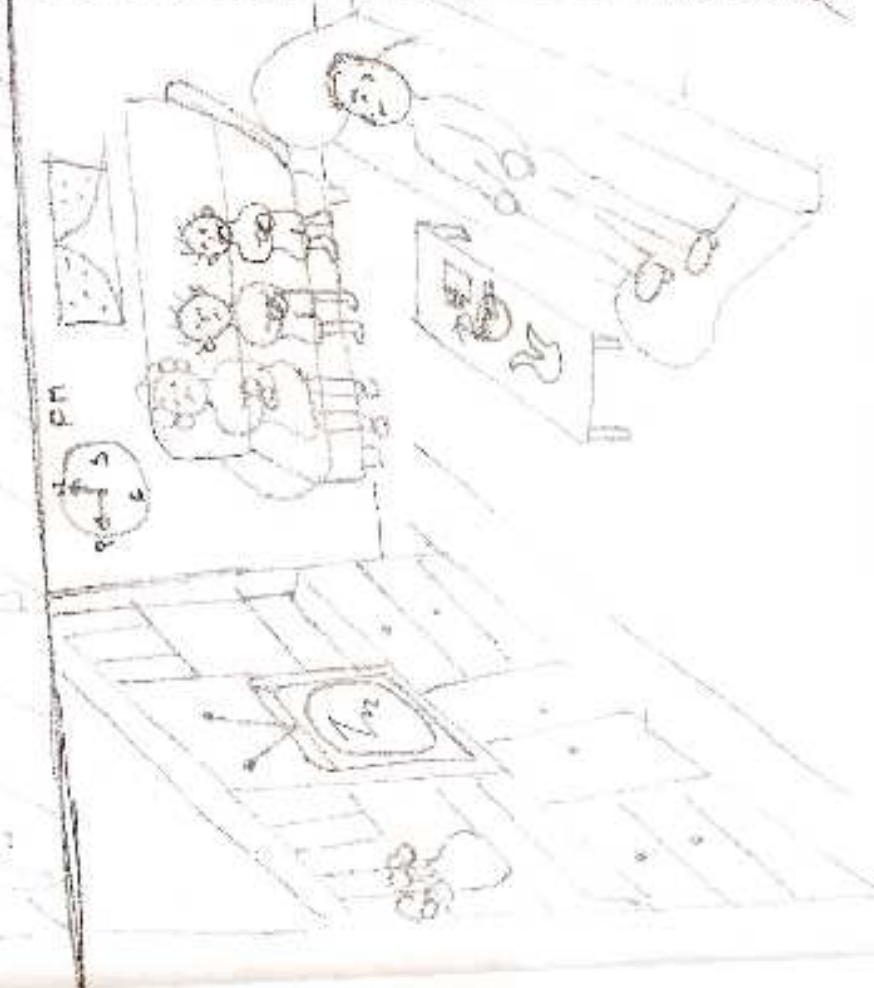
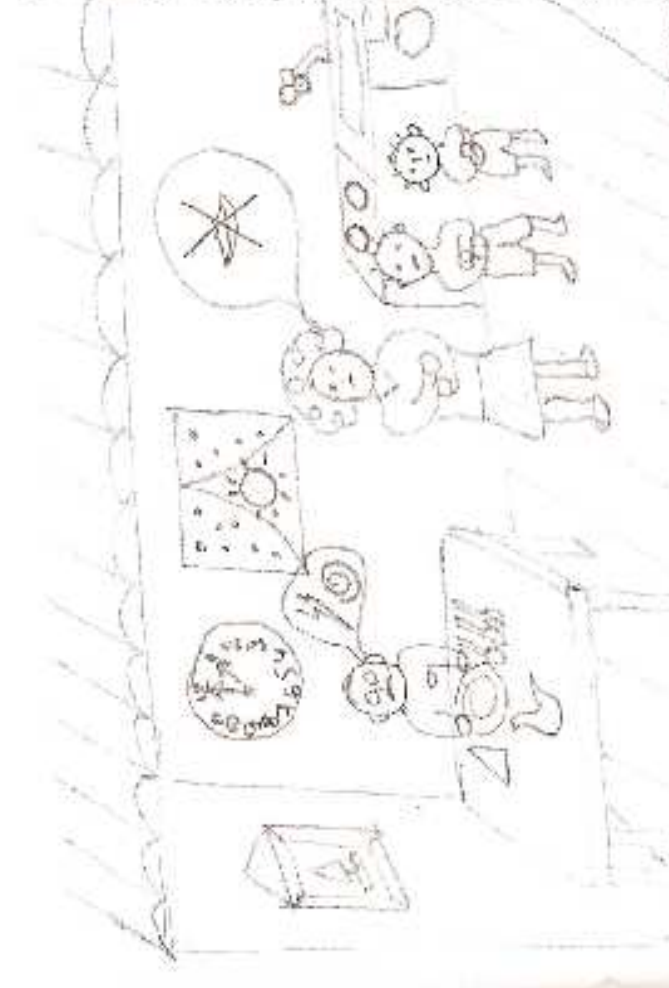
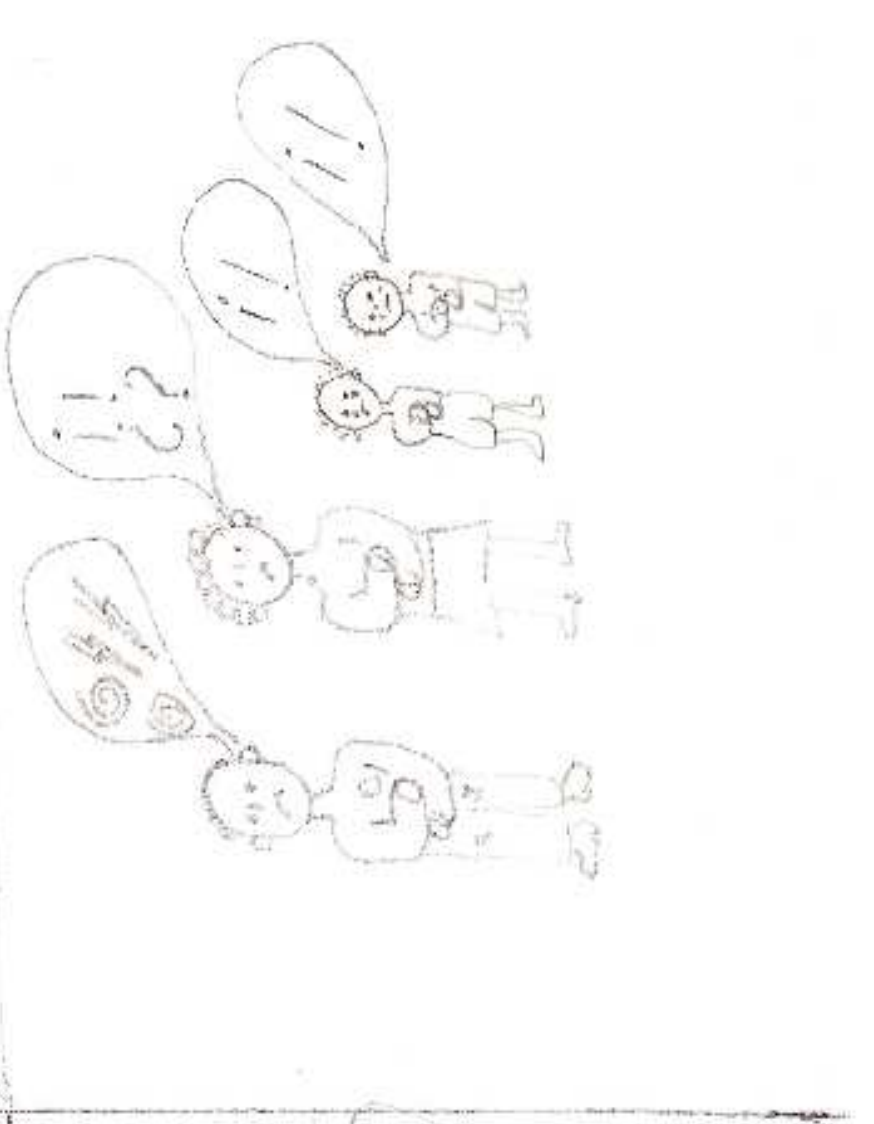
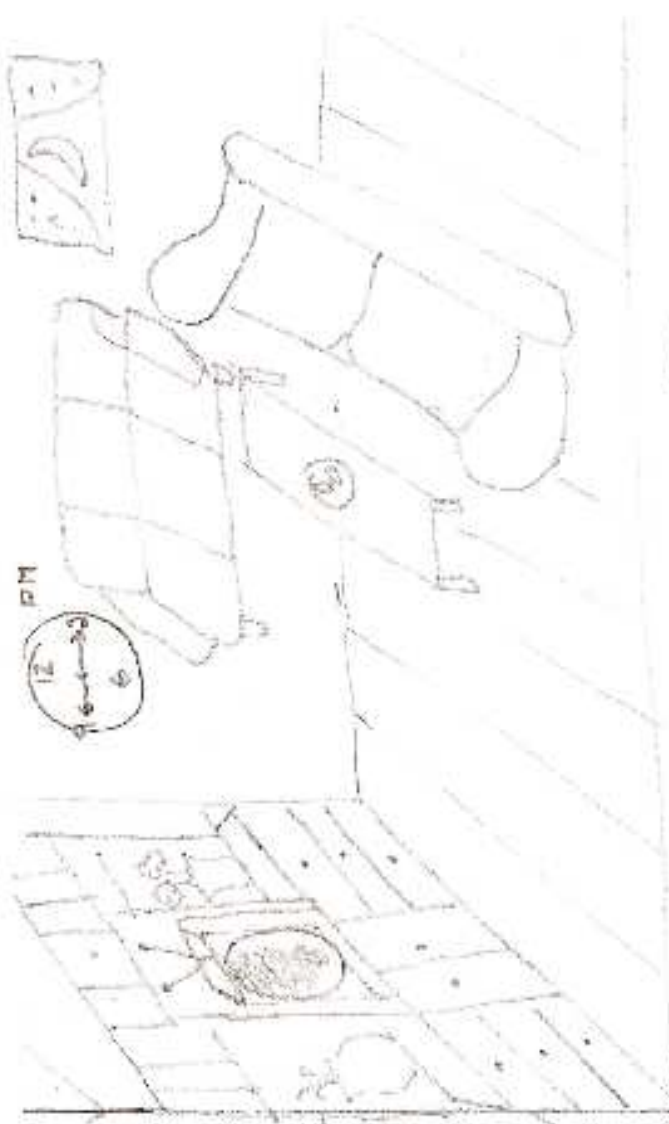
La presencia de la Adicción al alcohol y a otras drogas también se ha apreciado en los condenados por delitos de Violencia de Género, pero no han sido la causa de las agresiones hacia sus parejas. Por supuesto, el consumo los desinhibió y por ende, facilitó que dichas conductas tuvieran más probabilidades de ocurrir.

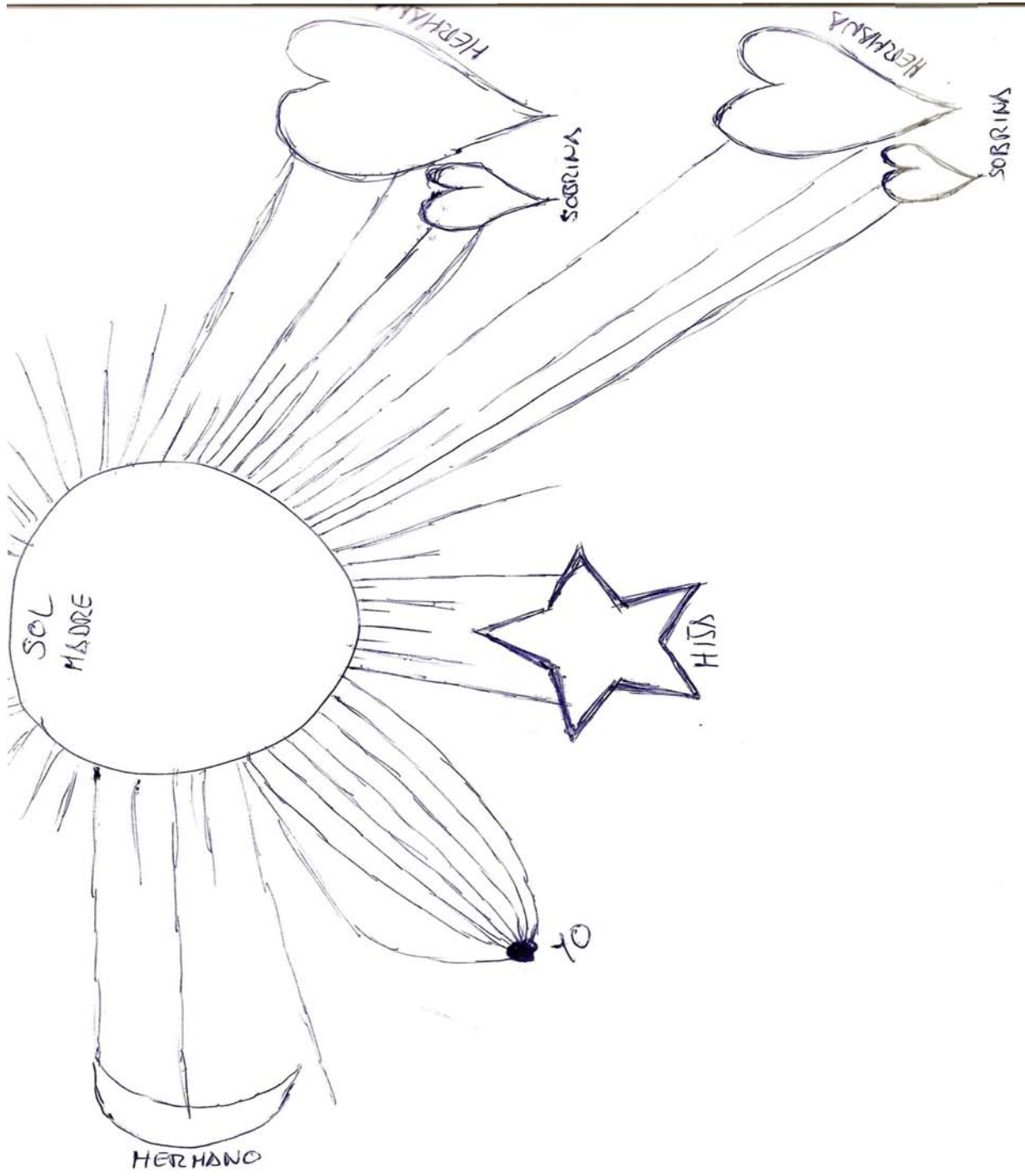
ALGUNAS MUESTRAS DE DIBUJOS DEL TEST PROYECTIVO

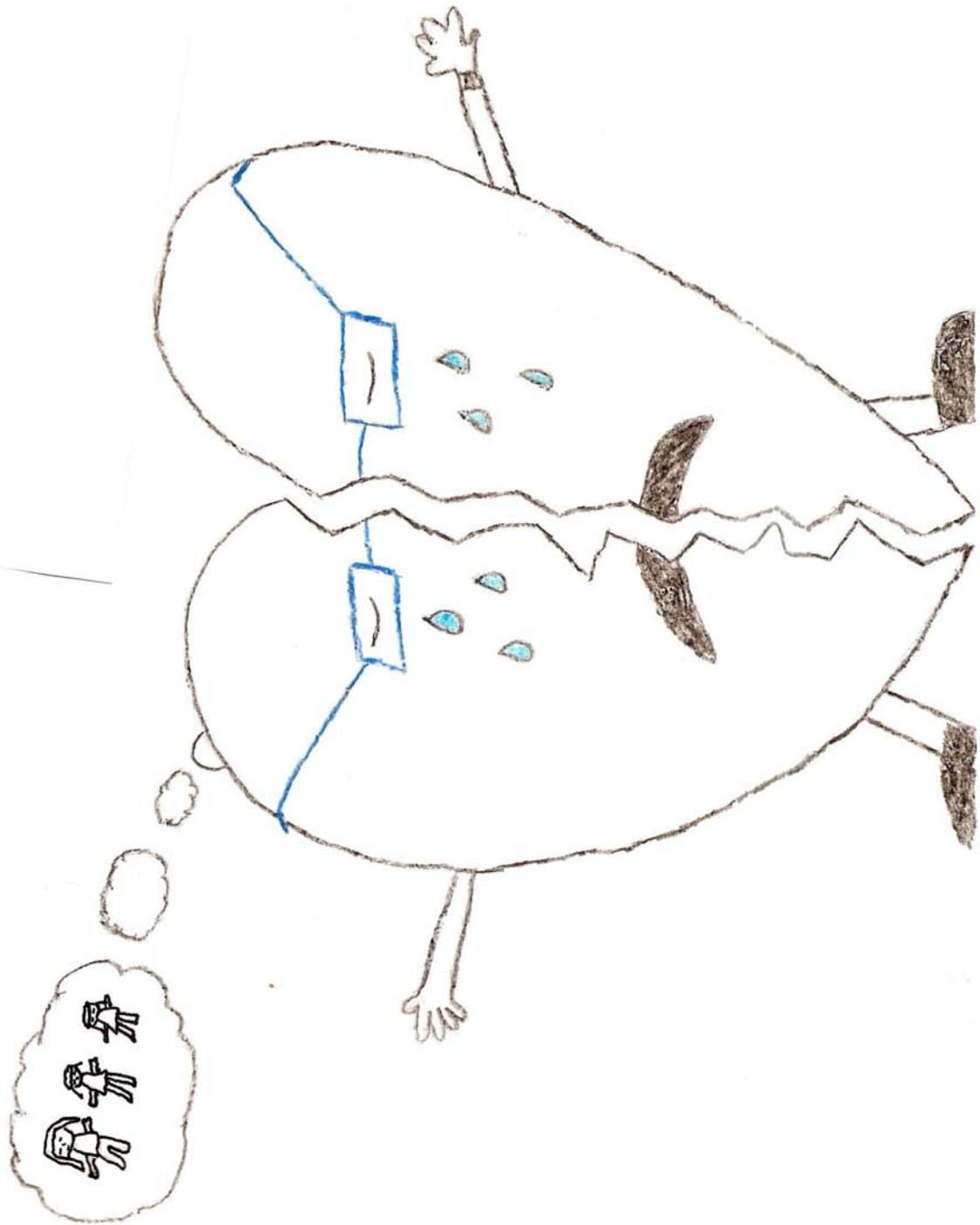
A todos los internos que tomaron parte en este estudio les pedí que dibujaran a su familia (Test Proyectivo), y ellos, libremente, la plasmaron.

En alguno de dichos dibujos se pone de manifiesto el tipo de relación que mantuvieron con sus padres siendo niños, mostrando los miedos que padecieron que han quedado grabados en sus memorias primarias por la carga emocional que tuvo lugar.

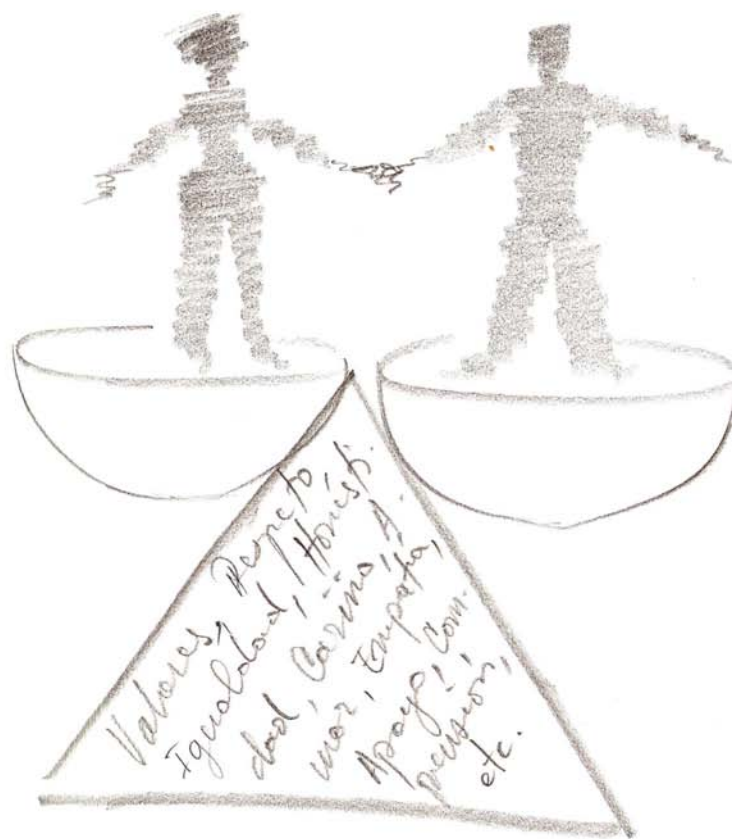
Otros se han decantado por hacer alusión a cómo ven su futuro dentro de un contexto familiar. Se puede observar que solamente exponen la imagen de sus hijos acompañándolos y la de parte de la familia de origen, salvo en ocasiones, en las que aparece también una nueva pareja. Nunca hacen alusión a aquella con la que cometieron el acto delictivo. La figura referencial básica de la madre, aparece de manera muy expresiva en alguno de ellos.







Dibujo sobre mi ideal de
una Pareja:



15
15





CONCLUSIONES

Tras la valoración de los resultados obtenidos en este estudio, realizado en el Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza) con las herramientas utilizadas (Autoinformes, Test de Personalidad de Millon MCMI-II, Test Proyectivo (Dibujo de familia) y Test de inteligencia de Catell (III)), se puede concluir que el Apego recibido en la infancia, especialmente el Ambivalente y Ansioso, está implicado en el comportamiento violento del maltratador, no tanto como el Apego Seguro y el Distante.

Sin embargo el Rol de Género y los estereotipos incorporados por la socialización aparecen en todos los internos. Aunque algunos de ellos expresaron verbalmente actitudes no machistas e incluso rechazo a las mismas, el comportamiento que han mostrado hacia sus parejas seguía anclado en el criterio del dominio y supremacía del hombre sobre la mujer.

Por lo tanto, la hipótesis de partida, en la que expresaba que “El Apego Ansioso y Ambivalente” sería la variable principal implicada en la comisión de delitos de Violencia de Género, no se confirma totalmente (al contrario que evidenció Dutton), ya que no es la única que ha intervenido en los mismos, sino que interacciona con la del “Rol de Género”, presente en todas las relaciones de pareja aquí contempladas.

Agradecimiento:

Este estudio no hubiera sido posible sin las facilidades proporcionadas por la Dirección del Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza) y las de los internos que han participado conmigo voluntariamente.

Muchas gracias a todos.

Gloria Mateo Grima

(Psicóloga colegiada en el Colegio Oficial de Psicólogos de Aragón A-695)

Zaragoza, Marzo de 2012

Referencias bibliográficas:

Teoría del Apego- John Bowlby (1944) Mary Ainsworth (1953) Feeney y Noller (1990) Ortiz Barón y Yarzós Tabé (1993). El ciclo de la Violencia de Género- Leonore Walker (1979).

Estilos de Apego- Bartholomew, K. y Horowitz, L. (1991).

El Golpeador- (G. DONALD DUTTON, K. SUSAN GOLANT (1997).

Esquemas emocionales del sujeto- Grenberg (1993).

Hombres condenados por violencia grave contra la pareja: un estudio psicopatológico - Fernández-Montalvo, J y Echeburúa, E (1997).

Manual de Violencia Familiar- Echeburúa y Corral (1998).

El rompecabezas. Anatomía del maltratador- Miguel Lorente Acosta(2006).

La violencia de género. Algunas consideraciones básicas- Esperanza Bosch Fiol (2007).

Mi marido me pega lo normal- Miguel Lorente Acosta (2009).

Alas de libertad - Marina Doña Pozo (2009).

Historia de la Ley integral contra la Violencia de Género española (30-12-2011).